

2

MARIELA DE LOS ESPEJOS y otros cuentos.

© Jorge Holguín 1988

Coordinación General: Arte y Artesanías de Colombia Ltda.

Carrera 11 No. 94-02 - Local 124 - Teléfonos: 218 2417 - 218 0528, Bogotá

Diagramación: Jorge Cerón - Carrera 11 No. 67-17 (302) - Teléfono: 249 9274, Bogotá

Producción e Impresión: Estudio 3

SUMARIO

MARIELA DE LOS ESPEJOS	5
SOL DE MEDIANOCHE	7
EL COMPAÑERO PELUDO	12
BARRIO CHINO	14
HISTORIAS DE AMOR	19
COLOMBIANO ?	22
DE GIRA	24
LA DROGADA	27
LAS 24 HORAS DE MONTJUICH	29
EL PRETENDIENTE	31
CARACOLITIS RAMPANTE	38
EL LEON O LA BOMBA	41
UN NIÑO DE LA GUERRA	46
EL PRECIO DE LA FE	48
VER PARIS Y...	50
LAS MOSCAS DE MALTA	52
GANAS DE NEGRO	55
EL MALDITO	57
ELIZABETH BERLIN	59
PARA GANAR EL CIELO	62
FLOR	64
LA CUCHARA DE MARGARITA	66
HEPATITIS	69
EDUCACION A DISTANCIA	70
LAS HERMANITAS VIVAZ	71
EXPLOSION DE MASCOTAS	73
DANES EN CUATRO DIAS	75

MARIELA DE LOS ESPEJOS

Carrer dels Escudellers. Un farol rojo anuncia la entrada del Bar Lucero Club. El polvo metálico revuelto en la pintura hace brillar las paredes y el techo, dando connotaciones de noche bíblica en Belón. Hay referencias a discoteca en el tubo de luz ultravioleta y en el reflector magenta. La barra abullonada y los reflectores púrpura indican casa de citas. Pero es un bar. Eso sí, en una zona más o menos de la ciudad. Hay dos afiches vagamente psicodélicos. Pianola. Y Mariela, por darle un nombre.

Mariela se refleja en los espejitos recortados y pegados en los estantes de las botellas de licor.

—Aquí el vino no es del barato, ese que venden por ahí.

—?

—No es vino de tienda. Es vino de marca.

—...

—Ten cuidado con los vagos, de pronto te roban.

Deben ser los muchachos que vi parados en las esquinas con el oído pegado a un pasacintas. Se me ocurrió que vendrían de alguna ciudad donde no habían conseguido empleo, o que eran extras contratados para alguna representación navideña.

Mariela sentada sobre la barra. Mariela engarzando los tacones en una repisa junto a la botella de whisky. Mariela, blusa blanca que se convierte en calzones.

—Esos vagos han llegado a esta calle y han dañado el negocio del bar.

Mariela refleja un muslo en un espejito. El seno izquierdo en otro.

—Dame unos pesos, cuál es tu nombre?

Sonríe. Mariela sonríe y deja de reflejar. Baja de la barra, taconeando, mete una moneda en el tragaplatas. Una mujer asoma su cara gorda por entre las tiras de plástico que sirven de puerta:

—Hay tabaco, exclama, nacional o del gringo.

Mariela se arrodilla sobre el abullonado. Sus senos cuelgan sobre mi vaso. Sus nalgas se reflejan en dos espejos diferentes. Se mira su propio reflejo, ríe.

—Te digo algo, por qué no me llevas a comer?

Mariela, me doy cuenta, no tiene dientes.

Baja la cabeza y se mira el reflejo por entre las piernas.

—Una copa nada más, no te va a costar caro.

Mariela hunde sus senos entre el plástico y se extiende sobre la barra como una gata. Se mece de lado a lado. Los espejitos de las alacenas reproducen muchas Marielas en piezas. Muchos muslos, pechos, hombros, tormentas nocturnas de pelo negro. Las nalgas en la sección de rones. Los calzones en las ginebras. Enormes lenguas en los anisados. Mariela se multiplica y divide

como un juego de armar. Como un rompecabezas. La pieza de los dientes no aparece por ninguna parte.

Las sábanas del hotel se pegan al cuerpo. Miro el verde y el rojo del aviso eléctrico de neón que entra por la ventana. Mariela se multiplica y se quiebra en docenas de puntos de luz. Su risa no me deja dormir. Sus encías me muerden los ojos.

Desde la Plaza de San Jaime se oye la Serenata para Elisa con un fondo de pared colonial de dos de la tarde. Las cúpulas toman el sol y las vírgenes de piedra de la catedral echan la siesta. Las puertas están cerradas. La ciudad duerme. No es hora de pecar ni de arrepentirse. Sólo de dormir tras las persianas de madera de los postigos, en el fresco y la privacidad de la penumbra.

El aire es demasiado húmedo para fornicar, deshonorar a padre y madre, no amar a Dios sobre todas las cosas. La mujer del prójimo se hace indeseable por el excesivo sudor. Los bienes ajenos, colchas, manteles y ropa interior, cuelgan en los balcones.

No hay corriente de aire para levantar falsos testimonios ni mentir. El aire seco y pesado ha caído sobre la calle aplastándolo todo. Hasta los gatos duermen junto a los perros.

Un estuche de guitarra sobre la acera recibe las monedas. Me registro los bolsillos. Tiro una moneda contra el rincón más abullonado de la caja para que el repique no delate mi avaricia. La moneda rebota y cae fuera. La Sonata para Elisa pierde algunas notas mientras el joven busca entre las rendijas del enladrillado.

Desemboco en la calle de Mariela. En las esquinas los billetes cambian de dueño rápida y furtivamente. Los compradores se alejan callados escondiendo los sobrecitos a la sombra de los balcones. La señora de la cara gorda vende sus cigarrillos en un recoveco de la plaza. De morado y anteojos oscuros se abanica con un cartón. HAY TABACO parece sollozar, mientras abre tentativamente su pañolón.

Algunos negros parados en poses africanas brillan más que la noche anterior, unos parecen esperar algo, otros escuchan radio como en éxtasis. El bar Lucero Club está cerrado. Mariela debe estar descansando. Mariela de los espejos. Reponiéndose de su desmembramiento y multiplicación de la noche anterior y de todas las noches. Cerrando y abriendo su abanico, soñando quién la llevará a tomar una copa sin pedirle que se fragmente y se propague por todo el bar.

—Alguien Mariela que te regale un collar de perlas, refulgentes como dientes. Un collar que puedas deslizar por tus rosadas encías y que te haga sentir que tienes dientes tuyos de verdad. Dientes atados con una cuerditita y que no se desprenden a la par de tus senos y tus nalgas en los espejitos del bar. Menos aún en aquel espejito roto del rincón.

—Mariela, así como perdiste tus dientes en los espejos del bar, un día se te va un brazo, una pierna o la cabeza, tienes que cuidarte para no desaparecer.

Mariela, si yo pudiera amarte, te amaría. Te metería en un costal con todo lo que te queda y te guardaría en un armario oscuro y fresco. Saldrías solamente durante la siesta y podrías mirarte en un espejo grande, de cuerpo entero. Como eras. Yo introduciría las perlas en tu boca, Mariela y tu te relamerías de pura felicidad.

SOL DE MEDIANOCHE

Día 1.

Hay dos turnos para desayunar en el "Sol de medianoche", expreso costero que recorre los fiordos noruegos en un viaje de siete días a través de escenarios sacados de tarjeta postal.

La señorita Andersen, una local vestida con gran variedad de telas, acomoda los números de las cabinas a los de las mesas y decide cuales pasajeros desayunarán a las siete y treinta y cuáles podrán quedarse durmiendo una hora más.

Ella es una de esas escandinavas que se las han ingeniado para tener un bronceado natural durante muchos años. Pero ahora, cuando las cosas no son lo que eran antes, le toca recurrir a la alternativa eléctrica del solarium que funciona con moneditas.

La señorita Andersen instruye a los pasajeros sobre las excursiones posibles, las condiciones climáticas y las existencias de souvenirs y pasta de dientes en la tienda del navío: No está de más mencionar aquí las variadas tarjetas postales que muestran el sol de medianoche desde todos los ángulos. La más larga es una de veinticinco centímetros con un paisaje continuo compuesto por veinticuatro fotografías que indican la posición del sol, cada hora, en un día y una noche de verano.

Me pregunto qué atrae a estos doscientos cuarenta pasajeros a un viaje más allá del Círculo Ártico y en el vecindario del Polo Norte. Sea lo que fuere este magnetismo, las seis personas del primer turno de la mesa número nueve llegaron tarde a desayunar. Doce pasajeros balanceando bacalaos marinados, anguilas, pan tostado, ensaladas de mayonesa y calé del mostrador, trataron de sentarse en apenas seis puestos. Fué un avanzado caso de sillas musicales; ese juego en el cuál se toca una melodía mientras los participantes caminan alrededor de un grupo de sillas. El número de sillas es uno menos que el de jugadores. La música se detiene súbitamente y todos buscan dónde sentarse rápidamente. El que queda parado es eliminado. Cuando yo jugaba, de niño, este convergente pasatiempo, se hacían múltiples referencias a la taradez del vertical perdedor.

La señorita Andersen apareció, cambiando a voz en cuello de noruego a inglés. Con su comando de la situación evitó que los bacalaos en vinagre aterrizaran sobre la alfombra verde del comedor. Habló en los idiomas medio desleídos de aquellas mujeres, que pernoctando en todos los sitios del globo, han usado sus atracciones físicas para conseguir trabajo en los dos hemisferios. Su veredicto salomónico fue expresado en un "collage" lingüístico cuya traducción podría aproximar:

—"Los seis pasajeros del segundo turno deben salir y esperar media hora". Algunos comensales aplaudimos, en inglés y en español, tan puntual decisión. Una británica dama de ennegrecidos dientes y oscurecidos diamantes se adelantó equilibrando una resbaladiza anguila. Doblando su cara en una arruga de disgusto, pronunció cada palabra de "No, yo no salgo" con dolorosa lentitud.

La señorita Andersen buscó momentáneamente la respuesta en su Babel cerebral: "No hay más alternativa, Mrs. Williamson".

La señora Williamson vestía uno de esos trajes floreados, con chaqueta azul y zapatos cafés. La clase de conjuntos que aparecen en la portada de las revistas hogareñas londinenses. No tenía mala figura; delgada y tal vez graciosa si uno era generoso. Su cara enmarcada por una cuidadosa peluca era un embotellamiento de muecas estreñidas. Un par de ojos tristes y severos que se mantenían generalmente cerrados, desafiando un mundo que no era digno de ser mirado.

— "De aquí no me muevo", insistió la señora Williamson, apretando aún más los ojos. Los demás participantes en el juego de sillas musicales intercambiaron miradas de desasosiego, dos o tres pescados cubiertos con cebolla avanzaron amenazadoramente hacia el borde de los platos.

Resultó que sí había otra alternativa; a una vikinga señal de la señorita Andersen, sendas sillas fueron traídas para la inglesa y su marido. El elemento masculino se hizo evidente al surgir éste de la retaguardia de la dama. Más bien pequeño, con una cara rosada de bebé saludable y mechones de pelo blanco saliendo de un punto indefinido en su ancha frente y perdiéndose más acá de la nuca. Orejas enormes pero sin caer en la monstruosidad, ojos vivazmente enfocados en el vacío. Un bigote despuntado con precisión matemática, aparentemente su única razón de vivir. Camisa ligeramente gris, corbata totalmente azul, completaban su figura.

Día 2.

Los fiordos noruegos son masas monumentales de roca que levantándose del mar, se elevan a alturas sorprendentes y abruptas. Al igual que unos enanitos jocosos que se deslizan por el musgo verde, las cascadas en miniatura encuentran rápidamente salida al océano. Alcatraces estacionados en desfiladeros recurrentes, vigilan los botes que pasan para asegurarse de que no molesten a alguna Walkiria ahogada o a una de las tantas sirenas encalladas.

El señor y la señora Williamson estaban sentados a la mesa cuando llegué a cenar. Con intenciones de conversar agradablemente, escogí la silla directamente opuesta a la dama británica. Mi alegre "buenas tardes" no fue tan bien recibido como yo esperaba; la señora Williamson cerró los ojos y dirigió la nariz hacia su sopa. Afortunadamente su marido comprendió mi penosa situación y me dió una tímida sonrisa.

El ambiente no mejoró con la llegada de los demás comensales. Los cuatro latinos -dos italianos y dos suramericanos- empezamos una conversación que deliberadamente excluía a la pareja inglesa. El señor Williamson, al oír una referencia acerca del clima noruego, aventuró una comparación con la bruma londinense. Su esposa giró y preguntó qué era lo que se había dicho. — "Hablábamos del clima", dijo él.

— "Por supuesto", replicó ella con una entonación muy marinada en vinagre.

En ese momento fue cuando sentí deseos de tirarme sobre la mesa -teniendo cuidado de no derramar la salsa- agarrar las solapas cafés del señor Williamson y gritarle algo parecido a — "¿Cómo puede aguantársela? Haga algo por amor a Dios!"

Me quedé sentado en mi silla de diseño nórdico. La señora Williamson ocasionalmente abría sus ojos para localizar las papas de su plato. Mirarnos era obviamente una experiencia dolorosa. Su expresión era menos atormentada cuando lograba deslizarse su mano por el mantel hasta encontrar el vaso de jerez. Tomaba jerez todas las noches, en pequeños y ávidos sorbos, tan ciega como un murciélago chupando una naranja a pleno sol. Sus tres pequeños anillos de diamante,

gastados por los años, se alistaban a dar un último resplandor antes de jubilarse.

Día 3.

Hoy llegué tardísimo a desayunar. Mediante un triunfal avance hacia el mostrador pude procurarme algo de comer antes de que los meseros arrasaran con todo. Creo que al sentarme dije un aburrido -"Buenos días". Una muchacha vino a ofrecer las bebidas. Yo pedí café. Una estridencia atonal llegó desde la silla de la inglesa. "Teee". Al voltear para mirarla vi que su mano estaba en el proceso de estrangular una indefensa cucharita. Siguiendo con la mirada la dirección que la moribunda criatura metálica indicaba, me encontré con la acostumbrada mueca facial del Reino Unido. Lo que me llamó la atención fue una gran mancha púrpura y azul alrededor de su ojo izquierdo. Pude contemplarla un largo rato ya que la dama se ocupaba asfixiando el resto de la cuchillería. La mancha comenzaba bajo la ceja y se extendía alrededor del ojo hasta terminar en la mitad de la mejilla. La señora Williamson, según le contó a la temblorosa mesera que servía el té, se había caído por las escaleras la noche anterior.

Día 4.

La costa noruega parece estar invariablemente cubierta por una gruesa bruma. Una vez que el barco se fué más allá del Círculo Ártico, a la tierra del sol de medianoche, se hizo imposible distinguir el día de la noche, o la noche del día.

Los pasajeros se quedaban bajo cubierta la mayor parte del tiempo. Resultó muy arriesgado de mi parte haber salido al puente a averiguar la posibilidad de un poco de sol para por la tarde. Con mi gorro de marinero hundido hasta los ojos me abrí camino por la lluvia y el viento. Parado en la popa traté de ver algo -cualquier cosa- a través de la bruma.

—"¿Qué estás haciendo ahora? ¿Te estás enloqueciendo?" La voz de la dama británica subió desde el nivel inferior. —"No tienes que ponerte dramático ahora". No hubo respuesta. Una puerta se cerró. No intervine. No era conmigo.

Día 5.

Mi pasión por el azúcar se despertó apenas divisé un esponjado de chocolate en el mostrador del comedor. Procediendo a realizar una inspección ocular más detallada, el alto contenido de químicos y otros aditivos artificiales se reveló prontamente. Al decidir abstenerme de la temblorosa golosina, hube de contentarme con un arreglo de quesos verdes y galletas de soda. Sin embargo, el plato fue prontamente disfrazado con una doble porción de jalea de fresas.

El señor Williamson comenzó con queso, pan y tres clases de embutido. Luego se sirvió roastbeef, espárragos y ostras nadando en salsa rosada. Una a una las ostras se deslizaron por su boca de bebé. Regresó con tres salchichas sospechosamente alemanas y una enredadera de papas fritas.

—"Tu gusto me tiene aterrada", exclamó la señora Williamson, cerrando los ojos en la palabra "gusto". Los abrió un poco más tarde para decir: —"Estoy segura de que no tienes hambre. Sólomente estás tratando de mortificarme". El se limitó a limpiar su plato. —"¿Te provoca un tris de mousse de chocolate?" preguntó la inglesa en un tono demasiado educado.

El movió la cabeza: —"Estoy repleto".

Al regresar del buffet depositó frente a su marido un plato con tres porciones de esponjado. Una más que generosa cantidad de crema batida cubría el postre, las azucaradas puntas de galletas clavadas aquí y allá le daban el aspecto de un enorme pulpo listo a devorarse al pobre señor Williamson. Este recibió oportunamente la cuchara que su esposa le ofrecía -la misma que había entrado en rigor mortis dos días antes- dirigió la mirada hacia el pulpo y comenzó a cucharear. Ella se recostó cómodamente y cerró un ojo, el otro se mantuvo periscópicamente alerta hasta que el último tentáculo desapareció del plato de su marido.

Día 6.

Al llegar a Trondhjem me bajé del barco para conocer la catedral de Nidaros; una orgullosa estructura normandogótica construida encima de su fundador el Mártir-Rey-Olafo-El-Muy-Santo. La básica fachada de gárgolas y figuras de piedra ha recibido una interpretación muy limpia que afortunadamente no tiene nada que ver con las tortas de matrimonio características del gótico de Francia y Alemania.

Pagué el precio de admisión ansiando entrar a una callada atmósfera del siglo trece. Lo que encontré fue una invasión de alemanes tomando fotos y haciendo más ruido del estrictamente necesario. Hombres de mediana edad y barrigas hinchadas. Mujeres anchas con cabellos cortos y discretos modelitos adquiridos en alguna congestionada Kaufhaus de Colonia. Caminando a través de yardas y yardas de fibras sintéticas exhibí mi comando del idioma Wagneriano. A mis gritos de "Was Machen Sie?" la marea de poliester se dividió en dos facilitando mi llegada al fondo de la nave. Desdichadamente allí tropecé con una de esas sillas de moderno diseño escandinavo que ávidamente han reemplazado las viejas bancas de iglesia.

(Un fenómeno arquitectónico hasta entonces desconocido para mí ocurría silenciosamente tras el altar. La pared estaba recubierta por una serie de arcos ciegos cavados en la superficie. Frente a estos se elevaban fustes de gruesas columnas, aparentemente añadidas más tarde como sostén adicional a un techo debilitado. Recordé entonces cómo el desplomamiento de gran número de catedrales europeas ilustra el carácter experimental del oficio de los arquitectos góticos).

Mi meditación finalizó al darme cuenta de que el señor Williamson estaba a mi lado. Me sorprendió no verlo detrás de su esposa. El británico cargaba un atado descuidadamente envuelto en periódicos. No sé si me vió, pero se alejó rápidamente y lo perdí de vista entre los turistas.

La cuidadosa modernización de la iglesia me estaba poniendo un tanto nervioso, así que me dirigí hacia la puerta arremetiendo contra el tumulto de arios fotografiantes. Al salir vi al señor Williamson desaparecer dentro de un taxi. Sonreí beatíficamente; aunque vestía su acostumbrado traje café con corbata azul, sus pantorrillas revelaron un par de calcetines revolucionaria y eléctricamente rojos. "A la estación de tren" pareció indicar.

Día 7.

Llegamos a Bodø al mediodía. Antes de almorzar me senté en el muelle para ver cómo descargaban y cargaban el navío. De pronto llegó un carro funerario. Unos minutos más tarde bajaron un ataúd grande y blanco por la escalerilla del barco.

Cuando entré al comedor me dí cuenta de que nuestra célebre mesa estaba desierta.

—"¿Dónde están los demás?" pregunté a la señorita del café.

—"Los ingleses terminaron su viaje aquí. Los italianos también, decidieron tomar un automóvil para regresar, dijeron que habían vomitado mucho", me contestó. Sentí náuseas y salí corriendo para el cuarto de baño.

EL COMPAÑERO PELUDO

“Mi abuela vivía en una inmensa casa neoclásica llena de gatos que me producían alergia”. Esto fué todo lo que yo pude decir acerca de los gatos por muchos años.

Pero mi conversación sobre gatos mejoró mucho cuando conocí a Diamante:

Era un ruso azul que vivía en un quinto piso de una de las construcciones de la ciudad vieja.

No era la clase de gato que corre tras los ratones, pero se decía que una vez había cazado un pequeño pájaro: se le comió los pies y dejó el cuerpo cuidadosamente arreglado sobre un periódico.

No era la clase de gato que araña los muebles de terciopelo, pero una fina porcelana llegó a su fin durante una de sus incursiones por las mesas de mármol de la sala.

No era tampoco esa clase de gato que lame la cara de su dueño pidiendo desayuno a las 6 de la mañana, sino que se sentaba a mirarlo al pie de la cama, a un decente cuarto de hora para las diez.

A Diamante le encantaba disfrazarse. Una simple bufanda podía convertirse en un revelador traje estilo-Mata Hari un día, y en un corto vestido del año veinte al otro.

Con algunas joyas devaluadas se le podían crear rápidamente un collar del tiempo del Charleston, una tiara real o un aderezo del tiempo de los zarcs.

La ropa de verano incluía juegos de varias piezas como "Desayuno en el Ritz", "Gala en el Casino" o "Los Borgia en orgía".

Diamante esperaba pacientemente hasta que terminaran de acomodarle sus trajes, de decorarle sus orejas, de aplanárselas hacia los lados o de escondérselas bajo un sombrero, según la ocasión.

Su cola se trenzaba con hilos plateados o se envolvía en papel celofán para las reuniones de artistas de vanguardia.

Cuando había visitas él se situaba en la consola de la entrada con las patas apuntando hacia afuera y saltaba de un brinco al piso de madera para comenzar la vuelta del apartamento.

El sonido de castañuelas de sus uñas en el parquet, siempre iba un poco adelante de él.

Al llegar al salón azul, aterrizaba en la mesilla de laca negra y estiraba el cuello hasta poder fijar sus ojos en el cuadro que estaba encima. Era una pintura de un artista figurativo en la cuál Diamante podía verse retratado a sí mismo con una fina cadena alrededor de su cuello, sus cejas y bigotes cuidadosamente delineados, sus pies apuntando hacia las esquinas de una mesa cuyos cajones abiertos mostraban una parafernalia de objetos sin identificar. En el cuadro la mesa negra se extendía hacia el horizonte y toda la figura de Diamante parecía perderse en un paisaje de sombras iluminadas por la luna. Como si él fuera un gato de otra época.

Talvez era el cuadro o el placer del contacto de sus patas con la suave laca de la superficie de la mesa, pero al gato le encantaba estarse allí por largas horas, especialmente durante el tiempo de invierno, cuando los días se alargaban y se cubrían de una tristeza tan gris como su abrigo de piel.

Hasta que de pronto con la misma rapidez de un espejo que se rompe, Diamante se lanzaba al suelo y atravesaba el corredor para meterse a la cocina, con sus uñas siempre por delante de él. Una vez allí preguntaría por la hora de comer y se deleitaría con pequeños langostinos crudos.

Durante el invierno dejaba de lado la ropa frívola y para entretener esos eternos días en casa, se dejaba disfrazar dentro del dramatismo de los rusos clásicos. Los Karamazov, el Idiota, La Karenina y hasta Zhivago, se hubieran gloriado con las interpretaciones que de ellos hacía el peludo actor.

Pero desde una de las sillas doradas del estudio, envuelto en un grueso chal, Diamante posaba su propia creación de "Mamashka" una interpretación del septiembre anterior a la revolución de Octubre: "El frío había sido muy fuerte, éste y la escasez de alimentos habían golpeado tremendamente a la viuda condesa Mamashka, cuyo marido había perdido la vida y una fortuna jugando a la ruleta rusa en las playas bálticas. Ella había empeñado hasta su última joya y no tenía con qué alimentar a sus ocho hijos. Finalmente después de haber vendido su perro a un carnicero, pudo conseguir un tiquete de tercera clase para emigrar".

Uno de esos días en que los árboles estaban aún húmedos de lluvia Diamante murió tan intensamente como había vivido.

Envuelto en brocado azul y rodeado de papel brillante, fué puesto en una caja de cartón recién pintada para el efecto. Una pieza de cobre con su nombre grabado, una cruz y una medalla en su collar, fueron las posesiones que se llevó con él.

Diamante había sido un gato antiguo, por lo menos tan antiguo como un pájaro de mil años, es decir no había pertenecido al tiempo sino a la eternidad.

Por la noche fue llevado al cementerio de los artistas para ser enterrado. El aire era picante y seco, la débil luna apenas iluminaba el camino de hojas mojadas entre plantas y tumbas con flores viejas. Una pequeña colina tapizada de arbustos y enredaderas fué escogida para depositar a Diamante, de manera que pudiera estirar sus patas, voltear su barriga al sol y calentarse en las mañanas pensando en sus comidas favoritas .

Ademas allí podría conversar con otros actores, cuando las sombras de los árboles se hicieran tan largas, que ni los pájaros pudieran ver su fin. Comentarían sobre animales: perros estúpidos, ocas enlatadas, tigres rayados, micos burlones, serpientes emplumadas, y sobre aquel pajarillo del cual Diamante se había comido las patas una vez, y que a lo mejor era un hada.

Después de charlar acerca de todas estas cosas de su interés, y de guardar sus secretos bien bajo la tierra, se dormirían sonriendo, otra vez bajo la luna y las largas sombras de la noche.

Doy fe de que todo esto es cierto
porque la realidad sobrepasa la ficción.

BARRIO CHINO

Jamás se me había cruzado por la cabeza casarme con ella. En la segunda cucharada de la sopa Won-Ton, especialidad del Restaurante Doble Felicidad, se me ocurre que puede ser una buena idea. La miro por encima del clavel rojo del cuál cuelga una etiquetita que dice "Made in Hong Kong". Sintiendo incapaz, decido esperar hasta el postre. Contengo las ganas de tocar tambor con los palillos de madera.

Menú básico de restaurante chino de segunda categoría.

La tirita de papel enrollada dentro de la galleta de la fortuna que acompaña el flan dice:

ES MEJOR QUE REDUZCA SUS ESPERANZAS A LA MITAD.

El equinoccio de primavera es al día siguiente. A las once de la mañana comienza el evento anual de parar 360 huevos en la plazoleta del World Trade Center.

—"Cambios gravitacionales desconocidos y misteriosos permiten equilibrar huevos verticalmente durante esta mágica transición estival, cuando el día es igual a la noche". Anuncia por el altavoz una mujer de treinta y cinco años con cara de tortilla, anteojos rosados, collares de cuentas, blusa de tela india, falda de segunda mano, sandalias orgánicas y media tobillera.

Darí cualquier cosa por atreverme a tomar un huevo de una de la cestas dispuestas en la plaza...

—"Cierro los ojos, cuento hasta 360, abro los ojos, camino derecho hacia aquella canasta y tomo un huevo: 1 - 2 - 3 - 4 - 5 - 6 - 7 - 8 - 9 - 10 - 11 - 12 - 13 - 14 - 15 - 16 - 17 - 18 - 19 - 20 - 21 - 22 - 23 - 24 - 25 - 26 - 27 - 28 - 29 - 30 - 31 - 32 - 33 - 34 - 35 - 36 - 37 - 38 - 39 - 40 - 41 - 42 - 43 - 44 - 45 - 46 - 47 - 48 - 49 - 50 - 51 - 52 - 53 - 54 - 55 - 56 - 57 - 58 - 59 - 60 - 61 - 62 - 63 - 64 - 65 - 66 - 67 - 68 - 69 - 70 - 71 - 72 - 73 - 74 - 75 - 76 - 77 - 78 - 79 - 80 - 81 - 82 - 83 - 84 - 85 - 86 - 87 - 88 - 89 - 90 - 91 - 92 - 93 - 94 - 95 - 96 - 97 - 98 - 99 - 100 - 101 - 102 - 103 - 104 - 105 - 106 - 107 - 108 - 109 - 110 - 111 - 112 - 113 - 114 - 115 - 116 - 117 - 118 - 119 - 120 - 121 - 122 - 123 - 124 - 125 - 126 - 127 - 128 - 129 - 130 - 131 - 132 - 133 - 134 - 135 - 136 - 137 - 138 - 139 - 140 - 141 - 142 - 143 - 144 - 145 - 146 - 147 - 148 - 149 - 150 - 151 - 152 - 153 - 154 - 155 - 156 - 157 - 158 - 159 - 160 - 161 - 162 - 163 - 164 - 165 - 166 - 167 - 168 - 169 - 170 - 171 - 172 - 173 - 174 - 175 - 176 - 177 - 178 - 179 - 180 - 181 - 182 - 183 - 184 - 185 - 186 - 187 - 188 - 189 - 190 - 191 - 192 - 193 - 194 - 195 - 196 - 197 - 198 - 199 - 200 - 201 - 202 - 203 - 204 - 205 - 206 - 207 - 208 - 209 - 210 - 211 - 212 - 213 - 214 - 215 - 216 - 217 - 218 - 219 - 220 - 221 - 222 - 223 - 224 - 225 - 226 - 227 - 228 - 229 - 230 - 231 - 232 - 233 - 234 - 235 - 236 - 237 - 238 - 239 - 240 - 241 - 242 - 243 - 244 - 245 - 246 - 247 - 248 - 249 - 250 - 251 - 252 - 253 - 254 - 255 - 256 - 257 - 258 - 259 - 260 - 261 - 262 - 263 - 264 - 265 - 266 - 267 - 268 - 269 - 270 - 271 - 272 - 273 - 274 - 275 - 276 - 277 - 278 - 279 - 280 - 281 - 282 - 283 - 284 - 285 - 286 - 287 - 288 - 289 - 290 - 291 - 292 - 293 - 294 - 295 - 296 - 297 - 298 - 299 - 300 - 301 - 302 - 303 - 304 - 305 - 306 - 307 - 308 - 309 - 310 - 311 - 312 - 313 - 314 - 315 - 316 - 317 - 318 - 319 - 320 - 321 - 322 - 323 - 324 - 325 - 326 - 327 - 328 - 329 - 330 - 331 - 332 - 333 - 334 - 335 - 336 - 337 - 338 - 339 - 340 - 341 - 342 - 343 - 344 - 345 - 346 - 347 - 348 - 349 - 350 - 351 - 352 - 353 - 354 - 355 - 356 - 357 - 358 - 359 - 360. Abro los ojos".

Los 360 huevos ya están parados verticalmente. La tortilla, rodeada de sus 359 ayudantes (uno por huevo) toma otra vez el micrófono.

— "Nos hemos reunido hoy aquí para rendir homenaje a la Gran Infalibilidad, un concepto algo abstracto pero que queda plenamente demostrado en esta mañana soleada. Esa inexorabilidad del mecanismo llamado universo está presente en nuestras vidas al igual que en estas humildes criaturas del Gran Hacedor". Abarca la plaza con un gesto bastante general. "Y es El, El !!! El Hacedor!!!... quién decide. Y porqué no decirlo así... quién decidió, hace ya una eternidad esta sucesión de hechos... este karmaaaa... en la vida de cada uno de nosotros... y en el destino del universo". Gesto aún más general. "Unámonos nuestras manos en un círculo de hermandad y amor alabemos las fuerzas del destino..." Baja los brazos describiendo una lenta -muy lenta- rueda de la fortuna. "Ooom...". La plaza retumba con el sonido cósmico de varios cientos de personas en suéteres de lana que gritan la sílaba sagrada a voz de cuello. "Oooooooooommmmmmm...".

Me alejo en un taxi de cuadros amarillos y negros. El destino me aburre.

Repito el mismo restaurante chino de segunda y la misma compañera. El Hacedor no pudo prever que alguien volviera a un sitio como el "Doble Felicidad", donde el decorado y la comida son tan doblemente horribles. Sin olvidar las malas noticias que acompañan el postre.

— "Parar huevos es lo que yo llamaría una expresión universal", dice mi amiga sentada bajo uno de los tantos dragones de lengua dorada que sale y ojos de vidrio, que decoran irremediablemente el lugar.

— "Expresión universal?"

— "Desde Colón en quién sabe qué ciudad española..."

— "(Italiana)", pienso callado y entre paréntesis.

— "Qué?"

— "Colón era italiano".

— "Exacto! De ahí su universalidad". Pausa. "Lo que pasa es que tú tienes jalca entre las cejas". Dibuja un pote de mermelada, una flecha y un par de cejas en el mantel de papel. Al rato confiesa que los comerciales de Popsi Cola la hacen llorar.

— "Y la Pepsi en sí?" pregunto tentativamente.

— "No".

En 1979 era Campari con hielo y una rodaja de limón. 1982 fue un año de agua mineral. Yo tomo leche caliente con miel y canela o con extracto de almendras. Algunas veces Piña Colada con mucha azúcar. No sabía pedir otra cosa.

Ella viste un overol blanco, al igual que en 1979 y 1984. En 1983 fue rosado. Su desafío estético universal consiste en tener un solo overol. Un reloj del mismo color, hecho en Suiza y discreto. Zapatos de lona. El buen gusto y la androgeneidad indispensables para pasar desapercibida en cualquier lugar. Para mí, que vengo de un país donde las orquídeas plásticas se pueden comprar en las farmacias, siempre será un misterio una persona que logra evadir las tentaciones que las nuevas tecnologías ofrecen en cuanto a fibras artificiales, materiales prácticos y colores no-

vedosos, pero que además es fiel a los anuncios de televisión.

- "Primera toma: Una carrera de niños. Ambiente de festival deportivo.
- Segunda toma: Una pareja da alientos hacia la izquierda del cuadro.
- Tercera toma: Zoom hacia el niño más pequeño. Este sonríe hacia la derecha.
- Cuarta toma: El hombre de la pareja exclama: Tú puedes hijo mío!
- Quinta toma: El niño adelanta a todos los demás y gana la carrera.
- Sexta toma: La mujer llora. El hombre llora.
- Séptima toma: El niño ríe.
- Octava toma: Los tres se abrazan.
- Novena toma: Close up a un par de muletas.
- Décima toma: Los tres ríen, lloran, se abrazan y beben P.C.
- Undécima toma: Frozen frame.—Tome la vida con P.C. bien helada!"

—"Ya terminaste?" pregunta ella a través del clavel desteñido.

—"Sí, este helado está muy frío..." Se trata de un bloque rojo y blanco en diseño de mármol contemporáneo. La galleta de la fortuna tiene un curioso sabor, el mensajito enrollado dentro indica: "ES MEJOR QUE REDUZCA SUS ESPERANZAS A LA MITAD". Lo cuál, luego de dos mensajes idénticos, implica apenas una cuarta parte de esperanzas.

—"Ya dijiste todo?"

—"Todo?" La agresividad y aparente realismo que emanan de los overoles blancos siempre me han molestado.

—"Lo que has estado pensando desde la sopa hasta la galleta estos dos días."

—"Yo?"

La imagen deseable es que los dragones chinos que cuelgan de la pared se iluminen con bombillitos rojos. En cambio, una mujer china de pies minúsculos y tenedores en el pelo - a falta de palillos- cruza rápidamente hacia la cocina. Es obvio que ella es el enlace norteamericano en una confabulación iniciada en Beijing y cuyo objetivo es la desestabilización del sino occidental. Cruzando repetidamente el Océano Pacífico en la ruta Beijing- Manila-Los Angeles, ella introduce clandestinamente matutes escondidos dentro de la doble suela de sus sandalias. Se trata de atados de papellitos falsificados que serán insertados subrepticamente en las galletas de los restaurantes chinos de Norte y Sur América. (Con miras a proteger a los clientes de nacionalidad china, el gobierno de Beijing ha obligado a los dueños de restaurantes a cambiar los anuncios pictográficos de neón a la entrada de sus establecimientos. Aquellos que pueden leer caracteres chinos saben que el "Doble Felicidad" se llama realmente "Jardín del Olvido" y evitan asomarse por allí).

Luego, desde mi cama veo a un hombrecito entrar al cuarto del hotel. Está oscuro, pero el intruso es tan pequeño que la luz que pasa bajo la puerta es suficiente para iluminarlo de pies a cabeza. Es un chino cantonés de ojos rasgados muy bien centrados en una cabeza redonda y rapada sobre la cuál lleva un sombrerito de pensar a la usanza de los antiguos filósofos de la dinastía Ming. Sonríe mucho. Tal vez demasiado. Más de lo normal en toda caso. —"Es una sonrisa exagerada, que entristece".

Una bata de seda azul con bordados de flores lo cubre hasta los pies, que deben ser muy rápidos ya que cruza el cuarto varias veces en el espacio de pocos segundos. Hace ademanes con los brazos escondidos en anchas mangas de hilo dorado. Luego de varios intentos consigue subirse a una silla junto al televisor. Se sienta dejando ver las rosadas suelas de sus sandalias de seda. Observa con ojos planos sin dejar de sonreír. Yo también le sonrío. -"Para no pasar por antipático". Siento que el chinito me dice algo. Pero no hace sino sonreír, cada vez más, hasta que las orejas se le mueven a la parte trasera del cráneo. Nos observamos un buen rato. Luego hace una venia desde la silla, salta al suelo y sale rápidamente del cuarto. Promete volver. Pienso en seguirlo pero me duelen mucho los músculos alrededor de la boca. Me quedo en la cama asimilando un nuevo conocimiento que navega en mi cerebro buscando albergue en dos o tres neuronas desocupadas. Es acerca del uso del "Yuan Fen" en el combate contra las galletas falsificadas. "La gente y los objetos se encuentran no por casualidad sino según su destino. Ese encuentro enriquece a ambos, como un pintor que mezcla gotas individuales de color para crear una obra maestra".

El destino me causa tedio y por consiguiente todas mis células grises se niegan a almacenar esta idea. Las palabras terminan por ahogarse en la corriente azucarada de mis venas.

Duermo hasta que los resortes de la cama traquean. A ciegas estiro el brazo para prender la luz de la mesa de noche. Ríos de lágrimas lavan el tenue maquillaje bajo sus ojos. Ella solloza sentada en una esquina de mi colchón.

—"Soñé que te tenía en la mano", llora ella. "Que eras pequeñito de tanto dudar y que te encogías aún más... hasta que te convertías en polvo" Ella se suena en un papel. "Y el viento vino y te llevó en el aire y mi mano quedó vacía."

—"No oíste nada mientras dormías?" pregunto.

—"Sólo el viento en mi mano", dice con lágrimas frescas.

—"Suénate con éste, ese no sirve más. ¿No viste un hombre chino muy pequeño?"

El simpático chinito no volverá a aparecer sobre el mapa. Esa misma noche se mete al Restaurante Doble Felicidad, su estatura es perfecta para introducirse a cualquier sitio por el ventilador o la rendija de la puerta. En su bolsillito de seda lleva un manojo de mensajitos con máximas de buena esperanza. Finalmente logra alcanzar el tarro de galletas en la alacena. Pero su manga empuja descuidadamente un frasco de maicitos en conserva (agua salada realmente). La puerta de la cocina se abre. Enmarcada en el dintel aparece la china contrabandista en un pijama de diseño altamente malévolos.

El chinito sonríe interminablemente tratando de tragarse los mensajitos. Inútilmente, su talla es tan pequeña que la producción de saliva es mínima. El dragón bordado sobre el pecho de la mujer (poliester) lanza una llamarada. La decoración capilar de la mujer es lentamente introducida en los ojitos rasgados del hombrecito.

Al día siguiente repetimos el mismo restaurante (tercera vez). Espero impacientemente el postre y no logro pasar bocado del cerdo agri-dulce. El flan de vainilla llega tan tembloroso como de costumbre. Pero solitario, mi corazón de gelatina se me licúa al buscar la galleta en torno y bajo la superficie amarilla.

—"No hay galleta...", digo finalmente.

—"Y?" Es todo el comentario de la de los overoles blancos.

—"Cómo que y?"

—"Pregúntale a la mujer esa con los tenedores manchados de sangre".

Me levanto lentamente y camino hacia la caja aún más despacio.

Siento los ojos de todos los dragones de plástico clavados en mi espalda.

—"No hay galleta...", digo a la madama china.

—"Hoy no hay galletas", contesta ella.

—"Y no habrá un mensajito por ahí enredado?"

—"No, pero si quiere, la cuenta ya está lista". (Risa mandarina).

HISTORIAS DE AMOR

EDIPITO

A Edipito se le murió el papá. La mamá es muy linda y Edipito quiere casarse con ella.

Pero ella es una actriz muy famosa y muy ocupada y no tiene tiempo para el niño.

Un día Sófocles, el chofer de la casa, deja un destornillador por ahí tirado. Edipito decide sacarse los ojos a ver como es la cosa.

La mamá viene derecho del teatro, todavía vestida de Yocasta, se enreda en las escaleras y se ahorca en las cortinas.

Edipito la entierra, se ajuicia y compra un perro guía.

ECO

Todos los domingos Eco va a la galería de arte. No lo hace por dárselas de intelectual. Tampoco lo hace porque esté interesada en arte. Lo hace porque está locamente enamorada del director. Narciso es un señor ya entrado en años, un poco calvo, un poco barrigón, un poco bajito, director de la galería donde Eco pasa las tardes de domingo. Un poco largas.

Hoy está decidida a entablarle conversación al hombre. Ella lo mira en el reflejo de un vidrio, rubio, alto, pupilas azules, una lámina y hasta tiene un numerito y una firma. Ella le hace ojos de cordero ahorcado, ella le hace boquitas y le mueve pestañas y todo lo demás, ella se pone más colorote y se perfuma tras las orejas, ella hace cara de preguntar qué hora es. El no responde, no cae, no da ni la hora.

—"Cuánto vale?" pregunta Eco ya un poco indecisa.

—"El original o una copia, con marco o sin marco, enrollado o sin enrollar?"

Eco compra una copia enrollada en un tubo de cartón, quiere comprar más copias cada domingo. Pero Narciso no la atiende por mirarse en el vidrio, vidrio, vidrio.

CASANDRA

Casandra camina por la avenida, ve que Apolo cruza la calle para acercársele, Casandra siente que la tierra se la traga, cae en una alcantarilla destapada y se quiebra un tobillo, a Apolo lo mata un bus.

Al año siguiente Casandra consigue un nuevo novio, está muy contenta porque es muy bien parecido. Un día lee la etiqueta que cuelga del cuello de él: "Añada su nombre a la lista y mande a diez de sus amigas". Casandra lo despacha y sube al baño a hacer gárgaras.

Un día sale a pasear por el parque. Un viejo verde le hace caras. Ella se hace la boba. Empieza a llover y al viejo se le detiene el color. Se convierte en un príncipe azul. Casandra lo besa y por si se convierte en sapo, se meten en el estanque.

Casandra consigue trabajo en una churrería. Todas las tardes viene el mismo churro a comprar churros. Casandra no es majadera y no le para bolas al majo. Un día el mozo le hace gestos obscenos con una salchicha. Ella lo fríe en la olla y lo cubre de azúcar en polvo. Acaba vendiéndoselo a una señora golosa.

Casandra decide suicidarse, va a la farmacia a comprar raticida. El farmacólogo le promete amor eterno. Casandra le cree. Vivieron muy felices y tuvieron muchos ratoncitos.

DIANA

Diana se está muriendo de algo muy horrible. Acteón la visita todos los días en el hospital. Flores, chocolates, revistas, duraznos, manzanas, uvas, juegos. Qué no lleva Acteón a la pobre enferma. Se sienta largas horas junto a la cama de la moribunda, le conversa, le habla, le pregunta, le cuenta, le canta, la payasea, le baila. La quiere hacer suya.

En sus horribles celos se la imagina coqueteando con los médicos, los enfermeros, los esqueletos en Rayos X, los mandaderos, los de las inyecciones, los ascensoristas, los que limpian, los plomeros, los electricistas, los otros enfermeros, los visitantes.

Pero Acteón bien sabe que la pobre enferma está muy agotada, muy débil, muy desvencijada para andar por los corredores en camisón rosado enamorando a cuanto hombre encuentre. No es sino verla, tirada en la cama, con la cara pálida, a excepción de los labios rojos, las mejillas rosadas y los ojos pintados. Sin adornos, excepto una pulsera de oro, dos collares de piedras azules, varios anillos y tres o cuatro broches en el escote de encaje; tacones altos y medias negras.

El Doctor Kildare, en el piso de abajo saca la historia de Diana del archivero, toma un lápiz, se sienta, la abre, borra un número y sonrío al pensar que nadie va a saber cómo termina este cuento.

ARIADNA

Teseo se levanta, se peina, se viste y se va. En la calle se acuerda de lo que se le había olvidado. Vuelve a entrar al edificio, toma el ascensor y abre la puerta de su apartamento. Hace desayuno, café y tostadas con mantequilla, jugo de toronja "para la monja".

Lee el periódico: Un avión de Air France secuestrado en algún país del Medio Oriente. Varios difuntos en la columna de muertos, sin querer busca su nombre. Anuncios de rebajas en un almacén.

Nada nuevo. Puede ser un periódico viejo. Se pone la pijama y se mete a la cama. Cierra las persianas antes de meterse. Se cepilla los dientes antes de cerrarlas. Termina el desayuno antes de cepillárselos. Se va, se viste, se peina y se levanta antes de acordarse, antes de devolverse, antes de subir, después de entrar al edificio, antes de poner el agua a hervir. Todo ésto porque está profundamente enamorado de Ariadna y la respuesta de ella, cree él, pende de un hilo. Piensa que el presente no es sino un emparedado de mayonesa entre el pasado y el futuro. Recita el pluscuamperfecto del verbo desenredarse. Se duerme en la segunda persona plural. Se olvida de lo que se había acordado que se le había olvidado, que hoy es domingo. Sueña con una gran autopista llena de camiones. Al despertarse no sabrá el significado del sueño, pero probablemente mire el reloj y serán las dos de la tarde. Consultará a Freud.

Ariadna se lava el pelo todos los domingos y fiestas de guardar. Guarda el champú en la alacena del baño, igual que todas las personas que tienen una alacena en el baño. Ariadna está enamorada de Teseo, sin rodeos, al final de cuentas este es el siglo veinte. Ariadna mete la cabeza en el lavamanos y la convierte en un húmedo ponqué de novia. Las campanas anuncian la misa. "Talán Talán", repite ella y la boca se le llena de jabón, como cuando dice groserías. No ha dicho si sí o si no, pero Teseo no le ha preguntado. Ella está lista para cualquier cosa, hasta la entrega inmediata. El cartero timbra a la puerta. Ariadna sabe que es el cartero, pues viene todos los días a la misma hora. Al abrir la puerta se acuerda de que los domingos no entregan cartas. Es Teseo. "Y yo con el pelo mojado".

—"Ariadna estás más linda que la mar y el viento", le entrega un ramo de flores, la besa, se viste y se va.

Ariadna queda sola en su isla, mientras Teseo se hace a la mar.

COLOMBIANO?

Una mañana el cartero trajo el diagnóstico clínico en forma de resultados numéricos de exámenes patológicos y recomendaciones imposibles de cumplir. No entiendo la asunción del cuerpo médico según la cuál el haber somatizado mi estado mental en una corriente dulce y caricaturesca que atraviesa las venas y el corazón, presume que mi ánimo puede mejorar con la sola eliminación de la historia de azúcar.

Por otro lado, el ínfimo porcentaje de sangre de verdad-verdad, despreciable según el examen, representa unas gotas de esperanza en una jalea de incertidumbre. Como este pequeñísimo agrupamiento de células blancas y rojas, de plaquetas y demás, se sitúa preferentemente hacia la punta nasal, he decidido confiar en mi nariz y estoy dispuesto a seguirla como un perro de poste en poste. Ahora me ha sugerido un viaje de recuperación.

Para comenzar me lleva a guardar mi cuaderno en una maleta ya repleta de indecisiones expresadas físicamente en variados atuendos: "Pensador con/sin tendencias específicas". "Muchacho de modales burdos y violentos". "Suramericano bien educado y anónimo". "Artista con nostalgia estilística" y "Hombre con un corazoncito que desgraciadamente está siendo corroído y que desea ser seducido por algo realmente importante, o sí es posible, por algo digno de vivirse". El relleno del ajuar lo conforman camisetas sin letras en el pecho, un gorrito de marinero curiosamente pequeño, medias y calzoncillos en colores de hoy que ya aburren, tres cepillos de dientes por si se me pierden dos y pares de anteojos que no me atrevo a usar.

Compongo un complicado ritmo de percusión al golpearme los bolsillos varias veces para cerciorarme de su contenido; pasaporte, tiquete aéreo, plata en varios idiomas, etc. Tarareo con los dedos sobre el bolsillo exterior derecho de la chaqueta que contiene una edición de "Amor Mágico" comprada a un yerbatero de pueblo (Barbosa, Antioquia), un librito cuyos capítulos más interesantes he estudiado y subrayado debidamente con lápiz en un intento de echar por la borda una educación académica y lógica.

Me siento en el patio del aeropuerto. Un árbol da sombra de naranjas, otro de brevas con una roca al pie y un muchacho de pelo crespo sobre ella. Los inevitables "cactus contra las ventanas" de la arquitectura trópico-andina llenos de polvo, pues resulta difícil sacudirlos.

—"PLING PLONG", anuncia el altavoz. "Pasajeros con destino Cartagena y Barranquilla favor pasar al despacho".

—"Dragones verdes", pienso. "Reptiles verdes con rumbo a la Costa Atlántica que hacen cola frente al mostrador de la aerolínea".

—"Lagartos", insisto. Me atropella un sinnúmero de gafas oscuras cargadas de maletas, cajas y televisores. "Del exterior... Miami tal vez."⁽¹⁾

—"PLING PLONG". La compañía "Alas" anuncia un vuelo a una ciudad desconocida del norte de Antioquia.

—"En vez de estar aquí sentado con mi tiquete a Miami, mejor sería montarme en un avión con destino incierto". Algo así como la ruleta rusa de los agentes de viaje. Un vuelo fantasma en un avión de ventanas tapadas con cartón. El ganador del juego sería aquel que hubiese empacado la ropa apropiada para el destino final.

(1) Ciudad de la Florida, EE.UU.

La idea me aterra. Abro discretamente el maletín y acaricio las orejas de mi compañero de viaje; un suave leoncito de peluche con camiseta de rayas azules y blancas como los marineros.

Ruleta rusa o no, un viaje es el suicidio menos repugnante, eso es, si se asume la certeza de la premisa "Partir es morir un poco". Costoso tal vez, y sin las reacciones patéticas que conlleva - a manera de ejemplo solamente- meterse un revólver hasta el paladar e imprimir los sesos en los visillos de la ventana. Pero es la única forma de quitarse la vida que deja abierta la posibilidad de volver a ella sin tener que pasar por la penosa situación del lavado estomacal, los tubos de goma por las narices o una traqueotomía de emergencia que obligue a llevar cuello de tortuga de por vida.

Aterrizamos. Inmigración, aquello que he atravesado más de una vez y que más me choca atravesar.

—"Colombian?"

—"Colombian!"

—"Follow me please..."

—"Follow you please...!"

Un cuartico con paredes cubiertas de espejos, y vidrio por el otro lado como en las películas. Un escritorio. Me quito la chaqueta azul y la corbata vinotinto. Dos sillas de metal, lámparas de neón. Dos policías con cara de "Miami vice". Los pantalones muy lentamente y en silencio.

—"Los calzoncillos?" pregunto.

Me tiemblan los cachetes del susto, maldigo el tarro de leche en polvo que tengo en la maleta. "Para que le llesves a Margarita y que alimente bien al niño", había dicho la tía.

—"Powdered milk?" había preguntado el policía más grande. Como si en los EE.UU. no hubiera que comer. "Yes, please, los calzoncillos and very slow. Mucho despacio".

Quieren examinarme con guantes de caucho y todo. Se me sale el colombiano y los espejos quedan vueltos una mierda. Casi acabo en la cárcel por hacerle zancadilla al policía más pequeño, que además se quedó con los guantes puestos y todo. Pero sonrío humildemente desde mi corazón de gelatina. Una de dos, los policías se enternecen ante el cítrico de mis ojos, o resuelven que el bebé que no respira, en los brazos de la señora con gafas tiene más posibilidades que este trasero vacío. No será el primer bebé relleno de coca que intente pasar por la aduana.

Margarita recibe el tarro de leche en polvo como si no hubiera nada que comer en los EE.UU. El otro bebé sonrío y me doy por satisfecho.

Tomo un taxi para dar un paseo. El cubano al timón insiste en mostrarme el Hotel Fontenblú. Yo quiero ver los hotelitos pintados de rosado y azul en la zona no turística. Termino mascullando Ohs y Ahs de admiración ante las estatuas griegas pintadas de dorado y las fuentes azules del "Fontenblú". Compro una postal de la fachada. El taxista sonrío satisfecho.

—"Claro chico, se la mandas a tu madre para que vea que bien se vive aquí!"

Por suerte Mayami es sólo una escala. En el hotel del aeropuerto no se pueden abrir las ventanas y las flores de las sobrecamas huelen.

DE GIRA

NICOLAS

El camioncito estaba listo con todo empacado para la gira. Escenografías, dos palmeras plásticas, baúles con vestuario, cuatro trajes de primera comunión, luces, sacos de dormir, cuatro docenas de huevos. A las nueve de la mañana nos subimos todos muy entusiasmados con la tournée de nuestra compañía. Cuatro bailarinas de pierna larga y pelo corto, un fotógrafo de pelo crespo, un técnico de luz, rezago hippie y yo.

Destino: Ciudad de México, después Europa y el mundo. En fin. A alguien se le ocurrió poner en el pasacintas "El vuelo de las Walkirias" de Wagner para darle un ambiente heroico, ya que no erótico, al trayecto hasta la estación de tren de Puebla.

Nicolás, que así se llamaba el camioncito, no quería arrancar. Con el frío hay días en que es como perezoso. El choque, nada. Abrir el motor: como nadie sabe nada de automóviles nos limitamos a verificar que todo esté bien conectado. Nada. Lona decide dar unos saltitos a ver qué pasa. Tampoco. A algún genio se le ocurre llamar a un mecánico hacia las nueve y media. Otro genio, tal vez el mismo, llama una grúa a las diez y media. Descargamos nuestras cosas y dejamos por ahí botado lo que no es esencial.

LA PRINCESA

Apretujados en un bus llegamos a la estación de tren. Nos metemos todos en un compartimiento infestado de humo de cigarro. En un asiento junto a la ventana una señora de ochenta y pico fuma un grueso puro, un habano con anillo. Al cabo de un rato concluyo que si no es la nieta de Trotzky tiene que ser la última de las Romanoff: La princesa errante que uno se encuentra en el vagón de segunda clase de todos los trenes del mundo. Un gorro de ternera con una decoración en la frente que parece una estrella roja, pero que al examen resulta ser un ramito de flores metálicas. Un abrigo negro, medias grises, zapatos de goma. Un maletín gastado que presumiblemente contiene los restos de las joyas de la corona, guantes de cuero y una vieja cartera que abre de vez en cuando para ver si los papeles con la genealogía de los zares siguen allí.

Cruzamos los dedos para que esta pasajera no provoque el corriente crimen de los expresos.

Nos distraemos practicando ruso con la princesa: Ella se hace la que no entiende, o a lo mejor no entiende, o no entendemos nosotros. Así pasan las horas y se calma el hambre, vamos al baño varias veces y cosemos uno que otro remiendo, aunque Lona insiste en romper las medias para que se vean más naturales.

EL INVALIDO

El día del estreno no llegaron sino doce personas, incluyendo a un inválido que se sentó en la primera fila del inmenso teatro. Se hubiera dicho que las moscas tenían una epidemia de catarro pues no hacían sino estornudar, aún durante los aplausos. En medio de "El Sueño de la Dama",

una obra cuya escenografía imita el interior de una vieja casona de Puerto Vallarta, hay un momento en el que, yo, el marinero, caigo abrazado con Odila, la dama, en un sofá. Antes de clavarle el cuchillo del crimen (ahora sí), Odila me susurra: "Te fijaste que hay un inválido en el público?" Me lo clava (el cuchillo), caigo muerto en su seno descotado y replico: "Si, pero todos los demás son ciegos". Inexplicablemente Odila sale corriendo del escenario sin terminar la danza, dejándome allí, medio muerto.

LA FARFANA

Celebramos en un Café lleno de gringos. El dueño nos invita a una botella de su mejor vino. Somos el centro de atracción.

Hasta que llega la Farfana, la bailadora flamenca, siempre con su maletica llena de encajes y de boleros raídos, tacones con tapas flojas y chales de hilos deshilados. En los tres minutos que se sienta a tomar algo, sólo alcanza a decir exagerando mucho las jotas y las eses, que acaba de llegar de España y que en media hora la recogen para viajar a la Argentina. Nos prometemos esta vida y la otra pero en el rápido adiós olvidamos intercambiar direcciones, teléfonos, o al menos itinerario de tourné.

EL MOZO

La primera obra del espectáculo siguiente fué con tangos de Gardel. Un traje de mozo con un sombrerito de cartón y una tajada de pastel de mentiras sobre una bandeja plateada. Ese día no aparecieron los pantalones, tocó pedir unos prestados y cerrarlos con unas cintas pegantes en las botas para que parecieran de criado.

Al comienzo de la danza doy vueltas alrededor de una mesa cubierta con un mantel azul celeste, soy un aprendiz argentino que trata de defender su plato de la avalancha de los avezados mozos italianos. Pasos de tango, subo a la mesa, paso debajo de ella. En una de esas, las cintas pegantes se despegan y se enredan en las patas de la mesa. Un caos tremendo. El público ríe a morir creyendo que ésto es parte de la obra. Los tangos siguen sonando y yo ahí, agarrado de las patas de la mesa. En un flash instantáneo recorro en mi mente todas las posibilidades de improvisación, rezo un Ave María. Amén.

EL CRITICO

"La obra más divertida de la temporada del Teatro de Danza Suramericano fue TANGO: Un mozo de un decadente restaurante porteño queda aprisionado en una mesa. Se debate con un enorme pastel. Se quita la ropa tratando de liberarse, pero cada vez se enreda más". Era el crítico el inválido? Es posible que se hubiera solidarizado con mi invalidez momentánea.

PEDRO VARGAS

Lo más explosivo durante "Tortilla Vals" fue un huevo que cayó al suelo y se rompió, en una obra con rancheras al fondo cantadas por Pedro Vargas. Cuatro mujeres tratan de organizar una cocina en Tijuana al mismo tiempo que baten huevos para una tortilla. Lástima que ninguna de

las bailarinas hubiera salido despedida al resbalar en el huevo, hubiera sido sensacional y seguramente hubiera despertado una revista de prensa interesante.

LA ULTIMA DE LAS...

En el tren de regreso no está la princesa desvalida. Hay en cambio una turista peruana con un gorrito de lana tejido con dibujos de llamas y montañas. Abrigo gris, medias negras, zapatos de goma... En su bolsa de turista asoman los periódicos del día con nuestras críticas y una talega con panelitas de dulce mexicanas. Me ofrece. Le presto la revista "Condorito". Nos entendemos.

Entre todos hacemos cuenta de los gastos y de lo que entró por taquilla. Entonces comencé a entender los chales y holeritos raídos de la Farfana.

LA DROGADA

Al llegar a la Plaza Real me relampaguean un reloj de oro ante los ojos, destellos de un Eterna Matic usado. Una chaqueta azul de pana es izada a mi paso, al igual que un par de zapatos de cocodrilo, una corbata y un maletín que murmura -"Cómprame, cómprame".

Como si los marroquíes, para sostenerse, desvistieran un turista cada día. Reunidos alrededor de la fuente se sacan objetos de los bolsillos y los enseñan junto con sonrisas de dientes blancos.

Un perro levanta la pata y se orina contra el enladrillado.

—"Anubis! Ven acá!" llama una niñita desde una banca. El perro va hacia ella caminando de perfil, al paso que huele cada una de las piedras de su camino.

Me alejo temeroso de encontrar el cuerpo del día flotando en el agua sucia de la fuente; algún extranjero desnudo con el pasaporte engarzado en los dedos del pie.

—"Cigarrillos!" Me gritan. "Fortuna, Fortuna".

—"Chocolate puro, del bueno" susurra un muchacho apoyado contra un poste mientras pesa terrones oscuros en una pequeña balanza de mano. El olor de Oriente impregna el aire momentáneamente trayendo consigo pequeñas visiones de las mil y una noches.

Me siento en la única silla vacía del café al aire libre. Una mujer se acaricia las sienes húmedas. Con la cabeza echada hacia atrás, intenta -a fuerza de estruendosas inhalaciones por la nariz- hacer llegar un poco de aire a sus letárgicos pulmones de drogadicta.

Entorna los ojos al comenzarse una pelea a cuchillo entre dos hombres. Vuelve a cerrarlos al no hallar la distancia focal correcta.

Sobre un fondo sonoro de "A ver quién es el más cobarde", los hombres tiran sus camisas al suelo y se cuadran geoméricamente haciendo brillar el acero al sol del atardecer.

Los turistas fotografían ávida y kodakolormente el amago de violencia. Al regresar a Kansas mostrarán entusiasmados las pruebas -en carne y hueso- del carácter latino y explicarán cómo, según la guía de turismo (página 25):

"El español es pendenciero solamente cuando su dignidad está en juego". Se deja pisar en la calle, empujar en un ascensor, estrujar en el subterráneo sin protestas, pero a la hora de defender su nombre o el de su familia, no vacila en sacar todos los fierros.

Desgraciadamente los meseros del bar detienen la pelea a los primeros albores de sangre. Los combatientes, y sus camisas, desaparecen como por arte de magia.

—"No estuvo mal, eh?" comenta la drogadicta con una entonación y gramática sorprendentes para su estado físico. "Emocionante pero sin caer en el mal gusto".

No encuentro palabras para expresar simultáneamente que estoy totalmente de acuerdo con ella,

pero que nunca se me había ocurrido que una pelea pudiera ser de buen o mal gusto. La mujer lee la vacilación en mis ojos.

—"En la coreografía y el estilo general... Las poses de los luchadores pusieron de manifiesto una masculinidad mediterránea sin dar connotaciones de machismo tropicaloide o de embriaguez. Los dos cuerpos descamisados girando en torno a las masas blancas de sus camisas tiradas sobre el pavimento, el sol iluminando ya una espalda ya un pecho sudado, los dos puñales sostenidos en el aire. Todo según la tradición de Antonio Gades... Los inesperados y rápidos intentos de punzadas hábilmente esquivadas por el uno y por el otro, crearon un elegante stacatto visual y una respuesta emotiva por parte del público... En ese momento fué cuando más fotos tomaron los turistas... Pero la pelea no pasó de ahí; grandes cantidades de sangre hubieran sido un elemento chocante para los extranjeros. Una rápida desaparición de los contrincantes estaba más a tono... A tono con qué, preguntará usted... A tono con que España es el país turístico por excelencia. Que aunque aquí somos latinos, no nos matamos los unos a los otros, eso se lo dejamos a los del tercer mundo". La drogadicta se incorpora y abre los ojos con brevedad. Me observa débilmente como si estuviera tomando nota de mis pensamientos de gelatina. Súbitamente forma un arco en el aire y vuelve a caer contra el espaldar; la cabeza queda colgando con la pasividad de una marioneta. Continúa su monólogo, dirigiéndose indistintamente a mí y al cielo del Mediterráneo.

—"Se preguntará cómo es que desde aquí, sentada y con los ojos cerrados, pude ver la pelea".

Me limito a asentir silenciosamente, sabiendo que la respuesta no tardará en producirse una vez se hayan reorganizado las neuronas de la muchacha.

—"Esa pelea es la pelea de las cinco de la tarde del tercer sábado del mes... El segundo sábado hay una mucho más divertida en la cual dos mujeres se halan las mechas..."

Las bambalinas de Barcelona se van revelando una tras otra; viviendas del Barrio Gótico han sido escogidas como escenario para discusiones familiares de alta intensidad. El pobre turista, que al pasar por la ventana cree estar de voyeurista en una reyerta privada, realmente está presenciando una obrita teatral. Y lo más interesante es que todos los participantes son reales; la madre que abofetea a su hija en medio de una exhibición de figuras religiosas en el comedor, es la verdadera madre de la niña, que luego de dos o tres ensayos ha logrado apersonarse completamente de su papel de abofeteadora, (y la hija del de abofeteada). Eso sí, las figuras religiosas de cristos, vírgenes y santos de toda clase son prestados para la ocasión.

A medida que la química de la heroína se va diluyendo en su sangre, la mujer continúa su exposición del montaje escenográfico de la ciudad.

—"La idea es mantener la imagen del país exótico pero sin caer en la vulgaridad ni en el mal gusto. Todavía -en pleno siglo veinte- es posible encontrar una mosca en una sopa española, pero según este programa de vanguardia, el animal no será un horripilante moscardón sino una mosquita probablemente importada de Francia".

Los mitos de desvanecen. La falta de papel higiénico en los inodoros públicos es intencional al estar de acuerdo con la imagen de dejadez y abandono controlado que se intenta proyectar. Si es por el orden y funcionalismo, el turista puede ir más allá de la frontera del papel toilette -a Escandinavia o a Alemania- pero si lo que desca es realismo y verdadero calor humano, España es la única alternativa donde se puede encontrar ésto sin correr peligro de perder la vida.

Por algo será que la iglesia de la Sagrada Familia de Gaudí es solamente una fachada sin interior ni techo.

— "Me compras una bebida?" Pregunta la mujer comenzando a tomar ánimo. Asiento y hago señas al camarero.

— "No sé cual de las dos sangres es peor", dice ella. "Si la mía o la tuya de horchata".

— "Podemos cambiar. Ya me hice una transfusioncita en el anfiteatro de Montjuic pero parece que el que salió perdiendo fuí yo. Ando en busca de glóbulos y plaquetas".

— "Ahhh! Buscar..." exclama ella sorbiendo el jugo de chufas. "Ese tímido concepto del neo-sentimentalismo latinoamericano... Mi sangre no te sirve, sale muy costosa. Tres pinchazos diarios".

— "Y no duele?"

— "Sólo en el alma".

Comienza a anochecer, los faroles se encienden. Caravanas de marroquíes cruzan la plaza alejándose de la fuente. Se van guardando en los bolsillos los objetos que no lograron vender durante el día. Anubis -el perro negro- mete el rabo entre las patas y sale ladrando en un idioma desconocido. La plaza queda vacía. Parece un escenario en el que los bailarines han terminado su actuación, pero por algún descuido de los técnicos, las luces y la máquina de viento han quedado encendidas. Un utilero se apresta a recoger los papeles arrugados y las cáscaras de banana.

— "Tengo que irme ya. Si quieres un poco de tiza para colorearte el cerebro, ven conmigo. Si no, adiós".

LAS 24 HORAS DE MONTJUICH

Barricadas de heno y barriles vacíos demarcan el escenario donde se correrán "las veinticuatro horas de Montjuich". El aire caliente que se eleva del asfalto enturbia las botas de las figuras contenidas dentro del cuero negro.

Apoyados sobre monturas mecánicas los motociclistas calman la sed con agua mineral y bebida de limón. Las letras cromadas de las motos resplandecen sobre los tanques de gasolina modernista.

Observo este ballet promecánico a través de un catalejo de cartulina con diseños de Gaudí.

Veinte y cuatro horas, un día con su noche durará el combate entre este ejército de soldados de fortuna y las fuerzas físicas.

Las llantas, lanzadas a más de 200 kilómetros por hora, apenas tocarán el suelo, venciendo fácilmente la fricción del asfalto.

Sus cascos aerodinámicos rajarán el espesor del aire como un cuchillo caliente que corta un bloque de helado de chocolate. Pero en cada esquina la Fuerza Centrífuga exigente murmurará: "MAS, MAS".

Ellos se inclinarán tanto para alcanzarla que las botas de cuero acariciarán el pavimento en un roce caliente que enloquecerá al público. "MAS, MAS", y los hombres se sofocarán dentro del cuero negro creyendo que la han vencido. Al disponerse a abusarla y a darle todo lo que tienen, ella exclamará "HAZLO POR MI".

Una mancha de aceite facilitará la salida de la pista. Al volar la máquina por el aire, desaparecerá dejando que la vieja gravedad atrape al soldado en pleno vuelo y lo haga reposar bruscamente sobre su seno.

Uno a uno depositan la botella de refresco sobre el pavimento, la mano desaparece unos instantes en el vaho del calor. Se calan el casco de colores y los guantes abullonados. Las botas son ajustadas dos puntos más. Un sonido metálico cierra las cremalleras en pecho, puños y pantorrillas. Las piernas describen arcos en el cielo, las nalgas caen con el PAFf característico del cuero sudado sobre el plástico caliente. Las máquinas se prenden con el estrépito de la velocidad.

Como se trata de una práctica solamente, puedo sentarme sobre un cubo de heno, mis pies casi tocando el asfalto de la pista.

Con mi telescopio de cartulina gaudiana -y un poco de imaginación- logro sentirme un palafrenero de corte modernista, todo un paje en un torneo circular dedicado a la Doncella de la Rapidez, que desgraciadamente siempre viene acompañada de sus antipáticas hermanastras las Fuerzas Físicas.

Doy los colores al único caballero sin casco. Fritz Von Preussen debe ser su nombre. Pelo ensortijado que desafía las corrientes de aire. Un triángulo amarillo en un cuadro rojo es el emblema sobre el traje de cuero negro.

La fila de motos, 80 km por hora, llega a la curva donde estoy y desaparece elegantemente como una flor que pierde los pétalos al viento y vuelve a recobrarlos al voltear la esquina. Cada corredor a su turno deja la hilera inclinándose suavemente hacia la derecha. La rodilla parece tocar el pavimento, el motor duda un instante pero la máquina cambia dócilmente de rumbo y enlaza nuevamente la guirnalda mecánica.

La fila de motos, 100 km por hora, llega a la curva donde estoy y comienza a desvanecerse como una flor con un pétalo trabado. Una Kawasaki aparece súbitamente al lado de Fritz. Sin querer tomar riesgos en un circuito de práctica, el Herr Aus Deutschland no emula la otra moto sino que comienza a frenar suavemente.

En primer plano de mi telescopio de cartón veo al alemán sacar la lengua y arrugar la nariz.

Advertido del peligro levanto las piernas justo cuando la moto viene a enterrarse en el heno. Fritz sonrío, entorna las cejas y reposiciona la máquina.

Durante toda la noche el ruido de las motocicletas se enardece y retumba en toda la ciudad. Insistimos en mirar la carrera por la televisión, pero el estruendo que entra por la ventana a través de la O del aviso de Relojes Omega es tan fuerte que podemos apagar el sonido en el aparato y escucharlo ahí sí en vivo y totalmente directo. En el tablero electrónico los corredores se pierden una y otra vez para reaparecer enseguida. Fritz ahora con casco negro, amarillo y rojo definiendo los colores alentadoramente.

Su velocidad aumenta hasta convertirse en un punto en el horizonte. Finalmente se borra de nuestra vista y no vuelve a aparecer.

No sé por qué al otro día los diarios insisten en que alguien ha tenido un accidente en la carrera. Lo plantean en forma escueta y despreocupada como algo natural. Algunas fotos mal tomadas no dejan muy claro qué fue lo que pasó. "Una mancha de aceite facilitará la salida de la pista..." El sonido del silencio se cierne sobre la ciudad. La colina de Montjuich se yergue impávida frente al Mediterráneo.

EL PRETENDIENTE

Hay un rápido cambio de continentes, pero el cuarto de hotel es el mismo. La mujer de los overoles blancos es la misma. Ahora hace mucho calor y no hay aire acondicionado. Eso sí, hay baño en el cuarto y una bañera decorada con el negativo de los clientes anteriores. Las Ramblas de Barcelona se suceden bajo la ventana. Los avisos eléctricos sobre la fachada me obligan a mirar la ciudad a través de la "O" de Relojes Omega.

Mis esperanzas de pedirla en matrimonio las comencé a desvanecer en las humaredas de incontables cigarrillos marca Fortuna que viudas gordas y españolas venden en las esquinas.

El viaje de bodas no-marital se desarrolla sin contratiempos; a ambos nos gusta la arquitectura de Gaudí (1) y una sopa de crema, papas y cebollas que sirven fría (2). Además en Barcelona no existe esa sensación de que el futuro sucede demasiado pronto.

En América, más concretamente en Colombia -y aún más concretamente en Medellín, Antioquia- quedó la inmediatez vengadora del destino; ese extraño eslabón que parece asociar una hecatombe geográfica (terremoto, incendio, inundación, bomba, robo de limpiabrisas) a cada hecatombe de la integridad humana. Un eslabón que se hace cada vez más insistente y comprime el proceso de causa y efecto hasta reducir los intervalos a dimensiones mínimas.

Lo que más hay en Barcelona es tiempo, y éste se desarrolla con la lentitud que toma sorber una horchata (3) en la Plaça de Catalunya o caminar bajo el sol de verano que nos lleva por las obras del modernismo arquitectónico de la ciudad.

(1) Antonio Gaudí: Arquitecto catalán; uno de los precursores del movimiento modernista que tuvo su apogeo en Barcelona entre 1888 y 1929.

(2) Vichysoisse.

(3) Jugo de almendras, el mejor es el recién hecho con chufas frescas, pero también se consigue una versión químicamente arreglada.

"... continuando el trayecto se deja a la izquierda el mercado «Mercat Sant Josep», llamado también «Boquería» y donde vale la pena detenerse a observar la gran puerta de entrada, de vidrio y hierro, construida en 1914. Antes de tomar la calle «Carrer del Carme» se pasa por tres ejemplos de modernismo popular que conservan en cierta forma el espíritu de la época: el almacén de telas «El Indio» en el número 24, el bar «Muy Buenas» en el número 63 y la «Farmacia del Carme» en el número 84..."

Paseábamos un día, la mujer de los overoles blancos y yo, por las calles de Barcelona. Nos alejábamos de la seguridad turística del Barrio Gótico y sus escenas y diálogos esquineros, delicia lingüística de visitantes.

"En té de més bon preu/més gran/més petit/un altre color?" (1)

"Parleu una mica més poc a poc, si us plau." (2)

Bajo el brazo llevamos sendos rollos de cartulinas impresas con modelos de Gaudí para armar. Ella había comprado la Basílica de la Sagrada Familia y la Casa Milá, calificada como locura estructural y obra de dimensión expresionista por más de un turista crítico. Los barceloneses prefieren llamarla "La Pedrera" en honor a su fachada de acantilado. Yo cargo con el Parque Güell y la Casa Batlló.

Las instrucciones explican cómo se recortan todas las piezas con unas tijeritas. Los números 28, 29 y 30 de la Planta Baixa se unen con 1, 2 y 3 de la Façana Entresol y con el 12 de la Visera Entresol. El A, B, C y el E, F, G de la Façana se engoman al 31, 32, 33 y al 35, 36 y 37 de la Planta Baixa. Luego se agregan los Barals (21 y 20), el Suport (34), el Aparador (25) y el 17 de la Corbeta (es decir el techo). El todo se corona con el pinacle y varios Xemeneis decorativos.

Al llegar al hotel organizamos una pequeña ciudad de cartón habitada por pepas de cereza a bordo de tapas de desodorante empujadas por un lápiz. Si así lo deseamos, también podemos crear una Venecia en la bañera y ahogar los gondoleros a discreción.

La ciudad de cartón comienza a crecer en la alfombra del cuarto del hotel a pesar de que A y B no casan con 31 y 32. Como cielo de fondo hemos escogido el electrónico que da al televisor encendido. La Catedral de la Sagrada Familia pierde una torre a manos de las fauces del par de tijerillas. los otros tres torreones se yerguen impacibles frente a las imágenes del televisor, mientras hacemos avanzar las pepas de cereza y la última queda engarzada en una fuente del parque Güell de cartulina.

El pretendiente número dos de la mujer de los overoles blancos hace su aparición continental. Viene sin mucho pedigree; anteojos redondos de intelectual, un diploma de urbanismo y planeación y trazas de esquizofrenia galopante, sin embargo toma un taxi desde el aeropuerto.

-
- (1) Tiene algo más barato/más grande/más pequeño/de otro color.
Y-a-t-il quelque chose de moins cher/plus grand/plus petit/d'une autre couleur.
Do you have a cheaper one/a larger one/a smaller one/another colour?
Haben Sie davon etwas preiswerteres/etwas grösseres/etwas kleineres/eine andere Farbe?
- (2) Hable más lento por favor.
Parlez plus lentement s'il vous plaît.
Speak a little more slowly, please.
Sprechen Sie etwas langsamer, bitte.

Yo le he preparado un gran recibimiento en el hall del hotel; extras contratadas por pocas pesetas en el bar "El Sahara" posan una y otra vez en los sillones de la entrada. Cada una está inspirada en alguna tendencia de la arquitectura moderna. Hay referencias a "la ciudad en el campo" de Le Corbusier (1), el "estilo pradera" de Wright (2) y la "fachada como expresión del diseño interior" de Van Der Rohe (3). Desgraciadamente, los senos de la barcelonesa seleccionada para este papel sobrepasan ampliamente sus cualidades cerebrales. Al compás de sonsonetes de Julio Iglesias (4), las tres van formando tablados de edificante calidad estética.

El pretendiente número dos no se conmueve, para tristeza mía, ya que deseaba distraerle la atención y devolverlo en el primer avión. Insiste en subir al cuarto. Yo sonrío vaciamente y corro al teléfono interno.

—"Hola". Digo por el auricular, mientras mi ojo permanece pegado en los del recién llegado. "Ya está aquí. Guardaste todo? No olvides esconder mi navaja que está sobre la mesa de noche".

Los tres esperpentos arquitectónicos rodean al pretendiente en un último intento de seducción. La casa de Wright le enseña su calefacción central. La fachada de Mies le roza el pecho. Le Corbusier lo acaricia con una zona verde.

—"Por aquí por las escaleras", indico al colgar el teléfono. Estoy dispuesto a cansarme con tal de dar un poco más de tiempo a la mujer para que oculte todos los objetos cortopunzantes o suficientemente pesados como para ser usados agresivamente. Los celos no son la especialidad del recién llegado. Lo que sí tiene es una tendencia a la violencia. Además su cruce del Atlántico en un Jumbo de Iberia suena a algo terminante. Muchas veces he sido testigo de puertas derribadas, ceniceros rotos, cuchillos por el aire y todo un conjunto de efectos apropiados para una película taquillera de terror. Sin olvidar, claro está, las grandes cantidades de whisky sin hielo ni agua y las lagunas mentales de duración oceánica. En una palabra; un pretendiente sin buenas recomendaciones pero capaz de aparecer lo suficientemente reposado, para que yo los deje en la intimidad de los anuncios de neón apagados que entran por la ventana. Me alejo con toda la caballerosidad que demanda la civilización contemporánea, no sin antes echar un vistazo por la cerradura.

Al caminar por el barrio tomo las calles con nombres más sonoros: Carrer dels Templaris, Bella Fila, Palma de Sant Just, Daguera.

El calor parece evaporar un poco el agua gasificada de mis venas, haciendo que se formen tronquitos de azúcar en las coyunturas; pero es más bien una pequeña tristeza que me entra al ver tanta actividad en las calles de la ciudad; madres siendo madres, niños siendo niños, enamorados enamorándose. Todos parecen tener un papel estelar en la dramaturgia de la ciudad, incluyendo también la pequeña situación fílmica que debe estar desarrollándose en el cuarto del hotel. Me siento como uno de esos reemplazos que esperan en las salas del teatro a que le de un resfriado al galán para poder lanzarse a un estrellato instantáneo.

(1) Inventor de los edificios grandes con proporciones humanas.
(2) Inventor del rascacielos de una milla de alto.
(3) Inventor de enormes construcciones en forma de casa.
(4) Famoso cantante español.

Desde el interior de un bar lanzan un cuerpo al escenario de piedra. La cabeza de un hombre da contra el cuadriculado de la calle. Lo veo tranquilo, con la expresión de las estatuas del modernismo catalán. Camisa blanca. Sus pies aún dentro del bar, sus piernas se extienden sobre los peldaños que bajan del establecimiento. Da el perfil al cielo. La nariz reposa sobre la piedra. Caen unas gotas rojas.

De la baranda del balcón superior se extienden hacia la casa de enfrente dos tubos de hierro. Ropa y textiles diversos cuelgan de los alambres de metal.

—"Primero está la pieza más fina". Se trata de un mantel de raso gris con flores demasquinadas. Un traje rojo cuelga de la segunda cuerda.

—"De fiesta pero de mala calidad". La tintura, al escurrirse junto con el agua, forma goterones de sangre. Pantalones y camisas en la tercera y cuarta hileras.

—"Y ocultos de las miradas indiscretas de los vecinos, los calcetines y la ropa interior", al final en la última cuerda. Toda la heráldica de la familia se exhibe contra el cielo no muy azul de Barcelona y compite con las demás muestras familiares de la calle y de todo el Barrio Gótico. Un gato indiferente y un poco deshidratado asoma la nariz tras un calcetín. Mira el cuerpo en la piedra con ojos de sicista.

—"Un cuerpo tan caído que hay que bajar los ojos para mirarlo".

La señora de casa aparece en el balcón, saco negro sin mangas. Grita a su hijo, camiseta de rayas, pantalón corto, descalzo, enredado en alguna verja cercana.

—"Rómpete la cabeza pero rómpetela ya", exclama la madre, y luego murmura: "Mañana colgaré el mantel gris al revés para que las vecinas crean que es nuevo".

—"Los calzoncillos deshilachados siempre al fondo", respondo. Las tinturas desangrándose y cayendo sobre la piedra en sonoros goterones sobre el cuerpo del hombre. Un cuerpo tan perfilado contra la calle que hay que bajar los ojos para mirarlo.

El dueño del bar aparece en el dintel, tropieza con las piernas extendidas. Sale al sol. Se agacha y recoge la cabeza inerte, la reposa en actitud piadosa sobre el brazo. El pelo negro y húmedo se aplasta contra la servilleta blanca enroscada en la muñeca. La nariz apunta hacia el cielo, la boca entreabierta, los ojos cerrados, las estrechas calles del barrio, las paredes empolvadas, los manteles colgando, las palomas pisoteando el sol y la sombra. Acerca su cara a la otra, en actitud de darle vida a la boca inerte. Esta se mueve lentamente, somnolienta.

—"Pero estás vivo maldito!" El perfil cambia bruscamente de posición al recibir la bofetada. La saliva moja el suelo. Vuelve a tomarle la cabeza. Ya sin piedad. Toda la espalda, hasta la cintura se eleva como un arco en el aire.

—"Muérete ya!" El cráneo hace un sonido al caer. Los ojos abiertos contemplan los balcones. La señora de casa ha recogido toda la ropa. La tintura roja de un vestido comienza a salir por entre el pelo negro.

Me alejo. Un gruñido de hambre viene a reemplazar el azúcar de las coyunturas. Inicio la vuelta al hotel. Confío en que el pretendiente ya se lanzó por la "O" de Relojes Omega o, por lo menos, se excusó para entrar al baño y colgarse del tubo de la ducha.

La puerta de la habitación esta entornada. Entro sin golpear. En el suelo, frente al televisor está la ciudad de cartón aplastada por algún zapato furioso. La ventana está cerrada. Sobre la cama,

en una congestión de sentimientos, está la mujer de los overoles que cambian de color a la luz de los anuncios de neón. Ríe, llora, fuma, engulle cerezas, arruga la fuentecita del parque Güell entre sus dedos. Me siento dando la espalda al televisor prendido; ansío destacar mi inocencia innata mediante la aureola electrónica.

—"Qué pasó?"

—"Lo de siempre", contesta ella.

—"Ah?"

—"Ajá."

—"Um."

—"Mm."

—"Y luego?"

—"Pss."

—"Pss?"

—"Paf!"

—"Tisk, tisk."

—"Ajá."

Ya es de noche. Nos ponemos los zapatos de goma para poder caminar más cómodamente.

Iniciamos el recorrido de bares, cafés y cualquier sitio donde el pretendiente pueda estar languideciendo frente a una botella de whisky, sin vaso, ni hielo, ni agua. Sobre el mapa, ya marcado por el lápiz con los monumentos arquitectónicos de la ciudad, vamos señalando los sitios nocturnos visitados, llevo cuenta mental de los emparedados de chorizo que dejo de comprarme. El tiempo apremia. Preguntamos en Bar Africa, Café Barcelona, la Rambla Club, Vistalegre.

—"Perdonad. Habéis visto un urbanista esquizofrénico con anteojos de aro circular?"

Las coperas arquitectónicas que había contratado en el bar "El Sahara" lo vieron bajar por Comercio. Dicen que cargaba una gitana plástica bajo el brazo, una de esas muñecas con falda de mil vueltas rosadas o amarillas, un par de castañuelas miniatura y zapatos pintados sobre el pie.

Todo este desarrollo me divierte. Me siento un agente secreto, una sombra en la noche. Nuestros perfiles son proyectados por las lámparas del alumbrado público, sobre las paredes ornamentadas ilícitamente con grafismos urbanos atomizados en colores fosforescentes. Mi preferido es un perro de orejas puntudas que algún artista de la ciudad creyó conveniente repetir sobre los muros del Barrio Gótico. Con su hocico azul eléctrico parece indicar en cada esquina el camino que se debe seguir.

Es evidente que la ciudad pierde gran parte de sus habitantes en las horas de la madrugada. El aire salino del amanecer nos saluda al tomar el paseo que bordea el mar. Encontramos al pretendiente tirado en una alcantarilla en la glorieta del monumento al Descubridor de América. Colón se halla subido en una enorme columna de carácter bombástico y desde allí observa los dominios de occidente. El pretendiente yace inerte sin gitana plástica, sin ropa y con veinte años menos. Balbucea como un bebé descartado por la madre. Sus calzoncillos color Isabela (1) emanan algo desagradable. Su cabeza descansa sobre el pavimento de la calle, una lagunita de whisky sale de sus cabellos.

(1) Un amarillo grisáceo que recuerda el color de la ropa interior de esta reina española que se negó a cambiar sus prendas íntimas hasta que no terminara la guerra con los ingleses.

- "?" Pregunto.
—"! " Asiente ella.
—"Mhme?"
—"Ajá."

Pacientemente desenroscamos al pretendiente de la botella que abraza contra el estómago. Lo metemos en el asiento trasero de un taxi trasnochado. Bajamos del auto antes de llegar al hotel y cargamos el bebé adulto a través de la Rambla. Lo apoyamos contra un árbol. Yo corro al cuarto a traer una camiseta y un pantalón. Lo visto sin compasión.

Una ducha hirviente, dos horas de sueño y tres tazas de café ponen a funcionar al hombre. Los tres nos sentamos alrededor de la mesa del cuarto. El sol entra por la "O" de Relojes Omega que en ese preciso instante da las diez y veinte.

Lanzo la terrible pregunta al aire caliente.

—"Y qué quieren hacer hoy?" Las palabras tropiezan contra la ciudad de cartulina esparcida sobre el peluche del tapete. Dos pares de ojos, uno de ellos a través de vidrios redondos, me miran desapaciblemente.

—"Miremos el mapa entonces", indico animosamente. El plano de la ciudad es cuidadosamente extendido por los tres sobre la mesa. Ella hala la esquina suroeste de Barcelona, yo me contento con la noroeste y al pretendiente no le queda otra alternativa que leer los nombres de las calles al revés, pero se emociona al descubrir el ordenado urbanismo de la ciudad.

—"Es un sueño!" exclama. Y luego de unos segundos de meditación concluye con un acertado: "Todas las manzanas son iguales y además las esquinas son romas".

—"Muy lindo, no?" Contesto, igualmente emocionado. "En cada esquina roma hay espacio para seis autos. O sea que 24 pueden estacionarse en cada intersección".

—"Y esta confusión aquí?"

—"Ah, ahí es donde estamos; el Barrio Gótico"

—"No tiene ninguna geometría".

—"Lo que pasa es que es un barrio tan viejo que las calles se les han ido torciendo".

—"Qué tristeza..."

—"Sí claro, pero es muy pintoresco".

—"No tiene geometría" insiste el pretendiente.

—"De eso no cabe duda. Claro que es que hace tantos días que llevo el mapa arrugado dentro del bolsillo..."

—"Y estas marcas?"

—"Esas las hice yo. Son las construcciones modernistas que hemos visitado. Barcelona es toda una confitería de edificios modernistas. Sin mucha geometría. Las otras señales son los bares a donde fuimos anoche".

—"Tantos así, eh?"

La mujer, silenciosa desde que estiró la punta del mapa hasta ahora, se levanta aparatosamente, alza el televisor y lo deja caer sobre la ya arrugadísima ciudad de cartón. Plaff.

—"Ustedes dos son pretendientes míos, no el uno del otro!"

Se eleva una doble "?" en el aire caliente.

—"No me gusta que se azucaren mutuamente" concluye ella.

—"No estamos azucarándonos" replico.

—"Efectivamente" apunta el otro. "Nos admiramos".

—"Eso es, nos admiramos".

Mutis de la mujer hacia el baño. La puerta se cierra definitivamente. Es hora de desayunar. Los dos hombres espiamos por la cerradura del baño y salimos calladamente del cuarto.

Las palomas parlotean en la plaza y picotean los trocitos de rosquilla dulce que dejo caer disimuladamente. El pretendiente no moja su rosquilla en la taza de chocolate.

—"Pobre" pienso para mis adentros.

El sol sigue brillando pues apenas son las diez y cuarenta y cinco de la mañana. Hay un fulgor indescifrable tras los nubarrones de alcohol que atraviesan los ojos del pretendiente.

—"Vamos al parque" digo final y fraternalmente. "En Montjuich hay un anfiteatro al aire libre".

—"Perfecto".

Pago, nos levantamos, miro mapa, paro taxi, etc.

A las once y quince de la mañana comenzamos a subir muchas escaleras. Al llegar a la pequeña colina nos apoyamos contra la baranda y miramos los techos de la ciudad y la actividad del puerto lejano.

—"Barcelona significa la ciudad de las barcas" comento. "La palabra barca -al igual que Susana, adobe y nitrilo- viene del lenguaje de los faraones egipcios".

—"Sí?"

—"Sí, esto indica -al menos lingüísticamente- que probablemente la ciudad fue remolcada a través del Mediterráneo hace muchos años".

—"Como los pueblitos mejicanos que las compañías de cine trastean de película en película?"

—"Sí, algo así... Susana significa flor de loto en egipcio..."

Caminamos por un jardín idealizado de arcos de trepadoras y columnas de estilo importado. El pretendiente inicia el descenso de las graderías del anfiteatro. Destellos misteriosos continúan brincando entre sus ojos. El despeñadero de la montaña sirve de telón de fondo al escenario. Yo, espectador solitario, me siento arriba en la última fila. El único actor llega al centro de la escena. Sin ademanes estudiados saca un marcador de su bolsillo de arquitecto. -A propósito; yo siempre quise estudiar arquitectura para poder tener la chaqueta repleta de lapiceros y estilógrafos hechos en West Germany-. A eso del mediodía el actor único se enrolla la manga de la camisa hasta el codo y dibuja una marca en el interior del antebrazo.

—"Raya!" exclama el auditorio.

No aplaudo sino que desciendo las hileras de piedra. Llego a la mitad del tablado. Enrollo mi manga izquierda y garrapateo también una liniecita. El pretendiente saca el bisturí de dibujante a relucir. Uno después del otro, los dos trazos comienzan a sangrar y se unen formando una cruz.

Observo los pétalos de amistad que gotean en los escalones durante el ascenso del pretendiente. Por unos instantes queda enmarcado bajo un arco de follaje verde, luego desaparece en el jardín de las delicias botánicas.

El anfiteatro queda vacío. Verifico un vaho etílico en mis venas.

Camino por las calles romas de la ciudad. Los andenes se comienzan a torcer al llegar al Barrio Gótico. Son las siete de la noche. La puerta del cuarto está entornada. Ambos se han ido. Deben estar cruzando el Atlántico a bordo de un DC-10. Las casas de cartón han sido cuidadosamente dobladas y colocadas sobre la mesa. Mi leoncito de peluche sonríe sacando la cabeza del cajón de la mesa de noche. La consabida "O" de Relojes Omega se enciende con el anochecer.

CARACOLITIS RAMPANTE

En días pasados me pasó algo desagradable. Iba caminando tranquilamente por la calle después de adquirir algunos "souvenirs" de Barcelona, cuando de pronto vi una venta de animalitos caseros; mascotas y demás. Había pájaros y guacamayas, perros y gatos recién nacidos. Algunos peccitos estrellaban sus narices contra las paredes de vidrio de los acuarios. Unas ratitas blancas dormían a la sombra de un pedazo de cartón. Una araña negra y peluda hacía la digestión; a sus pies -y tenía por lo menos seis de éstos- estaban los restos del almuerzo; la piel de un ratón cuya tierna carne había sorbido como si se tratara de una leche malteada.

Pero lo que me llamó verdaderamente la atención fueron los caracoles que trepaban por unas ramas verdes, y cuyos cuerpecitos viscosos brillaban a la luz del sol. Se me ocurrió que si me tragaba dos o tres de esos bichos -vivos- me mejoraría un poco. Si no totalmente, al menos del estómago, que luego de mi larga enfermedad (además de la comida española) tenía vuelto una verdadera ensaladilla rusa.

Compré tres caracoles. El vendedor los puso cuidadosamente en una bolsita plástica, adjuntó unas hojas frescas y dijo: —"Lo que más les gusta es el apio".

Ascendí la rambla y me detuve a comprar dos botellas de agua mineral. Me encerré en el cuarto del hotel. Aún era de día y los neones no entraban por la ventana. Abrí una de las botellas y serví un vaso. Prendí el televisor. Saqué los tres caracoles de la talega plástica, esparcí las hojas sobre la mesa y los coloqué allí. Los animalitos movían las antenas expresando su asombro. Probablemente era la primera vez que entraban en un cuarto de hotel. Imité sus movimientos restringándome las manos. Tomé uno de los enroscados seres y cuidadosamente lo desurbanicé quitándole la casita que llevaba a cuestas. Lo levanté al nivel de la nariz para observarlo un rato. Las antenitas hacían súplicas para retornar al confort y calorcito de su vivienda. Sin conmovirme en absoluto, abrí la boca y puse el animal sobre la lengua, bien atrás contra el paladar. Apuré el vaso de agua y el animal se deslizó suavemente por la garganta. Los otros dos caracoles trataron de escaparse y esconderse entre una pequeña ciudad de cartulina que yo había abierto sobre la mesa. Pero en vano; los atrapé justo en el momento en que entraban por la puerta principal de la iglesia de la Sagrada Familia. Los desvestí rápidamente -ya tenía práctica-. Uno y luego el otro llegaron al estómago nadando en un trago de agua mineral.

Mi digestión y estado de ánimo en general, mejoraron considerablemente ese día. No cabía duda de que la baba que los caracoles producían en mi estómago tenía un efecto calmante imposible de obtener con las medicinas modernas.

Esa noche comí una gran ensalada -sin vinagre- para tenerlos bien contentos. Me acosté a dormir temprano.

Desperté a eso de las cuatro de la mañana y me agarró un pánico total. Me vi infestado de familias de caracolitos que -con concha y todo- irían creciendo en mi interior; caracoles en las paredes del estómago, en el intestino, en todas partes. Procreándose en una progresión geométrica que me daría un terrible dolor de estómago y que luego me asfixiaría irremediablemente, sin contar el hecho de que me devorarían todo lo que comiera y que al caminar, el estómago me resonaría como una maraca.

Me imaginé hasta las caras de los médicos al terminar la autopsia, "Caracolitis Rampante" dirían al cubrirme con la sábana blanca.

Y en los diarios saldría:

"EXILIADO SURAMERICANO MUERE DE SORPRENDENTE ENFERMEDAD."

"La ciencia asombrada prosigue la investigación de la C.R."

Los de Colombia escribirían, como frecuentemente:

"COLOMBIANO SE DESTACA EN EUROPA"

En medio de mi histeria evalué todas las posibilidades como mejor pude. A falta de una Anatomía, consulté la Guía de Barcelona. El hospital de arquitectura modernista más cercano quedaba a diez cuadras. Me vestí y salí al aire frío de la madrugada, bajo el brazo llevaba el maletín con el pasaporte y unas pijamas. Caminé las diez cuadras y llegué al Hospital de Sant Pau.⁽¹⁾

Sin atreverme a entrar ensayé, frente a la puerta, lo que iba a decir:

—"Que si por favor me hacen un lavado..."

—"Lavado de qué?" diría la señorita, o tal vez una vieja gorda.

—"Esos por atrás, usted sabe..."

—"Y eso por qué? Se siente mal?"

—"No, no tengo nada todavía. Es decir, si tengo, pero... en fin, usted sabe..."

—"No, no sé. No será usted uno de esos perversos?"

—"No, pues no. Perverso? Cómo así?"

Allí me quedé frente a la puerta hasta que las campanas dieron las seis. Ninguno de los diálogos que ensayé tuvo una solución satisfactoria.

Bueno, al otro día tuve una mala sangre que casi me mata. Fué como un cosquilleo que me comenzó en las arterias y luego se pasó a la medula. Cada hueso era un vacío; uno de esos grandes hoyos negros en el universo que devoran estrellas, galaxias, etc. Los músculos y ligamentos, además de la fascia, el estómago, el hígado y el páncreas amenazaban desaparecer. Tuve que agarrarme fuertemente a una silla para no perderme dentro de los huecos óseos. Se me ocurrió que de pronto me había tragado una aspiradora, pero deseché rápidamente este pensamiento. Luego sentí que el alma se me encogía. Cuando estuve a punto de dejarme ir, de soltarme de la silla y desvanecerme hacia el interior de los huesos, grité:

(1) El proyecto (1902-1912) de Lluís Domènech en Montaner ocupa una extensión de más de 100.000 metros cuadrados, distribuidos en pabellones independientes rodeados de zonas de jardines para el bienestar psicológico de los pacientes.

—"Maldición!"

La succión se detuvo. Me dejé caer en el suelo y hundí la nariz en la alfombra. Me quedé un rato allí respirando el olor de muchas pisadas. Gateé hasta el baño y me metí en la bañera.

—"Me meto en la bañera", me dije. "Reclino la cabeza contra el borde. La fría porcelana me tranquiliza. Tal vez sería mejor abrir la llave y dejar correr el agua. Pero y si de pronto me duermo y despierto ahogado? Y que tal que alguien venga por la mañana y me encuentre durmiendo en la bañera vacía? Dirá que estoy chillado".

Salí rápidamente del sarcófago de porcelana.

—"Con el borde lleno de jeroglíficos de mugre humana" agregué.

Sonreí al pensar que por lo menos no tenía que secarme ni ponerme Axilarín. Me tiré en la cama y escondí la cara bajos dos almohadas.

—"Tres".

Bien tres. Me zumbaban los oídos.

—"Son los avisos de neón funcionando."

Sí, eran los avisos. Oí el rojo con su ronroneo incómodo y algo que sonaba a latido de corazón olvidado sobre la calle de piedra.

—"Es el gas verde".

Verdad? También podría haber sido el reloj de Relojes Omega.

—"No oigo dormir en la cama vecina".

A esta hora ella volaba sobre Puerto Rico.

EL LEON O LA BOMBA

El pueblecito sigue igual. Los mercaderes venden radios de pilas y rojo para labios. Las mujeres arameas transitan las callejuelas en tacones altos y telas japonesas. Los samaritanos venden botiquines de primeros auxilios en una esquina. Los viajeros caminan lentamente para poder abarcar todas las perspectivas dentro de sus lentes fotográficas. Algunos se detienen unos instantes y escriben postales a toda velocidad. Si logran enviarlas esta misma noche podrán descrestar a amigos y enemigos con el matasellos en tres idiomas que dice "NAVIDAD EN BELEN".

Llego el 24 de diciembre por la tarde. Turistas y locales son requisados continuamente y más de un soldado israelí se sorprende al encontrar un leoncito de peluche en uno de mis bolsillos.

—"?" Pregunta el soldado.

—"Bebakasha lashevet". Contesto, teniendo la precaución de hablar en el orden equivocado.

—"Ma?" Interroga nuevamente el ser bélico.

—"Aní lo terrorist", aseguro. "Aní rotzé mitz escoliot".

—"Ma?" Repite el soldado.

—"Ken, ken. Mitz escoliot. Bebakasha Lashevet. Yerushalaim ashelzajar. Ejad, shtaim, shalosh, arba, jamesh, shesh, sheba, shmone, tescha, yeretz Israel. Mitz escoliot, mitz tapuzim, Mitz, fitz"⁽¹⁾.

Los cafés y restaurantes desbordan de turistas descosos de calmar la sed en los interludios de su caminar que sigue los pasos de Nuestro Señor Jesucristo desde su misma cuna. No logramos encontrar dos sillas vacías, y el "hebakasha lashevet" se nos torna imposible a mí y a mi leoncito.

Entramos a un cine de función doble para escapar del frío invernal palestino. No entendemos mucho pero nos divertimos bastante con la primera película, aparentemente egipcia y en blanco y negro, con actores que revolotean constantemente en torno a mesas de té, autos deportivos y apartamentos en Alejandría.

Durante el intermedio compramos helados envueltos en cucuruchos de papel metálico impreso con dibujos de piñas. La segunda película es italiana y de vaqueros. El malo entra al bar y grita — "Shalom Whisky!" — "Shalommm", contesta el barman. "Shtaim dolarin"⁽²⁾. La maximización de la conflagración cultural me deprime y no logro emocionarme cuando el bueno besa a la chica dulce en la última toma. Atardecer. The end. El público sale rápidamente, más que todo muchachos árabes en pantalones a la moda de ellos. Lluve.

Al día siguiente no llueve y Belén sigue ahí, humilde y gris pero anunciando a los cuatro vientos que fue allí donde nació el Mesías cristiano.

(1) —"?"

—"Por favor siéntese".

"Qué?"

—"Yo no soy terrorista. Quiero jugo de toronja"

—"Qué?"

—"Sí, sí. Jugo de Toronja. Por favor siéntese. Jerusalén de oro. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, Tierra de Israel. Jugo de toronja, jugo de naranja, jugo, fugo!"

(2) —"Hola, un whisky". "Hola. Dos dólares"

Visitamos entonces los lugares antiguos, santos e históricos:

El establo: lámparas de aceite iluminan la entrada del lugar subterráneo. Es algo así como una cripta forrada en mármol. En una esquina hay una estrella de plata incrustada en la piedra jaspeada. El centro de la estrella es un círculo de cristal a través del cuál se ve la tierra.

Besar la áspera superficie del vidrio mismo que cubre el suelo terroso donde una vez se levantó el establo en que nació Jesús, me vale una libra en limosna al monje que custodia el sitio. "Para el mantenimiento y las misiones", dice con sus ojos griegos ortodoxos.

El vidrio es dulce, con el sabor a caramelo doblemente milenario de quién sabe cuántas monjas, embajadores y peregrinos. Saboreo todo el arpegio de salivas cristianas que se han ido acumulando hasta formar cristales sobre la superficie. Por rozar el hocico de trapo del Iconcito pago cincuenta agurra solamente.

La posada: Luego de cruzar un pequeño puente de madera construido sobre un riachuelo se llega a un edificio moderno, de concreto y con techo de metal corrugado en el estilo de los nuevos asentamientos israelíes. "Hospedaje para jóvenes". Entro, a la izquierda queda la oficina. Un grupo de viajeros -pasaporte en mano- hace fila frente al escritorio. Llaves numeradas cuelgan de un trozo de madera en la pared. Además hay un carrusel de tarjetas postales, mapas y una máquina automática de bebidas gaseosas. Maletines, morrales y sacos de dormir enrollados cubren el suelo. Cruzo hasta el patio. Según mi guía turística, la placa conmemorativa debe encontrarse en la esquina suroeste. Logro orientarme por medio de la estrella de Belén que refulge en el firmamento del atardecer. Sonríe al comprobar que no es de papel de aluminio recortado sino que es una estrella de verdad. Encuentro la placa metálica bajo una hilera de impermeables y bolsas plásticas.

"Se hace constar que en este mismo sitio se levantaba la posada Kim Ham, lugar en el cual José y María se albergaron la noche en que nació el Mesías cristiano".

Sigue el nombre del director general de los hostales, el del Patriarca Máximo de Jerusalén con todos sus títulos y una fecha.

Lo que pasó fué que José y María no habían hecho reservaciones y aunque golpearon en cinco posadas todos sus esfuerzos fueron en vano. Había muchos viajeros en Belén, por aquello del censo. Probablemente el doble de los turistas de esta navidad. Sólo aquellos que habían tenido la precaución de reservar con antelación encontraban alojamiento.

Cuando la pareja comenzaba a desesperar, José vió otra de esas linternas rojas que los posaderos colgaban a la entrada de sus establecimientos para guiar a los viajeros. La pareja cruzó una pequeña quebrada y se dirigió hacia la luz. Toscos caracteres arameos indicaban el nombre de la posada: KIM HAM.

Otro letrero escrito sobre un pedazo de madera informaba que los viajeros de escasos recursos económicos podían dormir gratis en el patio. Desafortunadamente todas las habitaciones estaban ocupadas. José imploró a Gobrial el posadero, para que al menos les diera una cama ya que María estaba cansada y a punto de dar a luz. Sara la esposa de Gobrial salió a ver lo que sucedía. Miró a José y a María y dijo:

—"Nos gustaría poder ayudarles pero no nos queda nada libre".

—"Acepta entonces que mi esposa dé a luz aquí, sobre el suelo?" la retó José.

—"Pensándolo bien", continuó Sara sin haber escuchado, tenemos un pesebre bastante cómodo y caliente, con agua clara y heno recogido la semana pasada. Sería un buen refugio del frío, y si sale alguna habitación libre, ustedes tendrán prioridad para trasladarse".

José y María se dirigieron al establo. Este era una especie de cueva natural de 12 metros de profundidad, cinco de ancho y tres de alto. En su interior no brillaba luz alguna pero el débil reflejo de los faroles de la posada alcanzaba a filtrarse por el portal. José distribuyó la paja formando un lecho para María contra la pared interior.

A los pocos minutos apareció la figura regordeta de Sara que traía de su propia cama una sábana de lino y una almohada que ofreció a María.

La historia cuenta que la caverna estaba dividida en dos partes; una servía de comedero para las bestias y la otra de establo durante el invierno, pero aquel año sólo quedaban un buey y un burro.

José amarró su propio asno y se dispuso a arreglar su lecho cerca de María. Se acomodó contra el buey buscando el calor del cuerpo del animal.

Pasada la medianoche, en la madrugada del domingo 25 de diciembre del año cuarto DC (1), mientras la lluvia caía, el viento rugía y la temperatura bajaba rápidamente, empezaron los dolores de la labor. Cuando José salió a buscar una partera notó que la naturaleza había cambiado. Todo estaba rodeado de silencio, como si hubiera caído una capa de nieve que acolchonara los sonidos; aunque aquel no había sido un invierno blanco en Belén. Las pocas personas que transitaban por las callejuelas se habían detenido y parecían suspendidas en el tiempo. Todos miraban una extraña luz blanca que rodeaba el caserío.

Existen muchas leyendas acerca de las cosas maravillosas que ocurrieron esa madrugada. Una de ellas cuenta cómo se detuvo de repente el movimiento; los pájaros quedaron colgando en el aire con las alas extendidas, las ovejas se congelaron en el acto de masticar hierba, las vacas se detuvieron con el cuello estirado en actitud de beber. Todo quedó en silencio e inmovilidad.

José halló una partera en una de las posadas y la llevó al pesebre. Al entrar se sorprendieron al ver a María junto al bebé que dormía profundamente. José se arrodilló.

La partera -Ruth de nombre- preguntó a María cómo había podido dar a luz sin ayuda.

La nueva madre la miró sonriente sin decir nada. Ruth salió a contar la noticia a todos sus amigos y conocidos. Entre ellos estaba Salomé, la partera jefe del poblado. Sin creer lo que oía, decidió ir ella misma al establo.

Al llegar vio a María descansando con el bebé dormido en sus brazos. Salomé se acercó y pidió a María permiso para examinarla. Sus dos manos se secaron instantáneamente. Salomé gritó: "Perdón, perdón!" María hizo que sus manos se curaran inmediatamente.

Salomé salió del establo. Un ángel que se encontraba en la puerta le ordenó devolverse y permanecer al servicio de María.

(1) Esto según William Farid Bassili y otros investigadores de las tradiciones coptas: "The Flight into Egypt". Dar Memphis. Cairo. 1968

Una gran pantalla de video ha sido instalada en uno de los muros exteriores de la iglesia. Allí podrá verse en vivo y paso a paso, la misa de medianoche que se ofrecerá en el interior de la Basílica, a la que sólo tiene acceso la crema y nata del cristianismo, además de uno que otro embajador sin consecuencia espiritual.

Un enorme ensamblaje de metal se levanta en medio de la plaza. Subo los escalones y me instalo en uno de los sitios más altos de la gradería. A mi lado siento el leoncito de peluche. Una turista americana trata de empujar su nalgatorio de altas calorías sobre las patitas del animal pero un oportuno codazo arregla la situación.

La transmisión en video comienza a las once y cuarenta y cinco de la noche. Lueve. Encuentro imposible seguir el desarrollo del evento religioso en medio del barullo de cámaras fotográficas y de paraguas que se abren y se cierran.

Gracias a Dios logro avistar la hostia durante la elevación.

Descubro -algo horrorizado eso sí- el verdoso matiz del cuerpo de Cristo. La decoloración producida por la electrónica del video es suficiente para convertir a cualquier suramericano al paganismo vegetariano. Sin embargo, las campanas acompañan este instante, el más místico, en el que los celebrantes exhiben ante la multitud el redondel de color cacoscópico.

El león de peluche pierde el equilibrio, resbala del asiento y cae de narices al pavimento. Sin poder encontrar las palabras correctas, exclamo algo así como "El leoncito hizo PUM". Tropiezo aquí y allá. "PUMMM", repito al meterme bajo los soportes de la estructura metálica.

—"PUM? Una bomba?" pregunta alguien.

Encuentro al animal flotando en un charco de agua. Lo rescato con gran parsimonia y con los dedos índice y pulgar. El pobre está completamente mojado y la camiseta de rayas azules y blancas ha comenzado a desteñir.

—"A bomb", gritan. "Une bombe". "En bombe". "Eine bombe". Los cristianos se levantan creando un tumulto casi tan intenso como los que suceden en los partidos de fútbol. El alboroto comienza en sorpresa, murmullos y exclamaciones antes de degenerar en empujones, zancadillas e histeria general. El tropel se derrama de las graderías y se dispersa por la plaza. Algunos se apresuran calle abajo hacia los buses turísticos, otros corren a refugiarse en la iglesia.

La pantalla de video muestra el momento en que los embajadores, sacerdotes, esposas y delegados recorren toda la gama de sus emociones en vivo y en directo. Al perder su guía la cámara enfoca negligentemente el techo de la iglesia. Da tres vueltas a la cúpula y baja por el altar. Recorre el reguero de hostias en el suelo y zigzaguea entre varios pares de zapatos que avanzan alocadamente. Finalmente se detiene en una baldosa roja con un diseño geométrico en azul.

Inspirado tal vez en los retablos de la natividad ahora sostengo fervorosamente el leoncito por las orejas. Me veo rodeado de un batallón del ejército israelí. Todo parece detenerse un momento como en la primera noche de navidad. No muevo un pelo y rezo para que no me dé por estornudar. Deja de llover y comienza a nevar.

Los árabes observan calladamente desde las puertas de los cafés y de las heladerías. Se encienden tres reflectores que luego de dudar y hacer arabescos por la plaza se centran en mí. Se oye una sirena y aparece su correspondiente camioncito pintado de blanco, por una esquina de la plaza.

Los soldados abren paso y el vehículo se detiene a escasos quince metros. Al abrirse la puerta descienden tres cosmonautas. "Los tres reyes magos de la Hagana?"⁽¹⁾, pienso con miras a continuar el paralelo místico. Melchor Goldstein, Gaspar Rubinstein y Baltasar Richter. Los tres vistren trajes metálicos abullonados, guantes articulados de metal y cascos de fibra de vidrio verde genéricamente roceada de asbesto.

—"Depositale lentamente ese objeto en el suelo", indica uno de ellos en su lengua nativa. Obedezco las instrucciones sin la más mínima señal de protesta, aunque bien sé que el leoncito va a empaparse nuevamente. Bajo los brazos, me inclino desde el coxis, doblo las rodillas y coloco el animalito en el charco de agua. El pobre cae de narices -su posición favorita en momentos de confusión- y queda completamente sumergido en el barrial.

—"Aléjese", me ordena Gaspar Rubinstein. Doy cinco pasos en reversa y siento dos pares de brazos que me agarran fuertemente.

—"Shalom", digo a manera de introducción. La extremidad cilíndrica de una ametralladora se clava en mi columna vertebral. Los reyes magos sacan un largo instrumento del camión, un par de pinzas ampliamente tentaculares, con las que enzarzan el estómago del león y lo extraen del agua. El círculo de soldados -y yo con ellos- se agranda cobardemente.

El animal es introducido en la parte trasera del camión, los tres cosmonautas entran y cierran la puerta tras ellos.

"ESCUADRON ANTI-BOMBAS", leo en letras negras. Deja de nevar y comienza a llover.

—"Dígale al capitán que sólo es un muñeco", murmuro a uno de los soldados que me sujeta.

—"Ma?" contesta éste.

Un radio comienza a sonar; algunos árabes deben haberse aburrido y han entrado nuevamente a jugar dominó en un café. Deja de llover y comienza a nevar. La puerta del camión se abre. Los reyes magos descienden. Los overoles los llevan desabrochados y se van quitando el casco y los guantes.

Baltasar Richter se dirige hacia mí.

—"Puede irse", dice.

Recibo la bolsa plástica que me ofrece. Los soldados dejan de sujetarme. Mis piernas flaquean al perder el sostén militar y caigo de rodillas al suelo. Los tres desenmascarados montan al camión y arrancan calle abajo. La Hagana se dispersa rápidamente y retorna a sus puestos de guardia a la entrada del poblado. Los buses turísticos desaparecieron hace rato.

Deja de nevar y comienza a llover. Quedo arrodillado en un charco de agua, la bolsa plástica en mis manos. Al tocar su superficie constato la ausencia de las formas del muñeco. No hay patas abullonadas, ni orejas, ni hocico. La barriguita blanda no aparece por ningún lado. Los dos ojos de vidrio están sueltos en el fondo. La talega contiene solamente trozos de felpa y retazos de lana. Mi leoncito ha sido desmontado pieza por pieza.

(1) Hagana: Ejército de Israel.

Me levanto para no dramatizar el acontecimiento más de lo necesario. Entro a la iglesia. Pasado el peligro, algunos de los feligreses han vuelto, pero los sacerdotes van camino de Jerusalén en los buses turísticos. No trato de contener una sonrisa vengativa. Mi leoncito habrá muerto en vano pero Jesús no nacerá este año. Por lo menos en la ceremonia de Belén. Afuera deja de llover y comienza a nevar.

UN NIÑO DE LA GUERRA

El hospicio queda frente a las murallas de la parte antigua de Jerusalén. Fundado y construido por los caballeros de la Liga del Hospital, sucesivas cruzadas, guerras y reparaciones sin cuartel, lo han convertido en una mezcla de estilos cuya única unidad es dada por los recurrentes orificios de bala y los boquetes de bazooka. El portero está dormido tras su escritorio de madera lastimada. Algunos bombillos, instalados en las conexiones eléctricas puestas a las armaduras, iluminan un poco los anchos corredores de piedra, ennegrecida ésta por el paso de los siglos y de los peregrinos a Tierra Santa.

Al cruzar por la sección femenina veo, a través del vidrio, unos cientos de mujeres que duermen al amparo de enormes columnas que se levantan entre las hileras de catres. Me llama la atención una que se parece a mi amiga más querida y que reposa dormida en una de las camas. Me sorprende al constatar su belleza, parece que gozara de todas las cualidades que Epifanio el Obispo de Chipre adjudicaba a la Virgen María:

"De estatura mediana, su piel es aquella del trigo maduro y su pelo es del color del mármol negro. Sus párpados son sedosos y transparentes y esconden un iris verde oliva, sus cejas son arqueadas y profundamente negras. Su nariz es larga, sus labios rosas y suaves desbordan con la dulzura de su alma. Sus manos son delgadas y sus dedos son alargados. Su cara no es redonda sino algo ovalada. Jamás ostenta ni el orgullo ni la pretensión y se inclina más bien a un exceso de humildad. Lleva un traje de color natural y la simplicidad del algodón virgen la satisface".

La observo, tiene un niño en sus brazos. Todos los otros acontecimientos de mi viaje, se tornan superfluos e irrisorios al compararlos con el soldadito muerto que duerme en los brazos de la mujer. Un cuaderno parecido al que yo empaqué al salir de Medellín, prácticamente una cuartilla escolar, fué lo que encontraron en las manos muertas del soldadito. Un niño de doce años pudriéndose en una trinchera de algún desierto olvidado durante una guerra que ya no sale en los periódicos. Una guerra de esas sin el excitante matiz del technicolor.

La portada del panfleto, impreso en tinta negra sobre un fondo de papel blanco barato, destaca en medio de un marco negro la foto del líder. Dos banderas tricromáticas aparecen en la contraportada. La primera es gris, blanca y negra. La segunda es negra, blanca y gris. Una para amar y defender, la otra para odiar y destruir.

Sin haber aprendido cuál era cuál el soldado coloreó ambas de verde.

Todo lo que es importante saber para poder vivir llenaba las cuatro páginas interiores:

Suras del Corán decoraban las márgenes. "Recitad en el nombre del Señor, el que creó al Hombre de coágulos de sangre. Recitad: Porque el Señor es el más Beneficente. El que enseñó al Hombre el uso del lápiz. El que enseñó al Hombre aquello que él no sabía"⁽¹⁾. Se agradece entonces a Alá el Misericordioso, quién enseñó a la humanidad el arte de escribir, que había sido recientemente introducido a Meca, cuando el Profeta recibió la inspiración divina que sentó las bases del Corán.

La disciplina de la escritura se convertiría en un arma poderosa para propagar el conocimiento del único Dios. Según parece, los editores del folletico no pasaron por alto el hecho de que Mahoma fué el primero en darse cuenta de la utilidad de la propaganda escrita...

Al final hay un cuestionario para que cada soldado lo llene. Una serie de preguntas indispensables para saber morir en el siglo veinte.

- 1- Nuestro amado líder es _____
- 2- El enemigo es _____
- 3- Lucharé hasta que _____
- 4- Qué le debo a mi patria? _____
- 5- Qué significa ser héroe? _____
- 6- Hay algo más importante que esta guerra? _____

El soldado-niño no llenó ninguna de las líneas punteadas. Sin embargo es obvio que sí sabía escribir; en el margen y con el mismo lápiz verde con el que coloreó las banderas, garrapateó: "Lo que más deseo es tomar un helado de chocolate".

La noche en el hospicio se convirtió en madrugada. Mi nariz pegada al vidrio de la sección femenina. Un hombre en pijama cruzó el corredor. Con sus pequeños y rápidos pasos intentaba engañar las frías baldosas.

—"Buenos días", murmuró en español.

El alba luchaba contra el mugre y el polvo acumulados en los vidrios antiguos. Unos débiles rayos de sol iluminaron los pies de la mujer. Escuché el desagüe del excusado y el hombre de la pijama apareció. Su figura se recortó en el contraluz de la ventana. Era uno de los tantos peregrinos de pijama azul de poliester que se alojaban en el hospicio durante un viaje cuyo objetivo es acercarse más a Jesús. Como un cruel retablo de la natividad, "la madre y el niño rodeados de una aureola beatífica", dejé a mi amiga en su catre con el muchacho muerto en su seno. La luz del nuevo día creó un efecto óptico de diapositivas proyectadas sobre la pared de piedra gris. Era el premio del soldado: "Les pertenecerán jardines y pabellones bajo los cuales corre el agua"⁽²⁾.

(1) Corán: Sura número 45, Versos 1-5. Este Sura, tradicionalmente llamado "El de los coágulos de sangre", es el primer capítulo del Corán.
(2) Corán. Sura número 47, verso 15.

Me alejé en busca de mí catre en la sección masculina. Mientras tanto el alba iluminaba a la mujer desde los pies hasta la cintura, dándole un aire hondamente virginal.

La oscuridad aún mantiene el secreto del mártir niño musulmán. Como mantiene el secreto de todos los jóvenes muertos en el mundo, en todas las guerras, sin saber por qué, a pesar de todos los cuadernos de instrucción.

EL PRECIO DE LA FE

Tomo la Vía Dolorosa hacia el barrio cristiano. Los vendedores barren sus almacenes y desempolvan los recuerdos religiosos en espera del paso de la procesión semanal. Cuando a las tres de la tarde escuchan los primeros rezos de los peregrinos que toman parte en el Vía Crucis, correrán a la puerta de sus negocios a colgar enormes réplicas plásticas de tarjetas de crédito.

Recorro la Basílica del Santo Sepulcro y pago:

—Dos libras israelíes a cada uno de los monjes (cuatro en total; un copto, un armenio, un latino y un griego) que la custodian, para que me dejen tocar la piedra en la que el Salvador pasó sus tres días de muerto. Los demás turistas me atropellan y acosan -apenas caben cuatro personas en el recinto-. Pero aún así tengo tiempo de contar las lamparitas de aceite que iluminan la cripta: cuarentitres.

—Cinco francos franceses por rozar la piedra de la unción con mi dedo meñique.(1)

—Un dólar americano por fotografiar "el sitio de las tres Marías".(2)

—Trescientas pesetas españolas por mojarme los dedos en la fuentecita que queda dentro de la Capilla del Angel.(3)

—Diez coronas danesas por besar la esquina de la tumba que sale por la pared de la Capilla Copta.

—Cien pesos colombianos por prender una velita en el altar de María Magdalena.(4)

—Otros cincuenta pesos colombianos por tocar un re menor en el organito que los Franciscanos tienen en la sacristía.

—Treinta liras italianas por darle la vuelta a la llave en la "prisión de Cristo", una capillita muy bien tenida -llena de flores silvestres- por los griegos ortodoxos.

—Dos marcos alemanes por tallar una crucecita en la capilla armenia de Helena. Este acto sirve para adquirir inmortalidad.(5)

—Cien yenes japoneses por bajar las escaleras que conducen a la cripta del "encuentro de la cruz".

(1) Ver Juan 19:38 y siguientes.

(2) Ver Juan 19:25.

(3) Ver Mateo 28:1 y siguientes.

(4) Ver Juan 20:14 y siguientes.

(5) Santa Helena, madre del Emperador Constantino, encontró la Santa Cruz.

—Otros cien por subirlas y poder salir del lugar.

—Treinticinco quetzales guatemaltecos por recostarme contra la columna en el "oratorio de los insultos".

—Cinco francos franceses por examinar los íconos preciosos que decoran la Capilla del cráneo de Adán, lugarcito un tanto fresco donde los soldados romanos que andaban en busca de dos buenos troncos para la cruz del Crucificado, encontraron fué la calavera del primer hombre.

—Un tiquete de bus de Barcelona por revisarme los bolsillos a ver si me queda plata, en la capilla de la distribución de las vestiduras.⁽¹⁾

—La camiseta de marinero que ya no le sirve a mi leoncito, por sentarme a descansar un rato en la única banca de la Capilla de San Longuino, el centurión romano que no se sabe bien si le clavó la lanza al Divino ⁽²⁾ o si fué el que comentó sobre la verdadera identidad del Hijo de Dios cuando se rasgó el velo del templo. ⁽³⁾

—Un bolígrafo Paper Mate por quitarme los zapatos en el oratorio de la cortina rasgada. Tal vez mi sitio preferido en todo el edificio ya que es el único que tiene ventana al exterior.

Desgraciadamente no aceptan tarjetas ni cheques de viajero en el Gólgota y me quedo sin comprar ninguna postal para mandar a la casa.

(1) Ver Juan 19:23 y siguientes.

(2) ver Juan 19:34.

(3) Ver Marcos 15:39.

VER PARIS Y...

DIA 1º

Ver París y morir. Sin suficientes parqueaderos pero maravilloso telón de fondo para Mac Donalds y Burger Kings. Adoro tus francesitas sorbiendo Milk Shake en los Campos Elíseos. Ciudad Luz. Me fascina pintar graffiti en los muros curvos de Les Halles. Saint Germain. Medir la Torre Eiffel. Me satisface hacerle pistola a tus meseros de mejor familia que cualquiera. La Opera. Los panes largos. Pasear por las Tullerías. No saldrá un franco de mi bolsillo para la propina de la que cuida los baños. Los puentes sobre el Sena. Los escritores latinoamericanos regodeándose en bluyines raídos. Nada mejor que subir las escaleras mecánicas del centro de exposiciones Pompidou y contar las cajetillas de Marlboro en la plaza de abajo. Una de dos o París ya no es lo que nuestras tías dicen que era, o nunca fué lo que nuestros escritores escribían que es.

DIA 2º

Esc viejo París, donde a uno le cobran por sentarse en un parque, pedir tenedor y cuchillo para cortar la carne, rezar en una iglesia, guardar un abrigo, abrir el palco del teatro. El París de los vejestorios en el mercado de las pulgas donde los franceses se deshacen de lo que les sobra; un periódico "antiguo", una lata de aceite de "época", un fogón de "estilo", una botella "Imperio", un libro "Directorio", una coca "rococó", un calzoncillo "República". Y además hay que pagar para adquirir estos tesoros.

Los turcos venden gorras plásticas de cuero, reproducciones de mezquitas plásticas con luces que se prenden y se apagan, brazaletes plásticos de estilo moderno y bolsas de maní plastificado. A una gorda con más años que pelo, compro un hallazgo de los años cuarenta, un micrófono con aro alrededor, de los que salen en las películas de guerra. No funciona pero es bueno para sacar músculo.

Una vendedora de postales antiguas escritas, estampilladas, mandadas, recibidas y releídas: Niños pintados de azul y dorado cargando flores en poses de primera comunión. Una mujer con el vestido retocado de amarillo arreglando un jarrón de rosas. Una niña en una decoración de azucenas sonriendo con ánimos de feliz aniversario. Un hombre ya maduro, de bigote y chaleco anaranjado sosteniendo una canasta primaveral y un pescado de colores:

"Inocente del mes de Abril
Por quién tu corazón late?
Tu tienes el mío mi bella
Que este pe(s)cado te lo recuerde".
(5 centimes. Republique Française. Postes. 1917)

DIA 3º

Un Drugstore en Saint Germain. Arquitectura angular de vidrios que no casan y esquinas pintadas. Mostradores de Video Casette y otras baratijas. Arriba un Coffee Shop. Una mesita vacía. Mármol artificial, superficie pegotuda. Tres chicas de piel oscura, probablemente importadas,

comen helados y fuman cigarrillos sin equivocarse. El disco hit de Grace Jones sale por los parlantes cubiertos de espejitos recortados. Un mesero demasiado ocupado y demasiado francés (creo que es español) para atenderme, pasa y vuelve a pasar por el estrecho corredor entre las mesas. Quince minutos. En las otras mesas comen sandwichs con lámparas bajas al nivel de los ojos. Finalmente se acerca. No le hago pistola todavía. En mi mejor francés pido "Une Coca-Cola, s'il vous plaît". No le place, una mueca aparece en sus labios parisinos. Se agacha y se mete debajo de la mesa. Signos de interrogación aparecen en mis ojos latinos. Meto la cabeza bajo la mesa. Tête-à-tête subterráneo? No. Coca-Cola será masculino en francés? "Une Coca-Cola" en Saint Germain debe sonar como "una vaso de leche" en Chapinero.

El ingenio francés: Napoleón, la guillotina, el tan popular jet Concorde, La Legión de Honor, Varennes, y para completar una puertita en la pared bajo mi mesa, que se usa para despachar los platos sucios y recoger las órdenes de comida de la cocina. Con los pantalones cubiertos de crema batida salgo a la calle. Desde allí le hago pistola al garçon.

DIA 4º

Café de Flore. El sitio "in" donde el todo París viene a ver, ser visto, tomar café y desmenuzar panecillos en forma de luna creciente. La única silla vacía, en el fondo contra la pared, ha sido ocupada por un negro imponente con erección en el pelo. Boca roja, mejillas cóncavas, pómulos, dientes, frente, cuello, cuello, cuello. Fuma, largos dedos de uñas pintadas. Si le hablo en francés es dar por entendido que se que es negro y que viene de Argelia. Afuera ya está oscuro. No quiero pasar por racista. Me traen el café negro. Es hora de volver al hotel y de alistarme para día No. 5.

DIA 5º

El cabaret con el escenario más pequeño de todo París es El Alcázar. Una pareja de patinadores da vueltas rapidísimas sobre una moneda, el hombre, un español de mucho sudor, agarra a la niña de los brazos y la centrifuga sobre las mesas. Osterizamiento total. Aplausos. Salen negros bailoteando muchachitas desteñidas, los unos con triangulito doradito y las unas con idéntico más cadenitas colgando "de chaque tête" (de cada cabeza). Pasos y vueltas de baile. Meneo de nalgas en redondel y en círculo. Volteada de las cadenitas en direcciones opuestas, sin enredarlas. Las niñas, convertidas en aviones DC3 de dos hélices, vuelan y quedan sostenidas en el aire. Se deslizan hasta el suelo por los cuerpos negros. Rocc. Aterrizaje total. Aplausos.

Un acto de vampiros: El señor Drácula le hace ojitos a un ataúd. Humo y relámpagos. Una muerta más desnuda que muerta vuelve a la vida. Tanguean. Entrelazan las yugulares entre otras cosas. Más vampiros, hombres y mujeres de la noche aparecen volando en trapecios. Interruptus.

DIA 6º

En el sótano, una como gitana "blessée de guerre" cuida los baños. Tras una mesa con un platíco para la propina lee fotonovelas: Un señor gordo orina, mientras Jean le sirve champaña a Sylvie. El sonoro popis de una turista americana acompaña el tierno beso de Jean. Los grititos de Sylvie en la última página de la revista, se ahogan al soltar un inodoro. Algunas monedas caen en el plato, otras fuera. "Merci, Monsieur" gime ella. Bueno, para más fotonovelas.

LAS MOSCAS DE MALTA

Un muy amigo mío, a quién llamaré en este relato el Caballero de Argenta, se enamora rápida y decididamente de la fotografía de la Marquesa Malteada que sale en el periódico del domingo 23 de no sé qué con motivo de la muerte de su padre, el ex rey de la isla.

—"Urgente", me dice al entrar al apartamento. -"Hay que salir inmediatamente para el Mediterráneo. Malta!"

Lo miro con asombro: "-Malta? Pero si aquello es un despeñadero con un castillo clavado en la roca mayor!"

—"Precisamente". Sonríe como si su gato estuviera vivo aún. -"Allí está ella en el Palazzo Paradiso..." Goza intensamente de los tres puntos suspensivos y vuelve a sonreír. A lo mejor el gato ha resucitado.

Luego me muestra con gran secreto y parsimonia el recorte del diario. Veo a una joven sentada de perfil en una banqueta, la mano izquierda posada en el mango de una sombrilla de encaje. La pared del fondo podra ser verde y azul el suelo de baldosa. Un gran sombrero de velos hace juego con el vestido de boleros blancos y con el momento de reposarse antes de salir a saludar a los huéspedes del Garden Party. A través de la ventana se alcanza a ver una carretera y un autito conducido por el cónsul inglés con sombrero de copa.

—"Es posible que la Marquesa haya cambiado un poco con el curso de los años. Este retrato es de 1940", me atrevo yo.

Argenta no se inmuta: "-Imposible", dice y se pone a empacar las joyas y animalitos de metal que él fabrica.

—"Vas a cargar con todo eso? Basta con un regalito para la Marquesa, uno de esos animalitos de plata con ojos de piedra preciosa".

—"Si tal vez. Bueno, el avión vuela a la seis y no olvides echar el vestido de baño por si sale el sol. Vienes?"

—"Te acompaño porque si no quién te aguanta después!"

El jet aterriza en un escollo rodeado de agua. La isla es tan pequeña que la pista cae en el mar. La recorreremos hasta la mitad antes de detenernos y voltear por una salida iluminada con bombillitos verdes. El señor de los sellitos estampa nuestros pasaportes y nos da una Bienvenida a la Islita de Malta, petite île, piccola isola, kleine insel, little island!

—"Algo para declarar?" pregunta el policía mientras dibuja crucecitas con ticitita blanca en las tapas de nuestro equipaje.

—"Al Paraíso", indica Argenta dentro del micro-taxi.

Tomamos un caminito que bordea el ancho mar Mediterráneo.

Las lucecitas de los pueblitos se ven desde las ventanas del autito. Ya que los ingenieros británicos decidieron terminar la carreterita enroscándola alrededor de un peñasquito, el carrito comienza a ascender la espiralita de asfalto y se aleja del mar.

Una enorme sonrisa va iluminándose en el rostro de Argenta. (La sonrisa es desproporcionada al tamaño del lugar).

—"Pasen", susurra una horrible mujercita apuntándonos a la cara con una diminuta linterna de baterías.—"No esperabamos a nadie, mi hermanita mayor está refrescándose en la fuente".

Adquirida en algún errorcito del rey de la Islita, la mujercita es la hermanita adoptiva de la Marquesa Malteada. Los síntomas de intenso recelo y envidia son obvios. Me golpeo la frente en el dintel y el portoncito del palacete se cierra con un clomp típico de cuento de hadas, nos hallamos rodeados de un silencio de marmolcito.

—"Aquí es dónde mi poco práctica hermana guarda sus cositas", dice iluminando con la mini-linterna. Al hacer un rápido circulito de luz por la habitación desfilan velozmente ante el rayo de la lámpara, busticos griegos, mesitas rococó, columnitas, pechitos, piernitas romanas, velitos samotracios, angelitos y dioscitos, todo un sinfín de objetos esculpidos en mármol.

—"No se imaginan la cantidad de tiempo que toma mantener todo esto en orden". Veo a la mujercita con un trapito y un baldecito de agua, restregar las alitas de un querubín.

El salón de los espejos lo alquilan para bodas y recepciones. Un fuerte vientequito entra por las puertas abiertas de los balcones y forma barrigas y revuelos en los visillos. Un pianito descomunal ocupa una de las esquinas del gran saloncito. Está abierto y tiene un banquito al frente.

—"Aquí es dónde las damas descansan entre pieza y pieza", dice la envidiosa guía al abrir una de las puertecitas cubiertas de espejos: Polveras y pompones de seda llenan las mesitas vestidas de organza rosada. Dos bacinillas privadas se ocultan tras cortinillas de brocado.

El Caballero de Argenta lo examina todo meticulosamente y hasta logra descubrir un pequeño lavabo en porcelana, incrustado dentro de un armario con afinidades barrocas. Se moja los dedos con el agüita que sale del pico del pajarito. Yo prefiero dar tres pasos y observar la lentitud de los reflejos en los espejos de marco dorado. La mujer de la linterna nos da indicaciones concretas para subir los escaloncitos del torreón.

El enamorado Argenta se entretiene observando la ventana de la Marquesa. Yo me limito a cepillarme los dientes.

—"Debe estar dormidita", digo ante su impaciencia y con la boca llena de espuma, "midita".

—"Las Marquesas no duermen y menos ésta".

—"Ah!"

—"Debe estar vistiéndose para ir a cenar al patio".

En el patiocito que queda entre el salón de los espejos y la muralla que da sobre el despeñadero hay una mesa elegantemente instalada con mantelito blanco y todo. Sin comentar observo que solo hay un puesto y un único servicio de porcelanita, plata y cristalito. Una fuentecita de piedra acompaña sonoramente el arreglo.

Comienzo a desarrugar mi única camisa de repuesto que salió algo maltrecha de la maleta.

Un enorme sapo brinca desde la fuente del patio hasta mis pies.

—"Crees que le guste?" Me pregunta Argenta mostrándome una cadena de plata de la que cuelga un terrón de azúcar de fibra de vidrio sobre el que hay un moscardón labrado en plata.

—"Ni mandado a hacer", le respondo.

El sapo olfatea mis zapatos y demuestra su falta de interés en mí, al dar dos saltos que lo llevan a caer cerca de Argenta. Este se horroriza y quiere buscar la salida más próxima: —"¡Horror, hay que matar a ese monstruo", grita cuadrándose en una divertida pose medioeval. El sapo olfatea la mosca de plata del collar.

—"Déjalo," le digo, "además es una sapa".

—"¿Qué?"

—"Que es una mujer!"

Pero el Caballero no se detiene, agarra su maleta y se la tira.

En los pocos instantes que dura el vuelo alcanzo a ver una súplica casi humana en los ojos del animalito. Pero la maleta alcanza su objetivo y un charco de sangre azul se esparce rápidamente... Las etiquetas de Panam y Air France se salpican. Las notas del lejano piano dejan de escucharse, la fuente se detiene y las cortinas dejan de moverse al viento, tal como sucede en los libros de fantasía.

—"No sabía que tuvieran sangre azul", dice Argenta entre conmovido y aterrorizado y con trazas de asfixia.

—"No sé, tal vez sea una sapa encantada".

—"La cena esta lista señor Argenta, la Marquesa esta esperando impacientemente", nos interrumpe la bruja de la lamparita.

El enamorado comienza a descender las escaleras pomposamente. Yo cuento hasta diez y me descuelgo por las enredaderas con mi equipajito agarrado. El patio está vacío y al pasar junto a la mesita dispuesta para la cena veo que han colocado un plato de moscas muertas cuidadosamente arregladas sobre una hoja de lechuga, junto a la fuentecita cristalina. Las piedras de la tapia parecen desleírse bajo mi peso. Al saltar a la carreterita hago señales a un taxicito.

—"Rapidito al aeropuertico" le digo al chofer bien pasito.

GANAS DE NEGRO

Comprar un nuevo par de zapatillas de baile es de lo más complicado. Es tal el misterio y el forzado glamour que rodean el mundo del teatro, que una simple operación comercial se convierte en absolutísima tortura.

Para comenzar, el único almacén que vende las tales zapatillas es una boutique toda decorada de rosado (lo que las madres con esperanzas en sus hijas llaman ballet pink). La señora vendedora respinga los ojos al yo entrar y pisar el blanco tapete con mis botas Grulla todas embarradas. Las doradas sillitas Luis no sé cuántos se tambalean al yo pasar cargado de talegas y con un bulto de afiches enrollados, ya un poco maltratados por la lluvia. Unos delicados lagrimones de cristal amenazan caer de la lámpara del techo. Bailarinas en dulces poses sonríen desde fotos en las paredes. La Markova hace la muerte del cisne.

Mientras la señora vendedora busca mi talla (en negro, por favor) me pongo a pensar en una coreografía sobre el descuartizamiento de un pavo de Navidad. Entran niñas rubias, el pelo recogido en un moño y ojos de sospechoso romanticismo. Sonríen de lado a lado y visten de rosado para que rime. En un marquito blanco, la cubana Alicia Alonso recibe un ramo de flores de Fidel Castro durante una de sus despedidas del escenario. Pero ya nadie le cree, aunque tiene más de mil años sigue haciendo su última aparición en escena.

Las niñas se miden zapatillas de punta frente al espejo. Dan pasitos. Mi talla no aparece. Sobre una mesita Luis Tanto, una foto de Carlotta Grissi...la musa, ninfa y prima ballerina absoluta de los estudiantes de San Petersburgo. Tan hambrientos que hicieron caldo con sus zapatillitas rosadas para celebrar la última presentación de Carlotta en Rusia.

La señora vendedora aparece taconcando con una caja en sus manos.

—"No hay en la talla que me pidió, mídate éstas".

—"No me entran..."

—"Así deben ser, todo el mundo usa zapatillas pequeñas".

Las niñas enmoñadas cuchichean.

—"Con el tiempo se le acomodaran al pie", insiste ella.

Deben ser de rápido acomodo entonces. Tal vez sí me las cambio de pie.

Me mira incrédula.

—"No, las zapatillas no tienen derecho ni izquierdo", explico.

—"Ah, no?" dice muy asustada.

Las niñas rosadas en punta de pie frente al espejo sueltan una carcajada en unísono; gracias a Dios pierden el equilibrio.

—"Y no traen cordones?"

(Silencio digno).

Al pagar me entrega una tira de elástico y las zapatillas en una encombrosa caja dorada como

con encajitos impresos. La guardo rápidamente en un talego y salgo caminando de para atrás por si encuentro a alguien que me conozca. Al cerrar la puerta suena una campanita.

No sólo fué un "camello" comprar las zapatillas sino que me quedan chiquitas, ambas son para el mismo pie y me toca ir a coserles un elástico. Pero tal vez algún día el público se enloquezca con las ganas de sancocharlas.

Lona se levantó, como todos los días, a las siete de la mañana, y con un abrigo sobre la pijama salió a comprar pan negro. Al volver timbró pues había olvidado la llave, como todos los días. Lona sonríe mas de lo necesario y no hay nada peor que alguien sonriendo cuando uno se levanta de mal humor. Lona cortó el pan con un cuchillo antiguo y dejó la mesa llena de moronas. Enmantequilló la tajada con margarina y empezó a sorber el café. Lona produce dos sonidos al tomar café, un sorber como para chocolate caliente, pasa, y un sifonazo como de lavamanos atorado, no pasa y se oye hasta mi cuarto. Hoy sorbió 34 veces y tragó otras 34. Ayer me dejó un poco confuso pues no tragó tantas veces como sorbió. Yo estaba soñando con una estación y el tren no llegaba y no llegaba y no llegó. Me levanté de pésimo humor, terrible, podrido.

A las siete y cuarenta y cinco ella empieza a rebujar en el cajón de la ropa, nunca encuentra las zapatillas. A las 7:48 golpea en mi puerta a ver si le presto alguna cosa. A las 7:50 suena el teléfono, conversa sobre los últimos acontecimientos hasta las ocho y veinte. A las 8:25 comienza a practicar la clase de danza que tiene que dictar. Golpea y me pregunta si será mejor ésto, aquello o lo de más allá.

Pero hoy no es como todos los días. Es domingo y a las diez de la mañana son las audiciones para Pina Bausch.

Me visto a las carreras, mis zapatillas nuevas no aparecen, la camiseta blanca tampoco. Lona me sonríe desde su taza de café. Yo había jurado que jamás iría a otra audición en mi vida. Finalmente aparece una camiseta negra. Lona dice que ni hablar pues me da una cara muy seria y que lo que están buscando son muchachitos dulces con sonrisa franca. Ni dulzura, ni franqueza, más bien me engomino el pelo a ver si me quito unos años. Lona, siempre sonriente, me recuerda que hace tres meses que tengo la cabeza afeitada. Hecatombe.

Después de mucho tiempo de tratar, inútilmente, de hablar con Pina Bausch, decidí venir a golpear en su teatro. El "Opera Haus" sería un edificio imponente si fuera tres veces mas grande. Aparentemente construído durante la post-guerra, el estilo es de un decadente art-deco con trazas de la arquitectura fascista de la pre-guerra y tachuelas de bronce en la fachada. Gracias a Dios no tiene sino cuatro puertas marcadas con larguísimas palabras. Ninguna puerta abre, es verano y todo está cerrado. Encaramado encima de lo que parece ser la taquilla hay un letrerito anunciando las audiciones.

Finalmente conoceré a Pina, lo mejor que el expresionismo ha producido en el campo de la danza y el teatro (si me da trabajo en su compañía). La creadora de las obras mas largas y aburridoras (si no me contrata). Cómo será de creativa Frau Bausch, que en Bandoneón, una obra de cuatro horas de duración y en la que no pasa nada memorable, excepto que un bailarín fuma por la bragueta, se las ingenió para utilizar un solo tango arrabalero, repetido por lo menos cuarenta veces.

Comenzamos una lenta, larga y oscura peregrinación por los intestinos del teatro. Pasamos por camerinos con olor a estrella y a guardado. En ese tazón escupió Mimi su último baboseo tísico, hay depósitos con retazos de Tosca, escalinatas de Aída y andamios para hacer volar las walkirias. En un corredor hay un busto esculpido por Sarah Bernhardt, una mujer sacando la cara de entre unas aguas de mármol blanco.

Ojalá Pina se desmaye conmigo y me contrate de por vida. Qué estará haciendo toda esta gente aquí? Hasta brasileros hay. Esc tiene cara de holandés y aquella suena a Australiana. Si por lo menos me hubiera comprado unas zapatillas mas vistosas en vez de éstas como tan de la Casa de Bernarda Alba. Por ahí oigo que Christian, un francés, va a dar "la clase" pues Madame Bausch no ha llegado. Qué vaina y para completar en francés.

De pronto se abre una puerta y tras una cortina de humo bastante efectiva aparece una vieja chiflada. Ochenta pares de ojos en distintos idiomas se fijan en un par de botas negras de militar. Clomp clomp clomp, la mujer entra, se sienta en un banquito y se pone a leer revistas. Imposible verle la cara con todo ese pelo revuelto y la nube de tabaco que la cubre. La falda con el dobladillo suelto. Mas bien toda la falda es un enorme dobladillo. Una blusa mal abotonada en el pecho, deja ver tramos de piel antiguamente tentadores.

Sin sostenerme muy bien, logro terminar las cuatro horas de audición. Se para la vieja chiflada. Clomp clomp clomp. Esta walkiria deshilachada resultó ser Pina Bausch!

—"Muchas gracias por haber venido, yo sé que muchos de ustedes viajaron desde sus lejanos países especialmente para esta audición, pero realmente este año yo solo estoy buscando un negro".

Mi carrera con el "Opera Haus" terminó con las ganas de negro de su directora, la creadora de las obras mas largas y aburridoras de toda Europa.

Al llegar Lona me sonrío desde su taza de café vespertina y me pregunta cómo me fué. Tiro las zapatillas lo más lejos posible y me aplasto en el sofá.

—Bien, gracias, sólo que Pina tenía ganas de negro.

EL MALDITO

Cómo será de desesperante la ciudad de . . . que hasta salió una película de Fassbinder! Lo mejor que tiene es un monorriel anaranjado que colgando sobre el río, en medio del valle, cruza la ciudad de lado a lado.

La mayor ventaja del monorriel es que se puede ver si el carro que pasa va para el lado que uno quiere. Si sale en dirección a las montañas y uno quiere ir en sentido opuesto no es sino bajar de

la estación y subir nuevamente por la otra escalera. No es como en el subterráneo donde todo se hace a ciegas y llegar a la estación correcta nos produce más asombro que a un topo salir a la luz del día.

Tomando el monorriel en dirección opuesta a la Opera se llega al Jardín Zoológico. El único zoológico del mundo donde aquella frasecita no cac en lo cursi: "No se sabe quiénes son los prisioneros, los animales o los que vienen a mirarlos". Los micos no hacen monerías, los leones parecen gatos con abrigos demasiado grandes, las jirafas tienen el cuello muy corto. Hay que pasearse entre las filas de las jaulas, tratando de evadir la inquisidora mirada de los animales. Lo mejor es comprar un talego de maní y sentarse en un banco a observar a los visitantes que observan los animales observando los visitantes; sentarse detrás de unas matas para esconderse bien de los micos serios, de los leones que no rugen y de las jirafas con cara de secretarías entorticoladas. Los conejos están demasiado atareados mascando lechuga para meterse en problemas sociológicos. En un prado rodeado por una cerca metálica han construido una ciudad bávara en miniatura: Un conejo sale de la panadería, otro se orina contra la pared de la Alcaldía. Los niños alemanes no cantan Deutschland Uber Alles mientras meten los deditos por entre la reja, tratando de agarrar las orejas de algún rumiante.

Para evitar tener que comer en alguna taberna y meter las patas al pedir el plato equivocado del menú, he decidido mericar y cocinar en mi cuarto de la pensión. Aunque está prohibido. Muy pocos podemos darnos el lujo de ser suramericanos. El problema con el plato equivocado del menú es que en cada restaurante tiene un nombre diferente. Siempre que creo estar ordenando otra cosa, suaz me traen *el maldito*, una descomunal tajada de jamón de tres centímetros de espesor y por lo menos treinta de diámetro, acompañada de un tazón de mostaza y ni siquiera una papi-ta o un trocito de lechuga. Vale un montón de marcos y lo deja a uno con una sed de jugo de guanabana!

Bajarse del monorriel en la estación central, caminar dos cuadras para llegar al gran supermercado. Aquí la cosa es seria: A ver, un queso. Que nombres mas raros. De pronto ni queso es eso. Mejor comprar este camembertito francés para estar seguro. Salchichón. Qué sea lo mas español posible. Por aquí. Qué cantidad! Habrá por lo menos 800 salchichones distintos. Cuál será el bueno? Serán pimienta estas pepitas negras como de pólvora? Y aquél todo cubierto de una cosa blanca. Mejor comprar pan y leche. Qué diría Freud. Tendrán una mermeladita de piña?

Pasar por la registradora y pagar. Yo ahí parado esperando que un muchachito de Carulla me empaquete la comida. Y nada. Hacerme como que la billetera no entra bien en el bolsillo y echar miraditas a lado y lado a ver cómo funciona la cosa. Hay que pedirle bolsas plásticas a la cajera y empaquetar uno mismo. Además hay que pagarlas. Ojala no se me note la coloreada. Cincuenta peniques por bolsa, "ja,ja, bitte, schlaffen Sie und essen Sie gut, danke."

Quién pega el ojo después de un camembert cubierto con mermelada de piña. Para ir al baño hay que bajar tres pisos y pedir la llave en la portería. Por algo pagué cincuenta pesos por una talleca plástica. De algo sirve ser colombiano.

ELIZABETH BERLIN

Elizabeth, en su característico atuendo negro, media con vena, pestaña postiza, pelo recogido con litros de laca, me señala en el mapa los sitios de interés mientras fuma sus recurrentes cigarrillos sin filtro sentada en un mesita del café Kranzler, sitiecito subversivo de los años 30, donde se reunía, reune, la Intelligenza a tomar vasados de café con alcohol y crema batida. Allí Liza Minelli subía las piernas al terminar las jornadas de filmación de Cabaret.

Según me indica Elizabeth, Berlín es la ciudad más moderna de Europa. Nada de catedralitas góticas, ni edificios románticones donde no funcionan las tuberías ni la electricidad. Eso sí, EL MURO la rodea completamente, es una ciudad entre paréntesis.

Paseo obligado es subirse a una de las tarimas de observación y hacerles caras a los soldados del otro lado. Si uno se queda un buen rato y pone ojos de espía imperialista, lo empiezan a fotografiar con lentes telescópicas.

Según ella, los otros puntos de interés son: La Galería Nacional, construída por Mies Van der Rohe en aquellos tiempos (1962-1968) en que la arquitectura era vista como un montón de problemas que tenían que ser resueltos, (siendo el problema principal aquel eternamente insoluble de que no llueva dentro). La galería es un gran techo sostenido por columnas de metal, sin muros alrededor, solo vidrios, una elegante solución arquitectónica, que agrupa el Boticelli que uno ve en los libros de arte y las Avant-Gardes alemanas que se ven en las canecas, pilas de basura con pintura chorreando amontonadas en un rincón, ratas descuartizadas, fotos de bananas podridas y tal.

El Soviet Denkmal, monumento soviético conmemorativo de la guerra, queda sobre la Avenida 17 de Junio. Unas grandes columnas neoclásicas en mármol, un inmenso soldado ruso en bronce, una llama ardiente eterna, dos tanques t-34, y banderas color salsa de tomate. A cien metros la Avenida termina abruptamente en el muro. Pero lo mejor es el movimiento en cámara lenta producido por el viento en los abrigos verde oliva de la Guardia de Honor Soviética permanente.

Si la estética decidiera los acontecimientos mundiales...las campañas políticas con sombreritos de icopor, sonrisas colgate, bombas de inflar, confetti... nada mejor que la columna fría, la llama caliente y el abrigo verde al viento. Muy imponente, a los doscientos metros de distancia, la mínima a que uno puede acercarse, tal vez en close up se vean manchas de sopa de col en las mangas de los guardas y una que otra espinilla en sus blancas tece de Ukrania.

Los berlineses occidentales pintan letreros en el muro. Los orientales no pueden ni acercarse, alambrada eléctrica, seis metros de zanja, construcción antitanque, a-me-tra-lla-do-ra; pero dan su rienda suelta inventándole nombres: "Barrera Protectora Antifascista" o "Frontera Moderna".

Si uno sale a la Avenida 17 de Junio y se interna por el parque, aparece sorpresivamente en el Reichstag, algo así como el parlamento, pero se lo muestra más que todo por su incendio. Intencionalmente olvidaron ponerle cúpula para recordarle no sé qué al pueblo alemán, según la inscripción que hay en la puerta. Adentro en una exhibición histórica, una foto de Kennedy en el justo momento de meter las patas al gritar en un discurso a la multitud de la ciudad: "Ich bin berliner", que parece traducir "Yo soy una berlina" (de las que tienen mermelada por dentro) en vez

del más convencional "Ich bin berliner", "Yo soy berlinés". Pero se hizo entender y en premio Jackie le lamió los cachetes azucarados.

Bueno, gastaron millones de marcos, rublos y horas-hombre en la construcción del tal mu, pero el destino hace que los aromas de las cocinas del Reichstag, a escasos 10 metros del m, salgan por las ventanas abiertas y revoloteen sobre las cruces de los que murieron a-me-tra-lla-dos tratando de cruzar, (para el lado de acá, pues no se sabe de nadie que haya muerto tratando de cruzar para el lado de allá). Esos aromas del pastel de hongos, el pato a la berlinsa, el pudín de chocolate o cualquier otra maravilla de la cocina alemana de este lado, se meten en las narices de los vigilantes soldados del otro lado. Un simple caso de guerra química, con deplorables consecuencias a la hora de la ración de la sopa de col en el otro lado.

Elizabeth enseña por las tardes y gasta las mañanas en ponerse el maquillaje del día. Por la noche actúa en algún teatro, parada en el centro del escenario sosteniendo una soga durante dos horas con cara de institutriz malvada, mientras el público observa la última muestra del melodrama expresionista local. Un hombre en cámara lenta y traje negro, con camisa abotonada al cuello, se desviste despaciosamente en medio de movimientos estudiados...trepa a una silla, cae, se levanta, cubre el escenario con una tela negra, ríe. Elizabeth ni parpadea.

En su apartamento de bailarina joven Elizabeth resbala por su garganta una lenta mezcla de huevos crudos, y salsa maggi, al tiempo que expele humo por la nariz y la boca.

Hay afiches autografiados en la pared. Sobresale el de Nijinsky con una gruesa firma borroneada por el tiempo: Pour ma chère Elizabette, Vaslav, 1922.

En el excusado comunal del piso los rollos de papel higiénico también están firmados.

—Hoy (traga huevo lento) ni siquiera me moví (pausa). Pero ayer estuve mejor pues los asusté con esta mirada (ojos). Los guantes negros hasta el hombro se perdieron (humo). Mañana voy a ponerme los zapatos nuevos.

—Elizabeth, por qué diablos están firmados los rollos de papel en el W.C.?

—Costaron 25 marcos (Pausa). Los compré oscuros para que también sirvieran para el teatro...

—Elizabeth en el excusado hay tres rollos de papel, la última hojita de cada uno está firmada!

—No importa que no sean completamente negros (quitada del zapato derecho) (humo) (huevo) (pausa) (ojo).

—Elizabeth, Nijinsky dejó de bailar hacia 1920. Cómo es que te dedicó una foto?

—Se verán bien negros en el escenario?

—Qué pasa si arranco una de las hojitas firmadas?

Elizabeth mira por la ventana. Es la una de la mañana del sábado. Se le ocurre que mira las luces fluorescentes soviéticas sobre el m.

—Es muy triste no bailar más en zapatillas de punta, detesto estos tacones.

Elizabeth mira otra vez por la ventana. Cae nieve. Se me ocurre que mira el agua que resbala de la tubería de concreto que hay sobre el m, para impedir que la gente se agarre.

—Voy al baño.

—Use mi rollo (pausa) y fírmelo para que nadie robe papel.

—Elizabeth, cuántos años tienes?

—Berlín no es la ciudad eterna, Berlín es solo una idea...(quitada de zapato izquierdo) (humo) (huevo) (ojos) (pausa) (lágrima) (?).

PARA GANAR EL CIELO

La estación se hubiera llenado de humo si todavía se usaran locomotoras de carbón. Pero en este día tan frío la niebla era lo que hacía borrosos a los pasajeros que se bajaban del tren.

En la ciudad los edificios se habían hecho invisibles desde el cuarto piso hacia arriba. La situación continuó así durante bastante tiempo. Las cocinas heladas por la mañana y el peso de cargar el combustible para calentarlas, subiendo muchas escaleras.

El apartamento es gris. La única ventana que hay no tiene persianas pero es como si las tuviera, es como un caso avanzado de cataratas: no se ve nada tras ellas. De este lado una nariz aplastada y unos ojos que miran a través de unos cristales que nunca están lo suficientemente limpios, nunca producen un reflejo tentador que incite a ahogarse en ellos como Narciso en el lago.

Al despertar, la estufa se había apagado, patear, soplar y meter fósforos en todos los huecos fue inútil. No quedaba combustible, ni una gota como para limpiar una camisa blanca que casi compro en la estación.

Según la teoría de las probabilidades mientras más frío está el piso en la cocina o en el baño más difícil es encontrar las pantuflas. La temperatura parece estar bajo cero, así que es imposible que aparezcan. En puntas de pies y con algunos trucos logro prender el horno y los cuatro fogones. La casa estará caliente tan pronto termine de alistarme para salir. La mermelada de fresa en una repisa sobre el fuego comenzará a hervir y a podrirse una vez más. Debo acordarme de botarla a la basura, un cuartico en el sótano invadido de ratas con un abrigo más peludo que el mío. Tendré que guardar el próximo pote en otro sitio, tal vez en el armario de la ropa donde tengo además una ducha plegable que se despliega únicamente para celebrar las grandes ocasiones, como la navidad...

La navidad la pasé con Fanny y Alejandro mis amigos escandinavos. Velas, flores, comida y risas en la mesa. Roccamos con vino y cerveza mientras afuera no paraba de llover. Según la tradición nórdica debíamos bailar agarrados de la mano alrededor de un pino verde con velitas encendidas. Ellos dicen que esta costumbre asegura la felicidad de por vida o por lo menos la fertilidad.

Para completar hay un premio escondido en el manjar de arroz con leche cubierto con miel de azahar. El que lo encuentre puede formular un deseo que de seguro se cumplirá. Hasta para entrar al cielo dicen que sirve.

(Llamar al dentista por la mañana para averiguar si me quebré una muela con el premio, que la cuenta la paguen en el paraíso, así de paso verifico la veracidad de la leyenda).

Las tres de la mañana. Salgo y ya no pasan buses. La niebla ha descendido desde su habitual cuarto piso a escasos diez centímetros de la acera. Si no conociera la ciudad trataría inútilmente de leer los nombres de las calles. Tomo el camino habitual a casa pasando por el lado del río.

La vista del agua crecida es lo mejor para apagar los últimos vestigios de una fiesta de navidad.

Me siento en un banco para ordenar mis emociones. Con el trasero mojado todo me parece momentáneamente común y vulgar.

De pronto oigo suspirar. Sollozar más bien. Hay alguien llorando abajo en el río.

Es una mujer, podría caerse al agua y la fiesta de navidad no impediría que se ahogara.

No queda duda, hay una mujer llorando en la ribera. Le grito para que se aleje del río crecido. No hay resupuesta. Sigo gritando y haciendo gestos para indicarle el peligro que corre. Finalmente bajo y nos encontramos. Ella me mira sorprendida.

Tiene los brazos desnudos y sus manos heladas quieren escurrirse de las mías. Su vestidito está mojado y la cara es un revuelo de lágrimas, lluvia, saliva, mocos y maquillaje diluido. Le pongo mi chaqueta de cuero forrada de lana tibia.

(Ir a la farmacia por la mañana y comprar sobrecitos mágicos para el catarro que me va a dar).

Le echo encima mi brazo protector y la llevo a tomar algo caliente a mi apartamento gris. Ella se acomoda en mi mejor sillón y entre estornudos y toses me cuenta la pelea. Que el marido se emborrachó que se fué de la fiesta en forma inesperada llevándose el abrigo de ella. Quiere morir, la vida no vale nada. Lo único que importa es David que apenas tiene cuatro añitos. Lloro otro pedacito: cómo iba a dejarlo solo!

Me cuenta también que ella y el marido son músicos de la Sinfónica, él toca el violín, ella el oboe.

Al amanecer finalmente, empieza a sonreír.

Le doy algún dinero para el taxi que le llamo. Y le digo un nombre falso... por si resulta psicótica.

Unos meses más tarde deslizan bajo mi puerta un sobre inesperado. Florecitas de colores pintadas a mano enmarcan un nombre que no es el mío. Como la privacidad de la correspondencia ajena no es uno de mis fuertes abro la carta. Es un dibujo de una ninfa debilmente idílica tocando la flauta bajo un árbol. Y debajo escrito en elaborada letra cursiva: "Gracias. Su generosidad y comprensión me ayudaron en un momento de desesperanza. Quisiera saber cómo agradecerle, además deseo devolverle su chaqueta". Teléfono tal, dirección tal. Firma. Además viene incluido el dinero prestado.

Guardo la carta con sobre y todo en el forro del pasaporte.

Si a San Pedro no le gusta el cuento del premio encontrado en el manjar de navidad, válido para ganarse el cielo, con esta carta si me abre sus puertas de par en par. Es lo que se llama una carta de recomendación!

Ah, por demás está decir que recuperaré mi chaqueta que desde entonces tiene un perfume de hielo y lágrimas mezclado con una esencia desvanecida de patchouli.

(No olvidar comprar mi camisa blanca cuando pase de nuevo por la estación, no puedo presentarme mal vestido donde San Pedro).

FLOR

El nombre perfecto para esta mujer medio asiática, medio europea, medio internacional.

Siempre muy vestida,
con la cara pintada,
alta,
tal vez 6 pies 1 pulgada.

El sistema francés de medidas en
metros y centímetros es
muy falto de imaginación para ella.

La altura de Flor debe ser medida
a la inglesa,
en pies y pulgadas,
como la reina Victoria.

FIESTA DONDE FLOR:

La mayoría de la intelectualidad estaba presente para celebrar, conmemorar, consagrar y cultivar a Flor en su cumpleaños número M.

M < N: M es estrictamente menor que N. Flor, ahora 3/4 internacional, ha enfatizado sus ojos con sombras, su piel con color, su altura con un diseño ascendente, su orientalidad con palillos chinos en el pelo, su imaginación con una mariposa negra engomada en la frente.

LOS INVITADOS DE FLOR:

- 1.- La escultural cara, esculpida por los años, del escultor del pájaro de piedra en el jardín de Flor. (Ver nota).
- 2.- El traje atonal de una profesora escocesa de Eurítmica.
- 3.- La esposa del profesor de medicina vestido de azul, en un disfraz Tirolés de carnaval.
- 4.- La esposa, y la amiga no identificada del Director del Musco de Arte Moderno, más abstractas y difíciles de entender que un Jackson Pollock.
- 5.- El último objeto de oro y/o plata cercado y/o exhibido, por un orfebre arrogantemente orgulloso y/o orgullosamente famoso y/o famosamente arrogante.
- 6.- El teléfono rojo (sin explicación alguna) sostenido por la mano izquierda de un Lama Tibetano, cuya identidad hay que saber por adelantado pues no tiene nada especial (excepto su cara) que lo distinga del profesor en azul (número 3) o del escultor de pájaros (número 1).
- 7.- La boca roja o de un púrpura baratón (pero definitivamente exclusiva, exquisita y extramundana) de la escritora del momento, que emite una risa de distrito púrpura (rojo más bien) y unas

frases en un lenguaje muy ex, ex y ex. La tuvo (la boca) fotografiada en los periódicos y las vitrinas de las librerías, pero la realidad de las formas púrpuras abriéndose y cerrándose, yendo y viniendo entre los huéspedes en traje de verano, es diez veces mejor que la versión en blanco y negro de la contraportada de su libro.

Además: Los pintores, los otros pintores, los otros escritores, el arquitecto que diseña casas para los dioses, los otros maridos y las otras esposas, dos pájaros en una jaula.

Fórmulas:

8 X 32

Siendo X un número entero positivo que toma valores entre 8 y 32. Donde 32 es el número total de invitados incluyendo 2 canarios.

Es obvio que niños con trajes blancos de tennis hacen falta en la terraza. Pero para decir la verdad hay un número de caras bronceadas mayor de lo que es estrictamente necesario.

LOS INVITADOS PASAN AL COMEDOR:

Al son de un gong (uno dos tres) entramos:

1. A la casa
2. Al hall
3. Al comedor

Al sentarnos a la mesa dejamos lugares vacíos a la izquierda y a la derecha, para los niños tenistas que nunca aparecerán. Admiramos la platería que ha sido brillada el día anterior. Como espárragos vinagreta con un sorbo de rosé, pienso en mi hígado y en los vestidos de tennis. Flor está al final de la mesa (o es el comienzo?) medio cuidadosamente posada, ya completamente internacional, en una silla de mimbre.

Flor cultiva la conversación, yo rastrillo los tallos de los espárragos. Flor gesticula con un pétalo, yo paleo mi ensalada. Flor rocía su boca como una fuente de Versalles, yo precipito el vino en mi garganta de gárgola de Notre Dame.

Estoy a la expectativa de algún acontecimiento, un niño en un vestido blanco de tennis que entre corriendo y grite, "mamá alguien está flotando muerto en el lago", algún sutil clímax nórdico...

La boca de la escritora del momento deja un autógrafo púrpura en un vaso y una servilleta.

NOTA

El GOG, es un pájaro bastante grande cuya hembra deposita su huevo en el pequeño nido del GOGGEUNGE, otro pájaro,

encartando a la adoptiva mamá
GOGEUNGE con un huevo demasiado
grande. Después de nacer,
el bebé GOG destruye los demás
huevos que se encuentren en el nido.
La escultura en el jardín
de Flor representa
a la madre GOGEUNGE parada en el
gordo estómago de su hijo,
depositando un gran gusano en la
garganta del hambriento bebé...
Hay altos árboles tras la escultura y un seto de flores y piedras alrededor.

LA CUCHARA DE MARGARITA

Debe ser muy agradable ser reina de un país donde todos los edificios tienen la misma altura, seis pisos y mansarda, los ascensores nunca se traban porque prácticamente no existen, hay una panadería en cada cuadra, existe un exceso de taxis y como si fuera poco, todos los policías son altos, ojiazules y hablan mejor inglés que yo.

Su Majestad la Reina Margarita Segunda sale poco a recepciones y nunca se la ha visto cortando una cinta para inaugurar una escuela de soldadura. Tampoco quiebra botellas de champaña en proas de petroleros. No se pasea por los suburbios de la ciudad abrazando niños despelucados con la boca llena de regaliz.

Ni siquiera da la patada inicial en los partidos de la copa de fútbol. Cuando la situación económica empeora se queda bordando en un cuarto de su imponente palacio, en vez de salir por la televisión a recordarles a sus súbditos las maravillas que ha hecho por ellos.

Pero cuando de arte se trata, Margarita Segunda en carácter no oficial, se mete en cuanta exposición de arquitectura post-moderna o concierto super-avant-garde haya. Considerarla la reina menos bruta del mundo no es exageración. Cuál otra puede pararse ante una obra de video de algún artista con nombre desenfocado, reprimir un gesto de desagrado, meditar unos segundos, tocarse el broche de esmeraldas en la solapa del abrigo, sonreír y decir: "El video es como música electrónica para los ojos, no?"

No tiene nada que ver con aquella reina que al preguntarle el reportero qué música prefería, contestó sin mosquearse, "la de lon-pley señor".

A primera vista se tiene la impresión de que uno de cada diez daneses es un diseñador de alguna cosa. Los de muebles, que trabajan en oficinas con ambiente de hospital, inventan sofás, mesas y sillas para sentar no el trasero sino alguna otra parte de la anatomía. Además descubren y perfeccionan saleros, ensaladeras y cubiertos. Las luminarias de la profesión diseñan lámparas, enchufes y bombillos de pedal.

Los poetas, copiando todos los clichés del oficio, fuman cigarrillos sin filtro, toman café frío, se visten de negro hasta los pies, van pálidos, despeinados y se aplastan largas horas en algún café pensando cuándo ir a reclamar el próximo cheque de la Seguridad Social.

Los diseñadores de modas, vestidos con el último grito de sus talleres (que quedan en Pakistán pues allá es más barato pagar malos sueldos), se pasean por las calles peatonales ondulándose con movimientos de liquidación total.

Y el mejor cliente de todos éstos es Margarita, la primera en ponerse el collar de tal joyero o la falda de tal costurera y en dormirse leyendo el libro del momento. En los zapatos, chaqueta, peinado, medias, maquillaje y de pronto hasta en lo más interior, Dronning Margarethe es propaganda y mecenas ambulante de la industria e ingenio daneses. Como si la Reina de Inglaterra, por allá en los años sesenta hubiera salido a saludar desde el balconcito de Buckingham Palace vestida con el último conjunto de botas y minifalda plástica de Mary Quant.

Por otro lado, toda reina tiene su príncipe, azul o no. Es así como detrasito de Margarita siempre se alcanza a distinguir a su Alteza Real el Príncipe Enrique. Importado del Continente, parece que se vino en un barco cargado de quesos franceses pues no ha podido deshacerse de un acento con olor a Camembert. Todos los príncipes, azules o no, tienen cumpleaños, cincuenta en este caso. Todas las fiestas de cumpleaños tienen sus chismes. Se cuenta, para horror de la alta sociedad danesa, que a las dos de la madrugada, cuando la fiesta onomástica estaba en lo mejor, aparecieron diez criados de guante blanco balanceando salchichas en bandejas de plata con pequeñas cocas llenas de mostaza y salsa de tomate. Las salchichas, que ni siquiera tenían la decencia de ser importadas, resultaron ser los mismos embutidos, con los mismos colores y sabores artificiales, que venden a la salida del Fútbol en carritos metálicos pintados de blanco y con luz de neón!

Qué mejor regalo en el cincuentenario del Príncipe consorte que el que su esposa sea aclamada como la artista del año. Sus primeros pinitos en el mundo del arte fueron un Calendario en beneficio de la Sociedad Real del Bordado. Cada mes ilustrado con un modelo para bordar, diseñado por su Majestad, en el que se buscó lo más característico de cada mes en Dinamarca... Punto, cadeneta y cruz. Encro. Rematar y cambiar de hilo para febrero.

La familia Mikkelsen, joyeros y comerciantes en objetos de plata en Copenhague, saca cada febrero una cuchara para la Navidad. Esta tradición, comenzada hace casi un siglo, incluye la selección del artista del año, encargado de la creación de la cucharilla. Y del tenedor y el cuchillo por añadidura.

Las vitrinas de los almacenes se llenaron de retratos de Su Majestad, parecía que estuviera compitiendo para la Presidencia. Pero no, eran solamente anuncios de la cuchara diseñada por ella. Treinta dólares la de tinto y sesenta la de postre. De plata, pero cubierta con oro. En el mango, un ángel en esmalte azul sobre un fondo de esmaltes azules varios, un poco de doradito para las alas y un halo con todas las de la ley.

Debe ser muy agradable reinar en un país donde hay tiempo para fabricar cucharitas.

El verano es una estación bastante lenta en Copenhague. Las Compañías de danza y teatro cierran para las vacaciones. Los únicos eventos que se pueden ver son la Pantomima en el Parque Tívoli y los pequeños espectáculos callejeros. La Pantomima, en el estilo de la Comedia del Arte, es similar todos los años. Predecir el desarrollo de cualquiera de las escenas es tan fácil como adivinar a qué hora comienza el espectáculo: 19:45 pm. En punto. Igual que durante los últimos veinte años.

En esta época la oficina de turismo danés no tiene nada que ofrecer: la pared, generalmente cubierta con anuncios de espectáculos, está vacía si se exceptúa un afiche de los años sesenta. Bajo MARAVILLOSA COPENAGUE en grandes letras rojas, aparece una caricatura ilustrando una escena de la ciudad. Un policía ha detenido los carros en una intersección. Caras sonrientes salen por las ventanas. Algunos conductores han abierto las puertas y se han apeado. Sonríen. El policía sonríe. El sol de verano, un círculo amarillo, brilla con una sonrisa. Todos miran a un sitio en el primer plano donde una mamá-pata, alegre y despreocupadamente cruza la avenida, seguida de cuatro patitos, (incluido el feo).

Sin tener nada más que hacer, fui a caminar por el parque. Estatuas de bronce, de un verde desteñido, bordean los caminos que suben y bajan por las falsas colinas. Dioses griegos con los genitales pintados de rojo. Juana de Arco con más curvas de las que yo esperaba, mira al cielo desde su pedestal. Orsted, un famoso científico danés, inmortalizado en el acto de electrocutarse. El cuentista Hans Cristian Andersen lee silenciosamente un libro de bronce a dos niños petrificados.

Un pequeño puente de madera sobre el lago. Un hombre con una pluma en el pelo y una chaqueta de rayas se me acerca.

—Algunas veces me gusta venir a mirar los patos...

—Ah!

—Algunas veces me siento en aquél árbol para mirarlos. Mire, ahí hay uno.

—Ah, sí.

Lleva pantalones y chaqueta negros. Su cara, sin edad, es una conmoción de espinillas.

—Algunas veces me gusta alimentar los patos. Especialmente en el invierno.

—Claro.

Ah! Es un amante de la naturaleza, pienso. Tal vez uno de esos intrépidos jóvenes que van al Polo Norte a atomizar las focas con pintura roja para evitar que se vean descuartizadas y cosidas en un abrigo de piel. Sonríe y le ofrezco un cigarrillo.

—Gracias. Algunas veces me gusta dispararle a los patos.

Rápidamente abre las solapas de su chaqueta y deja ver una enorme cauchera colgando del bolsillo interior.

—...

—Hoy tengo ganas de tirarle a los patos.

—...

—Voy a esconderme debajo del puente. Avísame si viene alguien.

—Por supuesto.

Aunque me fuí rápidamente, pude oír algunos proyectiles cayendo en el agua.

Que no lo sepa la Reina.

HEPATITIS

Mi nueva residencia es un establo de caballos del siglo XVII, muy cerca del palacio de la Reina y a media cuadra del canal. Desde mi ventana de atrás se ve la chimenea del buque que diariamente sale para la isla vecina.

Tengo tres cuartos y una cocina para aprender a cocinar. Ayer hice spaghetti con los restos que dejó el ocupante anterior, con una salsa de caviar, hongos y mostaza. El plato quedó azul debido a que el caviar lo pintan para que parezca negro, ya que el baratón es el rojo. Me acordé de lo que dice Desmond Morris acerca de la poca cantidad de comida azul que utilizamos, todavía estamos como los cavernícolas, comiendo alimentos con colores de tierras y raíces.

A propósito el apartamento es todo de madera, con tonos sepia y mucha cerámica. Me estaba dando un ataque de claustrofobia y por mi boca de leche maltada salía espuma como de posesión demoníaca. Arreglé la situación regando plásticos y vasos de cartón del pato Donald por todo el piso. Mi otra ventana da sobre un patio interior, y como no hay más donde, a las 9 de la mañana todo el edificio se lava los dientes al unísono en el lavaplatos de la cocina.

Mi vecina del frente es Anette, una alemana que estudia Eurítmica en la escuela de Rudolf Steiner. Generalmente practica sus ejercicios a las doce del día. Envuelta en chifones rosas y azules pálidos interpreta los tonos de las sinfonías de Beethoven. A la una de la tarde respira hondo y comienza a cantar el alfabeto. Cada letra tiene un movimiento que es amplificado por los chifones. A las 2, apoya el codo en el chiflonier y se toma un espresso hecho con la máquina que yo le presté y mi libra de café colombiano. A las 3 a través del patio con ropa colgando me comenta los pasajes más importantes. Un hombre que sale de un capullo como una polilla, y se estrella contra un farol, creyendo que es el sol y muere.

Mi otra vecina es una mujer muy vieja de Groenlandia, ella vive en el primer piso y me deja construir igloos con los cubos de hielo de su refrigerador. Fuma pipa y exhala pequeñas nubes de humo que quedan como suspendidas al nivel del edredón que le cubre las piernas. Sólo habla su idioma y cocina extrañas sopas de yerbas. Algunas veces remienda mis medias mientras yo le bailo un Mambo alrededor de la T.V., como contrapunto a las noticias de la noche.

Ella se ríe y aplaude y frecuentemente se chuzo con su aguja. De comida nos tomamos la sopa que mi lengua desentrenada considera una poción mágica. Finalmente me duermo a sus pics apo-

yando mi cabeza en el edredón y sueño con palmeras que crecen desde el hielo, loros que charlan encima de los icebergs o pingüinos que hacen muecas como los micos. En fin, todos los sueños que se espera que tenga un sudamericano que vive cerca del Polo Glacial Artico.

Por lo general la calefacción produce una buena temperatura interior pero los copos de nieve y un muy perverso viento norte, tratan de meterse a través de las muchas rajaduras que tienen mis marcos de ventana medioevales. Cuando llueve mucho afuera, también llueve un poquito adentro, es como un caso húmedo de eco. Pero en realidad el apartamentico es muy acogedor si exceptuamos las ratas imaginarias que suben a mi cama y me hacen estornudar con sus bigotes.

Plumas de gallinas danesas del campo rellenan mis dos almohadas y mi edredón. Mis sábanas son de rayas blancas y rojas. Hay un tapete naranja y café. Una lámpara, un escritorio tembloroso. Cortinas negras hechas con el material que sobró de un decorado de teatro. Por la ventana que mira hacia la calle, se ve al otro lado una capilla. Limosinas negras entran y sacan ciudadanos daneses en ataúdes blancos cubiertos con flores aparentemente plásticas. No entierran a los muertos ni hay desfiles funerarios. Los queman en hornos, nadie va a mirar. Hornos como de panadería. Mazapán dulce embutido en pasta de hojaldre.

Ahora hay en mi piso talegos de galletas y caramelos, libros, vasos vacíos y ropas tiradas que tratan de ocultar la alfombrita café y naranja. Sin mucho éxito. El café me enferma y el naranja me da náuseas.

Un W.C. y un espejo están en la pequeña cavidad junto a la puerta. La ducha es un modelo de doblar colocado en la cocina. No tiene desagüe, mientras mas largo el baño mas pesado el plátón plástico que recibe el agua, y luego habrá que trastearlo para vaciarlo en el lavaplatos. Así son los principios higiénicos por aquí. El lavaplatos también es para peinarse y afeitarse ya que no hay lo que llamamos lavamanos. Por eso en las cocinas hay un espejo, siempre empañado.

Hago varios viajes al W.C. Estoy enfermo? La paranoia me hace ciego para el color. No sé si mi lengua esta amarilla, ni si el blanco de mis ojos blanco. Me meto en la cama. Mi cabeza sobre las plumas, mi cuerpo cobijado con las plumas y las sabanas de rayas. Mi piel cambia de color, mis ojos se vuelven blancos y negros. Está gris afuera y las limosinas continúan sus viajes.

Es ésto hepatitis o simplemente un bronceado precursor del verano?

EDUCACION A DISTANCIA

Al otro lado del patio interior de mi edificio está Anette, la chica que veo muy a menudo ya que el patio es bastante estrecho. Anette estudia Eutonía en la Universidad a Distancia. Eutonía, como todo el mundo lo sabe, es un estudio que busca mejorar los tonos del cuerpo. Lo único que yo sé es que es complicadísimo y que uno puede gastarse hasta cinco años para quedar bien afinado, y afinar.

Un día vino Anette como loca a visitarme; que necesitaba a alguien que estuviera lejos y enfermo para poder curarlo a distancia en el examen final de no se qué.

En mi tiempo uno metía "comprimidos"* y con eso salvaba los exámenes, pero en estos días de la cosa a distancia debía ser diferente, así que no se me ocurrió sino sugerirle que se echara unas aspirinas al bolsillo.

Después de mucho insistir me sonsacó el nombre de un amigo que estaba enfermo. Se lo describí con pelos y señales, como ella quería y hasta le dije cuánto medía.

Anette sacó cinco en el examen. Nunca me explicó cómo supieron que mi amigo se había curado. Nunca lo llamaron a preguntarle.

El mismo me dijo, antes de morir, que no le había sucedido recientemente nada extraordinario, fuera de que se había curado de su enfermedad, y que era una lástima, pues ya no tenía ningún motivo para seguir viviendo.

*Comprimidos: Bolitas de papel donde iba escrita la "copialina".

LAS HERMANITAS VIVAZ

La primera vez que me dí cuenta de la existencia de las Hermanas Vivaz fué en el mostrador de tarjetas postales de un almacencito de "souvenirs". Junto a fotografías de la ciudad y de los paisajes vecinos había una reproducción en blanco y negro de un retrato de 1902 titulado "Día de los Inocentes": Dos niñas sentadas en un caballo de carrousel miran intensamente a la cámara. Siete años talvez, rizos dorados, sombreritos de cartón, saquitos marineros con rayas en la manga, pantalones cortos, sandalias sin medias. Un típico atuendo de Hermanitas Vivaz, aunque luego ví que también las había en el vestidito de algodón blanco con los encajes en el dobladillo, los zapaticos de charol negro húmedo, las medicitas brillantes al tobillo y los moñitos de cinta de raso azul claro en las trenzas.

Desde entonces he encontrado parejas de Hermanas Vivaz caminando por todas las calles de todas las ciudades del mundo. No sé si me persiguen o las persigo, o si es que simplemente están en todas partes, siempre envueltas en un frío viento invernal que las hace castañetear los dientes aún en el verano. En Méjico por ejemplo, se deslizan tamblando de risa en el entierro de algún cantante famoso, o ríen al ver un camión de mudanzas atropellar un escuálido gato en las afueras de Madrid. No por malvadas. Les da lo mismo berrear de desesperación al ver un cómico acto de payasos u orinarse de físico pánico al saborear las nubes de algodón de azúcar que tanto les gustan.

Llorar y reír paras las Hermanas Vivaz son sólo ocurrencias fisiológicas que nada tienen que ver con la abrumadora nostalgia que sienten desde la hora del desayuno hasta las nueve de la noche

hora en que se acuestan en su gran lecho redondo, una para arriba y una para abajo si es que se puede decir así.

Inicialmente se creyó que el ser Hermana Vivaz se debía al hecho de pertenecer a alguna sociedad secreta originada en Oriente o Grecia y que alguna diosa venida a menos había sido la primera Hermana Vivaz de quién se tuvo documentación histórica. Luego se supo que ser Hermana Vivaz no se debía a la inclusión en ninguna secta secreta sino que era una forma de ser en sí misma, incurable por cierto y de causas totalmente desconocidas, para consternación de médicos, psicólogos y antropólogos.

Por otra parte algunos estudios íntimos de sus vidas indican que por ejemplo Cleopatra no sufrió todos los síntomas de la condición a pesar de sus contradicciones, la historia del tapete y haber puesto preso a su hermano-marido; ni María Antonieta a pesar de su interés dizque en recomendar los pasteles, ni Isabel con su católico affaire con el huevo de Colón, ni Mata Hari enredándose en sus propias redes cuando se decía secretos a sí misma en la cama, ni María Estuardo reina de Escocia cuando se casó con el asesino de su segundo marido. Ninguna de ellas reunió los síntomas del vivazhermanismo, tampoco la Reina de Inglaterra cuando se le cayó la liga, ni Cristina de Suecia cuando se fugaba a caballo vestida de hombre, ni la Reina de Holanda cuando defendía sus piernas como columnas para sostener su reino.

Tal vez se escaparon por no haber tenido hermanas conocidas semejantes. Pero sí lo sufrieron algunas parejas de mellizas de Checoeslovaquia, Argentina y Afganistán, lo mismo que las hermanitas alemanas Sachertorten sobre quienes se tiene extensa e intensa documentación.

Aparte de las vestimentas características y los ojos de saudade, otros síntomas de la condición de las pequeñas sufrientes son: el andar en pares y cogidas de la mano, y habitar una gran ciudad, como París, Barcelona, Bogotá.

Una de las parejas más famosas nació en Budapest, otro importante centro del vivazhermanismo, pues debe haber una predisposición genética. Las hermanas Therecia y Anni 1942-54 y 1943-54 respectivamente, tuvieron desde temprana edad una tendencia a la gordura heroica y un fino oído musical, además de los característicos signos de contradicción de la fatal condición. En el verano de 1953 ganaron el campeonato de la danza del Jitterbug en la fiesta regional. Su especialidad fue la variación del Jitter conocida como Pratz doble, que requiere una desarrollada técnica motora musical. Therecia y Anni iniciaron al año siguiente una gira que no pudo terminar, en el teatro Metropolitano de Nueva York.

Después de que las representantes de Ucrania, España, México, Colombia y Finlandia hicieron su demostración, el público esperaba ansioso la aparición de Therecia y Anni. Al golpear y abrir la puerta del camerino, el director de escena vió una atroz idem que incluía charcos de sangre y salpicones en las paredes rosadas y en el biombo chino lleno de medicinas e interiores de encaje. Otra pareja de Hermanas Vivaz había encontrado su característico fin.

Porque un síntoma definitivo aunque tardío del vivazhermanismo es hallar una atroz muerte en circunstancias muy felices. Muy a menudo en domingos y fiestas de guardar, cuando las hermanitas suelen ir a pascar al parque o a la feria, al zoológico o ir de picnic.

Por la mañana sentadas en silla de espaldas alto, se toman el chocolate caliente con las rosquillas azucaradas del desayuno. Se arreglan los lazos de satín en el espejo y se ajustan los calzon-

bitos de encajes azules, antes de salir a la solcada calle con el más blanco de los vestiditos y los húmedos zapaticos negros.

Niels Jansen (1891-1959) paciente del manicomio de Copenhague es autor del primer tratado sobre estas hermanas universales. El original y único ejemplar existente, se encuentra en poder del Museo Nacional y fué exhibido en abril de 1962 exclusivamente. Se trata de un grueso cuaderno de muestras de papel de colgadura: Hojas con florecitas barrocas, brocados impresos sobre fondo azul con escenas de campiña, etc. Sobre cada una de estas muestras de papel de empapelar paredes, hay descripciones de la vida de las Hermanas Vivaz pintadas al óleo y con texto explicativo al pie de la página.

Cada historia comienza con tres o cuatro cuadros en los que algún par de Hermanitas se alista para salir a la calle. Las cintitas, los zapatitos, alistar el vestidito, lavarse la carita y meterse un pañuelito en la manga; todo mientras brilla el sol en la ventana y cantan los pájaros enjaulados. En los cuadros siguientes las vemos aparentemente gozosas, llegando a la playa donde unos bañistas en trajes sucintos dejan ver lo que se pretendía cubrir, o en un coche de caballos por una carreterita campestre donde cruzan los ciclistas imprudentes que las miran bajo su gorra con visera.

Más adelante las hermanitas extienden un mantel de damasco sobre el prado entre los árboles y de la canasta con tapa sacan pepinos encurtidos, queso de cabra, un tarro de miel, bizcochos de fresas y hasta helado de vainilla.

Tras unos arbustos se divisan las plumas de unos indios en pie de guerra. Irrumpen cuando la más pequeñita de las Hermanas pone crema batida sobre los pasteles de fresas. Las agarran del pelo ensortijado sin darles tiempo de chuparse los dedos, las asaltan bajo los calzoncitos de encaje. Les chorrean por doquier crema chantilly y les esparcen el rojo ondulado y atrevido de las fresas. Les enmelocotan los brazos de miel en una forma que no da tiempo para lamérselos. Les arrancan las suaves cabelleras llenas de perfumes y texturas. Las dividen en dos desde los calzoncitos hasta donde son divisibles.

Luego en el último cuadro las cortan en trozos pequeñitos y se las comen en picadillo ante la indiferencia de los demás paseantes.

EXPLOSION DE MASCOTAS

Ya llevo varios días sin abrir la puerta para salir. Me la paso mirando por la ventana con la nariz arrugada contra el vidrio. Las calles se ven vacías si se exceptúan unos pocos atrevidos que salen furtivamente al anochecer y pasean el perro para que no les ensucie las alfombras.

Cuando el gobierno declaró el estado de emergencia se produjo una histeria colectiva que llevó a saqueos, hurtos y otros actos contra la propiedad. Afortunadamente fuí de los primeros en dar-

se cuenta de la situación y alcancé a aprovisionarme a tiempo. Agotadas las existencias, los almacenes de alimentos cerraron hace tres días. Los revendedores han aprovechado la situación para acaparar las escasas remanencias de víveres y artículos de primera necesidad.

Hasta mi puerta cerrada llegaron rumores sobre familias que acosadas por el hambre se habían visto obligadas, como en "Tiempo de Sequía", a comerse sus animales caseros. La Sociedad Protectora de Animales intervino para poner fin a la canibalística práctica que contradecía a ojos vistas las ideas de Rousseau. Al señor del primer piso acusado de hervir un gato en la olla de presión; lo sacaron de su casa a altas horas de la noche y lo metieron en un camión gris con rumbo desconocido. Su viuda se da golpes con el gato.

Por la radio tocaron el himno nacional en varios idiomas (para que lo entendieran los extranjeros) y luego indicaron "al público en general" las medidas de seguridad que había que tomar ante esta catástrofe nacional que ahora azotaba todos los estratos de la sociedad. O más bien zociedad.

Hoy al mediodía estaba mirando desde mi ventana como es mi costumbre. Ya que si uno no mira no está al tanto de la realidad. Vi a una señora pasear su perrito por las aceras desoladas. Era un pequinés aparentemente llamado Fiff. El perrito paró a dejar un mensaje en un poste y de pronto así no más, comenzó a inflarse desproporcionadamente. Tanto se hinchó el perrito que más bien parecía un marrano. El pobrecito se convirtió en una bola peluda cuyas patitas no alcanzaban al suelo. Desde las ventanas gritaban:

—"Cuidado señora se le va a explotar el perrito". La aterrorizada mujer no sabía si correr o no correr. Se quedó como paralizada junto al peludo monstruo al pie del poste.

Alguien voló al teléfono a llamar a los bomberos. En vano.

Hubo una tremenda explosión que sacudió el vecindario. Cuando el humo con olor a azufre y a chorizo quemado comenzó a dispersarse pude ver los restos: unos como huesitos secos, retazos de pelo, e hilachas de gabardina, esparcidos en la acera, en la calle y colgando de los cables eléctricos.

Desde el edificio de enfrente oí una voz que exclamaba: —"Yo siempre he dicho que los perros son animales traicioneros". Al mirar hacia donde venía la voz vi en una ventana del cuarto piso una dama acariciando un gato, una gata más bien pues tenía los ojos de trasnocho y las uñas afiladas.

—"Usted cree señora?" contesté. Inmediatamente la gata comenzó a hincharse. La barriga cubrió muy pronto todo el espacio de la ventana, aprisionando en una retorcida mueca la cara de la mujer contra el marco. Las uñas del felino trataban inútilmente de aferrarse "Micifuz qué horror", gimoteaba ella. Desde arriba le gritaron: —"Tírelo por la ventana. —"Si tírelo tírelo", dije yo. La señora sacó fuerzas de donde no las tenía y de un tremendo empujón lanzó el gato a través de la ventana.

En medio de un horripilante Miauuuuuu... .. Micifuz comenzó a caer en el vacío. Al nivel del tercer piso parecía una vaca gris. Explotó en el segundo piso. Todos los vidrios de la cuadra que aún existían se hicieron añicos. Segundos más tarde el gato aterrizó en la acera.

Las estaciones de tren están repletas de gente que se quedó atascada cuando la peste comenzó y no han podido ir a sus casas en varios días. Allí duermen en bancas y comen palomitas de maíz. Por la televisión mostraron la hecatombe que ocurrió cuando a la estación central llegó un tren con un cargamento de 75 perros para una exposición canina. Los boxers, poodles, daneses, ovejeros, pointers y bull dogs, estallaron en una reacción en cadena comparable a un apocalipsis nuclear. "Ocasionando innumerables pérdidas materiales y de vidas humanas" según dijo el locutor.

Oigo mi canario cantar alegremente mientras escribo ésto. Sus agradables notas me hacen olvidar un poco el horror de estos últimos días. El hucco en mi estómago producido por la escasez general de comida me recuerda que el pobrecito debe tener hambre. Me levanto para traer el talego de alpiste de la cocina. Pero al regresar junto a su jaula debo admitir que el pajarito no está! En cambio veo que una gran gallina amarilla se encuentra atascada dentro de la jaula

DANES EN CUATRO DIAS

Día 1º Agosto 5

Hoy cuando hice mi diaria peregrinación a la panadería de la cuadra, señalé con el dedo meñique un bizcocho en el mostrador y con mi mejor idioma danés pedí "una danesa".

La señorita abrió los ojos más de la cuenta y me dió a entender que no entendía. Le aclaré: "un pastel danés, como los que vendían en la Real Danesa de Bogotá, Colombia, Sur América". Ahora abre... la boca. Aclaro aún más: "a danish pastry in New York". Apertura total. El panadero jefe se accrea. Sin darme tiempo a alistar el dedo meñique nuevamente, dice: "Ah, lo que usted quiere es un Wienerbrot -un pan vienés-". Ahora soy yo el que abre los ojos, la boca, las orejas y los poros con puro sudor frío. Me lo envuelven en un taleguito, pago y salgo. Una vez en la calle le echo una discreta mirada a la billetera: No, 20 coronas no alcanzan para comprar un pasaje a Viena. Me quedaré con las ganas de averiguar si de pronto el pan vienés en Austria lo llaman "ein Bogotaner Brot", o tal vez "ein kleiner moro aus Medellín".

Día 2º Agosto 6

Cómo me gustaría decir que hoy me leí el diccionario de la "A" a la "Z". Qué vaina, aunque me lo estudie íntegro, resultó que después de la "-Z"- seguía un montón de páginas encabezadas por una "A" con bolita encima, una "Ø" partida en diagonal como el sabio Caldas, y un extraño híbrido construido por una "E" asomándose detrás de una "A". Debe ser oh-larga-y-negra la noche en que uno trate de aprender a pronunciar estos signos, Æ !

Algo aprendo, la "K" les fascina: konfektion, komponere, korrumpere, konstatere, konvolut. Una convoluta es nada menos que un sobre (de los que se usan para mandar circulares).

Además se ven en grandes aprietos para reemplazar la "X", que no existe, por "KS": ekstra, eks-tract, eksport, eksistens, perpleks!

Como joyas encontré "yppig" (exhuberante) y el pretensioso vocablo "ydmyg" que significa humilde. "Ella goza de una exhuberante humildad" sería entonces traducido como "Hun hugge sig yppigt ydmygt". A ver quién es el macho. Mis preferidas visualmente, aunque intraducibles, son: bestiklukaf, rackuaerk, uvilkaarling. Sin olvidar las sonoras "mormor": abuela y "Primula".

Finalmente, en la página 441 dice que "samarit" es un hombre que da los primeros auxilios, a final de cuentas algo sabía la vieja que enseñaba Historia Sagrada en el Colegio Helvetia.

Día 3º Agosto 7

Hoy encontré en la Biblioteca Real un tomito titulado "Hemmingsens Sfrift Om Troldom", escrito por un tal Rasmus Hansen Rerarius, muerto en 1582, de allí saqué lo siguiente:

Cuando el monje Benedictino Giovanni il Paduano llegó a Hedeby a finales del siglo once, extraños sonidos entraron en su oreja izquierda. La sordera en el oído derecho del hermano Giovanni, nacido en 1040, no fue obstáculo para darse rápida cuenta de que no todos los habitantes de la población compartían la misma enfermedad oral, algunos de ellos estaban realmente hablando!

El Benedictino se dió también pronta cuenta de la necesidad de aclarar un poco esta oscura lengua. Fué así, como por acto de magia, sacó una esperma prendida de su talego y señalando la llama con el dedo meñique pronunció la palabra "lys" (degeneramiento nórdico de "luz"). Los asombrados daneses abrieron los ojos desmesuradamente y repitieron el vocablo en coro. A algunos se les fué la mano de la emoción y se negrearon el meñique en la llama.

El Autor Rerarius indica, en una nota de pie de página, que Giovanni il Paduano había perdido cuatro dedos en una pelea a cuchillo en Calabria en el año 1062. Además era cojo y tenía ataques esporádicos de mal de San Vito. Añade que el fraile había perdido todo el pelo, además de la familia, en el famoso ataque de Peste Bubónica. Pero como la plaga no apareció hasta el siglo 14, este último dato es de dudosa veracidad histórica.

Ahí mismo en el puerto, Fray Giovanni escribió la palabra "scribe" (escribir) en un pizarrón, leyó la palabra "laesc" (leer) de un cuadernito de pergamino y les produjo una tortícolis al hacerlos mirar hacia el cielo y repetir "sol". La noticia corrió como reguero de grasa de cerdo por el puerto, el vecindario y media ciudad.

En otra nota de pie de página, el autor aclara que "fedt" -grasa de cerdo- era un plato muy apreciado por los vikingos.

Hasta el mismo Rey Canuto el Santo se quemó el dedo, escribió "scribe", leyó "laesc" y se torció el cuello al repetir "sol". Una aclaración es imperativa en este punto. Canuto era parte de una recua de cinco hermanos todos de distinta madre. Se turnaron el trono uno después del otro y parece que únicamente Erik Egode «Eric el Único bueno» sacó la cara por la familia. Los otros, Olaf Hunger «Olafo el Hambriento», Harold Hen «Harold el de buen carácter», Niels «Niels» y el mismo Canuto hicieron horrores y errores.

Sin saber el disparate tan tremendo que cometía, Canuto de bruto, nombró al fraile "Introducción de nuevas palabras y conceptos cristianos". Este acto de confianza por parte de la realeza no cayó en el oído sordo. Al otro día el frailecito se instaló sobre un bulto de papas en la plaza y se dió a la tarea de civilizar a verduleras y camiceros, y por extensión a la ciudad, el país y toda Es-

candinavia. (Da la impresión de que en esta parte el autor se ha dejado llevar por su fantasía. Es obvio que el fraile no pudo haberse parado en un bulto de papas, pues éste tubérculo no apareció en Europa sino hasta el siglo 16. Pero le concedemos al señor Rerarius que el resultado de la historia habría sido el mismo si Giovanni hubiera puesto sus sandalias en un racimo de bananos, una caja de tomates o aún sobre un coco partido en dos).

Desde su podio en el centro de la plaza, y levantando su acusador dedo meñique, Fray Giovanni comenzó a moralizar la chusma con palabras como "moralisere", "minister", "Bibel", "dekret", "bibliotek" y "norm". A mediodía los corrigió con "korrektur", "permission", "eksamen" y "obligatorisk". En las horas de la tarde los asustó con "eksekution", "nekrolog", "Miserabel" y "notarius publicus". Esta última palabra desató ira general. Aún hoy es común oír, de la gente que hace cola ante alguna oficina del gobierno, descripciones de la violenta reacción de la chusma vikinga.

Pero el Benedictino sabía que su tarea no era fácil y que además la ira santa estaba de su lado. Sin perder la compostura, a eso de las tres de la tarde los jodió con "status", "politik", "skole", "servitut", "filosof". A las 4:30 p.m. les dañó el gusto con "dekorativ" y a las cinco en punto les mariquió el interior de las casas con colores como "lilla" y "rosa".

Fué tal la cantidad de nabos, puerros, coles y remolachas que llovieron sobre el podio que el monje se creyó transportado en una aparición mística de maná vegetariano. El propio Rey Canuto tuvo que intervenir para rescatar a Giovanni de una segura muerte a la minestrone. Esa misma noche, luego de sorberse una sopa en la mazmorra real, Giovanni il Paduano fue secretamente deportado en un buque vikingo con destino a Groenlandia.

A las dos semanas ya nadie se acordaba de la visita del italiano, pero el mal ya estaba hecho y poco a poco los nuevos vocablos agarraron y prendieron como incendio de kikuyo en la tierra Escandinava.

Día 4º Agosto 8

El 26 de febrero de 1648 llegó al puerto de Copenhague Monsieur Alonsanfán Delapatric maestro de piano de la Academia de París. Venía contratado por el señor Hans Jacobsen y su esposa la señora Ia, con el fin de desarrollar las aptitudes musicales y torácicas de su hija Hansia Thekla, que de acuerdo a las habladurías del vecindario de Nyhavn no eran ni fú ni fá.

A Per Andersen, el mayordomo de la familia Jacobsen, casi le da un patatús cuando Monsieur Delapatric al entrar a su habitación, tiró su sombrero sobre el "cabinet", bajó las "persiennes", colgó el abrigo en la "garderobe" y sacando un "negligé" de la maleta preguntó si podía tomar una "douche". La noticia corrió como reguero de hojas de música por la mansión, el barrio de Nyhavn y media Copenhague.

Escondida en un armario, la fina Hansia Thekla no pudo contener una risita desafinada al oír a los sirvientes repetir los vocablos franceses. El color subió a sus pálidas mejillas al imaginar a Monsieur Delapatric bajando sus "persiennes" o tomando una "douche". El significado (además del material y el color) del "negligé" fué un secreto que el mayordomo celosamente llevó consigo a la tumba; en su lápida del cementerio Assistens Kirkegaard se lee: "Per Andersen 1600-1648 On-aura-tout-vu. RIP". Se comprueba entonces que el fiel mayordomo murió el mismo año en que ocurrió esta historia. El señor Hans, (conectado con los Jacobsen de la compañía naviera, los mismos que bajados al rango de marineros llegarían en buques de carga a Cartagena y vomitarían las borracheras bajo la Torre del Reloj) mantuvo su confianza en el profesor de pia-

no a pesar de los chismes de los vecinos y la necesidad de su esposa que encontraba en la visita del francés un presagio de mala suerte.

Razón tenía, el 13 de marzo del mismo año, al tratar de rescatar inútilmente a su hija que se ahogaba en la "douche", la Señora Ia se enredó en un hilo de las "persiennes" y dió un traspies que la mandó a la "garderobe" donde se asfixio al tragarse un "negligé".

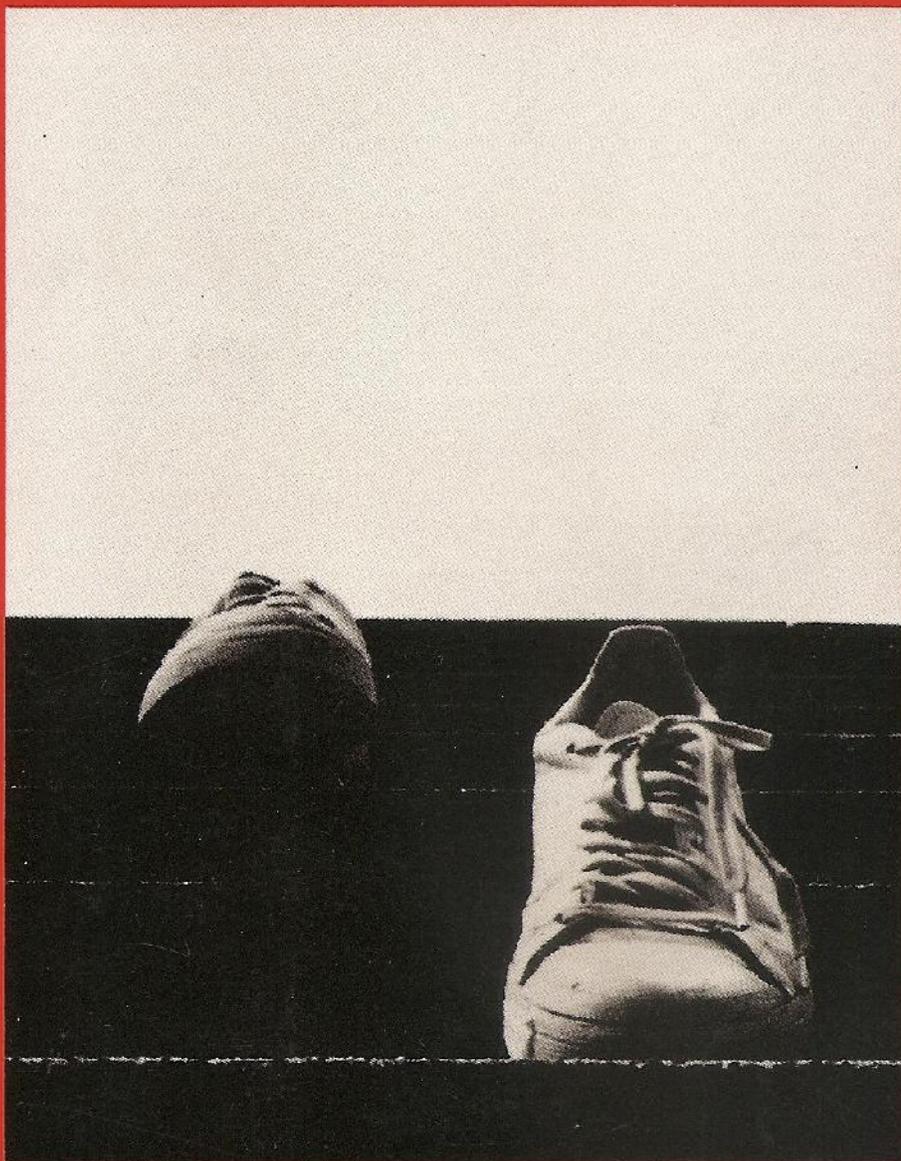
Pero para no adentrarnos más en la pequeña historia, volvamos nuevamente al día de la llegada del franchute a Copenague. A la hora de la cena, cuando el sirviente apareció con la ya tradicional sopa de nabos, puerros, col y remolacha, Monsieur Delapatrie metió el dedo en el plato, arrugó la nariz y pidió huevos "poché". La Señora Jacobsen, disimulando su consternación, hizo una seña al criado. Pero untado un dedo, untada toda la mano, en vez de aquavit Monsieur pidió "vin", como segundo plato "paté a la geleé" y luego "café-crème" y un poco de "cognac". Esta fué la última cena de Alonsanfán Delapatrie en mesa danesa. A primera hora del día siguiente, el mayordomo lo condujo al muelle y se aseguró de que quedara bien instalado en un camarote del buque "Roten-Roten" con destino a Amsterdam.

Este libro terminó de imprimirse el día 24 de diciembre de 1988,
en los talleres de Estudio 3, Bogotá - Colombia.



Jorge Holguín es un matemático javeriano, que estudió Artes de la Representación y tiene una compañía de teatro. Su "as bajo la manga" es escribir. Y en verdad que lo hace como un prestidigitador: desconcierta, sorprende y divierte.

Para que no se cumpla la predicción de que nadie es profeta en su tierra, salen hoy a la luz estos libros que contienen su más reciente producción.



Jorge Holguín, ya conocido fuera de Colombia, quiere tener un público en su patria pues su  no está en el exilio.